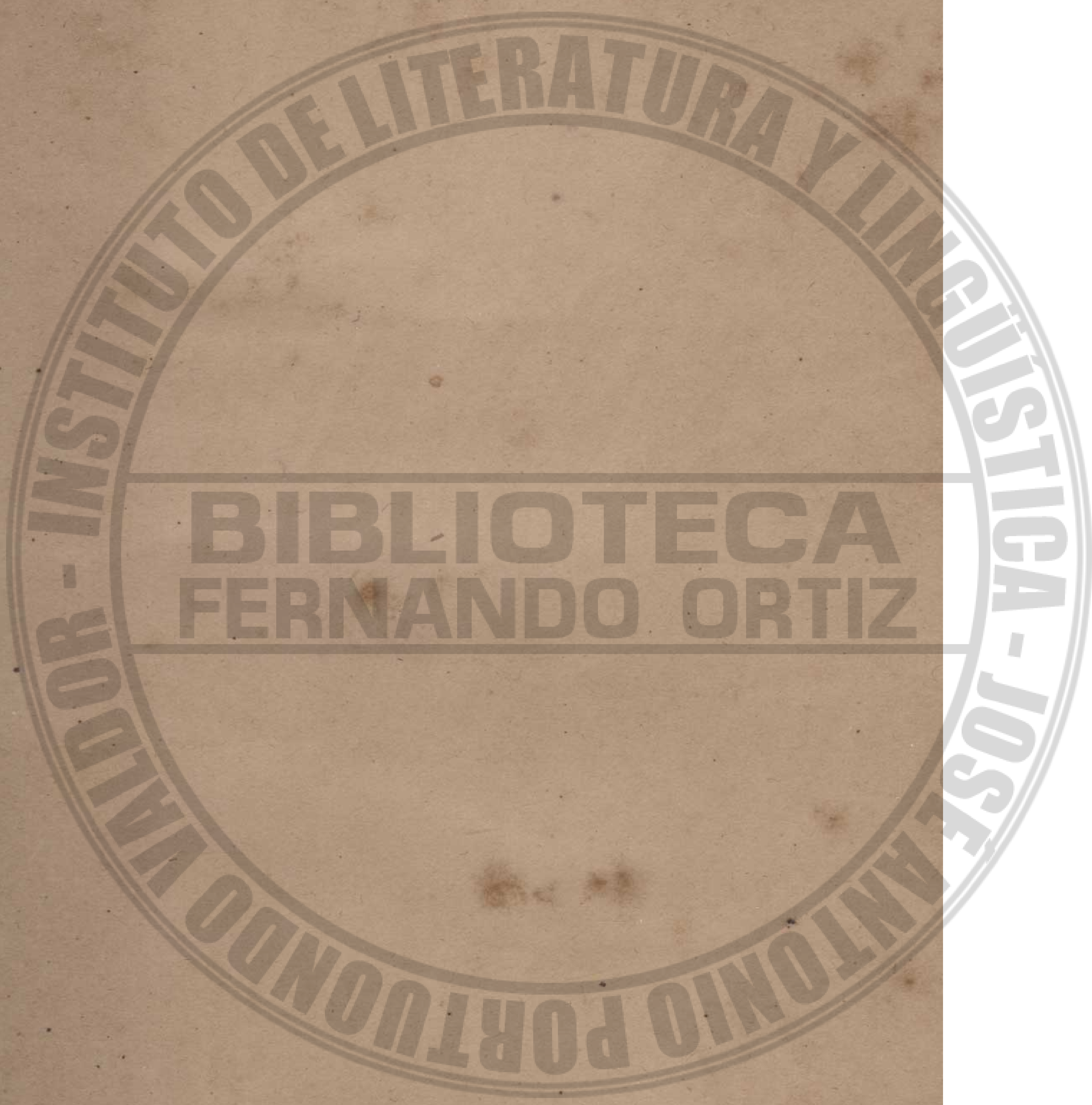


c 863
Suor

184-
5-13 A
(813)





**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

RESERVA

FRANCISCO.

NOVELA CUBANA

POR

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

(Las escenas pasan ántes de 1838.)



BIBLIOTECA DE LA REAL SOCIEDAD
DE LOS AMIGOS DEL PAIS
DE LA
HABANA

NUEVA YORK

IMPRENTA Y LIBRERIA DE N. PONCE DE LEON

40 Y 42 BROADWAY.

1880.

Entered according to Act of Congress, in the year 1880, by

N. PONCE DE LEON,

In the Office of the Librarian of Congress, at Washington.

0863
50ar

ADVERTENCIA.

No fué FRANCISCO mi primera produccion literaria; pero solamente habia escrito los cuadros titulados *Una Noche de retreta*, *Un viejo impertinente*, *Un Recuerdo*, y *Carlota Valdés*, cuando emprendí en 1838 y acabé en 1839 aquella novela, escitado por Domingo Del Monte, á quien habia pedido Mr. R. Madden algunas composiciones de escritores cubanos con objeto de saber el estado de la opinion, acerca de la trata y de los esclavos, entre los jóvenes pensadores de Cuba. Desde el campo remitia yo los borradores á José Zacarias Gonzalez del Valle para que los corrigiese y copiase, y un traslado que él sacó, con el título de *El Ingenio ó las delicias del campo*, más apropiado en concepto de Del Monte que el de FRANCISCO, pasó á poder de Mr. Madden, permaneciendo desde entónces los borradores en la misma forma en que salieron de mi pluma. La copia que ahora coloco en este volúmen, no difiere de los originales, ya casi ininteligibles en muchos puntos, sino en la ortografía, habiendo reproducido fielmente aquellos, aun en infinidad de palabras y frases que el lector tildará desde luego, como lo hacia yo conforme las iba leyendo. En nada he variado tampoco el plan, dejándolo intacto en su conjunto y en sus detalles.

El lector me hará sin duda un cargo por haber respetado hasta ese grado una produccion que bajo tal forma no es

digna de darse á la prensa. Yo lo acepto; pero voy á decir lo que me ha sucedido. A ruegos de varios amigos he intentado algunas veces retocar en el fondo y en el estilo á FRANCISCO; mas pronto conocí que, escrita la novela por mí hace tantos años con el candor y el desaliño de un jóven sin conocimientos de ninguna especie, porque hasta de numerosas faltas ortográficas están plagados los originales, lo que surgia, desde las primeras páginas limadas, era una nueva obra, y nó la misma que brotó como un involuntario sollozo de mi alma al volver la vista hácia las escenas de la esclavitud. Así es que he rasgado todas las copias con enmiendas que comenzaba á hacer, prefiriendo que se mantenga el trabajo primitivo con el color ingénuo imposible de ser imitado en el ocaso de la vida. Cuando publiqué mi *Coleccion de Artículos* en 1859 quise que entrasen á componer parte de ella los *Fragments*. El censor los rechazó apénas hubo leído los primeros párrafos, y si siempre habia comprendido yo que mi novela no podia publicarse miéntras existiese entre nosotros la esclavitud, lo cual influyó incuestionablemente para que en su oportunidad no tratase de mejorarla, los *Fragments* son bajo todos sentidos una prueba de que en la actualidad serian vano el intento de reproducir á FRANCISCO metiendo la hoz en sus capítulos para cortar lo malo y salvar lo bueno. Aun la copia que se llevó Mr. Madden para Inglaterra, y por cuya adquisicion estoy dando pasos, tal vez infructuosos por lo tardíos, no es verdaderamente igual á los borradores con cabal fidelidad transcritos ahora, porque José Zacarias Gonzalez del Valle, que fué en aquella época el mejor de mis amigos, me excedia hasta tal punto, á pesar de ser tres años menor que yo, en instruccion y gusto, que sus correcciones mutilando cuanto le parecia y arreglando algunas frases, acaso quitarian á la novela muchos de sus principales defectos para sustituirlos con bellezas acreedoras á los aplausos que entónces equivocadamente se me tributaron, tomándose por exclusivamente mio lo que más

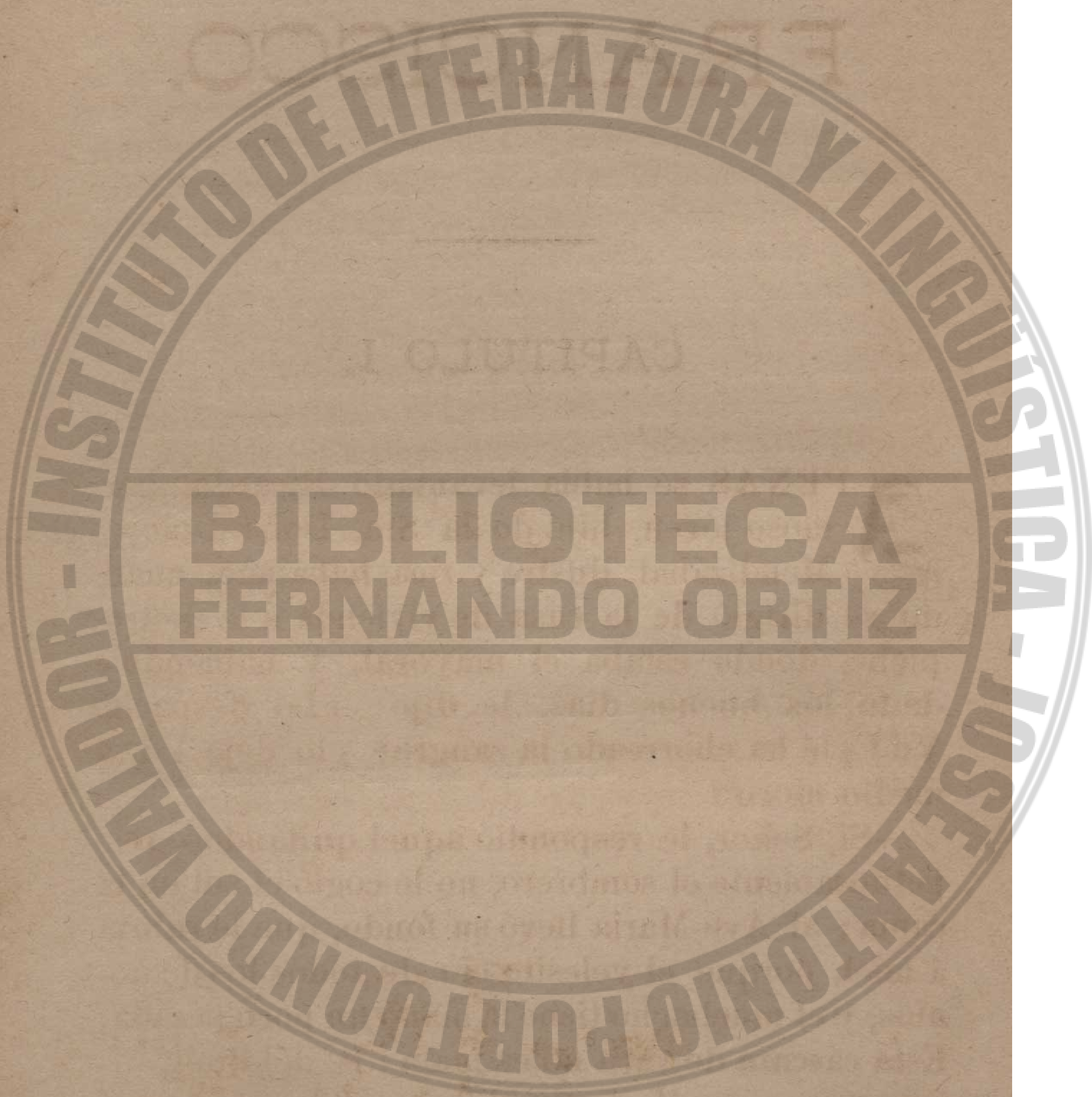
habia sido parto de otro ingenio. A ese error achaco los desmesurados elogios de Cirilo Villaverde.

Pero confieso, que despues de tantos años como han transcurrido desde que mirando de cerca nuestra vida campestre, trazaba con indócil mano los capítulos de FRANCISCO, siempre que los vuelvo á leer, recibo la misma impresion que cuando los escribia. Sin querer me lleno de tristeza y acabo sin poderlo remediar por derramar lágrimas. Suelo reirme de mil palabras y giros mal usados y de multitud de redundancias y repeticiones enfadosas; pero en cuanto contemplo á Dorotea y á Francisco, víctimas de una institucion horrenda, pienso que la crítica literaria más severa habrá de ahogar sus censuras para compadecer à aquellos dos esclavos desventurados juntando su llanto con el mio. Es el triunfo que me enorgullecerá.

Muy distante estoy de figurarme que mi novela puede en nada compararse á la *Cabaña del Tio Tomás* de la anglo-americana Enriqueta Beecher Stowe; pero debo advertir que mis dolores y lamentos, por más que infringiesen todas las leyes del buen gusto, precedieron algunos años á las elocuentes páginas de aquella esclarecida mujer.

Habana y Julio 23 de 1875.

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.



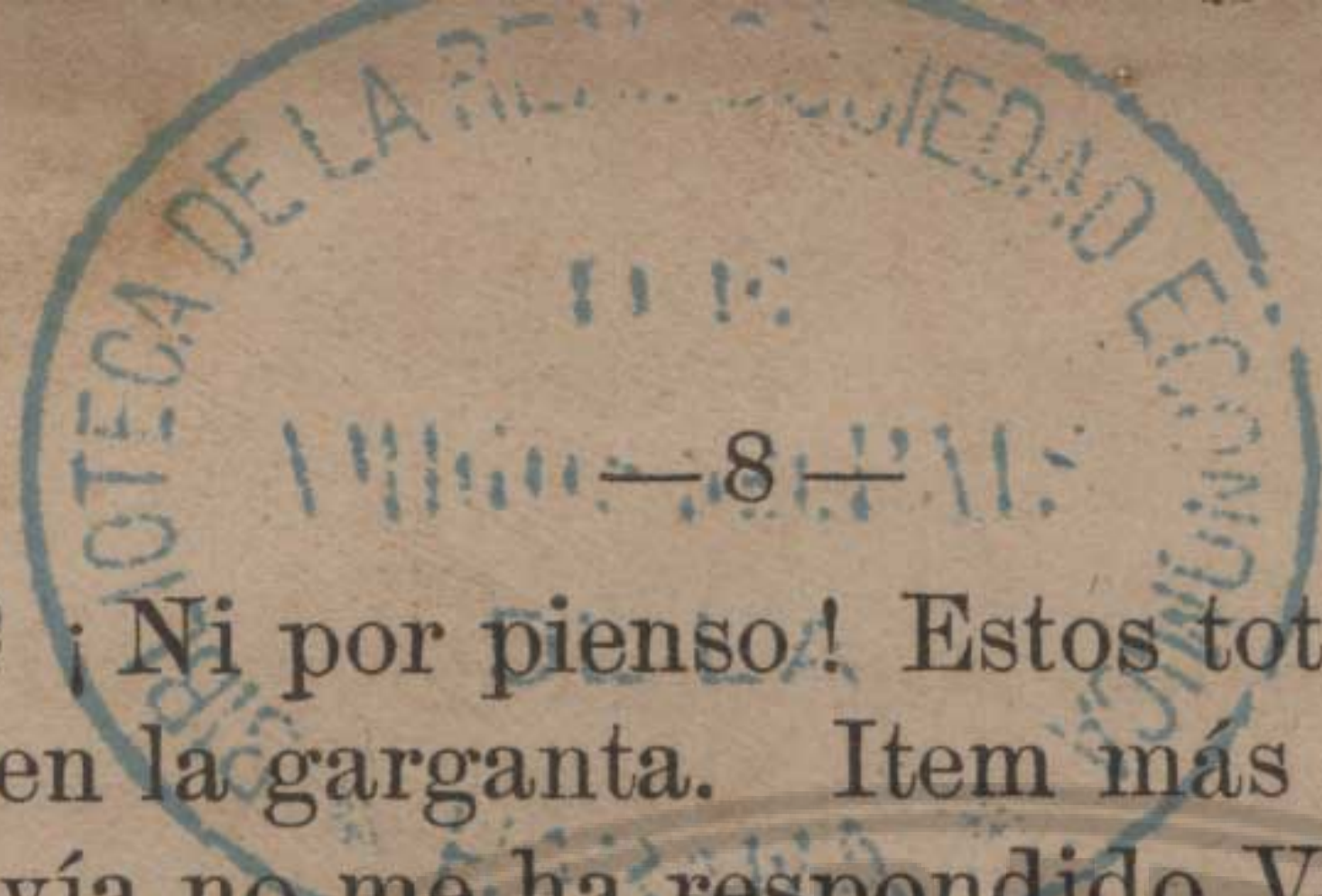
BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

FRANCISCO.

CAPITULO I.

A PENAS se habia levantado Ricardo, hermoso jóven, hijo de la Sra. Doña Dolores Mendizábal, ilustre y rica habanera, cuando se dirigió de la casa de vivienda á la de trapiche, donde estaba el mayoral, y habiéndole dado los buenos dias, le dijo: ¿Lo despachó Vd? ¿le ha chorreado la sangre? ¿lo dejó Vd. á medio morir?

—Si, Señor, le respondió aquel quitándose respetuosamente el sombrero, no le cogió el sol en la cama; al Ave-María llevó su fondo, que le sabría á miel, porque el yelesito era de todos los demonios, y el muchacho tiene la mano un poco pesada. Esta cáscara de vaca no es mala; es del buey Tigre, que se murió el otro dia de viejo. Luego el negrito vino con recomendacion de la Señora. ¿Servir mal á quien me paga el dinero con pun-



tualidad? ¡Ni por pienso! Estos totíes se me atorran aquí en la garganta. Item más que.....

—Todavía no me ha respondido Vd. ¿Le chorreó la sangre? ¿se puede menear? ¿le arrancó Vd. la tira de pellejo?

—¿No le estoy contando al Niño? Les mandé á Juan, á Candelario, á Wenceslao y á Crispin que me lo sujetaran por las manos y las patas; y yo mismo con estas manos ¡cómo las maldecirá el maldito! empecé á desflecarlo Uno, dos.... lleva la cuenta, le dije; en equivocándote, vuelvo á empezar la fiesta. A los ocho se equivocó, y tuve que cumplirle la palabra. Comencé de nuevo ¿qué iba á hacer? Pero el negrito se emperró, que parecía un berraco montuno, y no quiso contar más; mordía la tierra, se mordía los bembos, echaba sangre por la boca, y crujía los dientes. Bien. La jarana le costó treinta zurriagazos de añadidura. Por cincuenta llevó ochenta. Estos marinitos de la Habana creen que uno se mama el dedo, y que se deja pasar la mota por la cara. ¡Pues arriense, y verémos á donde nos da el agua! ¡Apuradamente soy muy blandito de génio!

—Hombre, por la Vírgen Santísima, no he amanecido con ganas de conversar, y me está moliendo los sesos. Clarito, sin rodeos, responda Vd. á mi pregunta ¿Salió ó no salió la colorada?

—¡Toma que si salió! A mares, Niño Ricardo. A cada beso de la pajuela saltaba un chorro; al fin, es de cáñamo. Y no fué eso lo mejor del

cuento ; los orines con aguardiente, sal y tabaco con que le embarré las nalgas ; no le valió la guapería ; dió más saltos que un venado. ¡ Si digo yo que la unturilla es áspera !

—¿ Dónde lo ha puesto Vd. ; en el cepo ?

—¡ Bah ! bah ! entónces de nada le serviría el almuerzo ! Le pegué un par de trabas, le dí su machete, y se zumbó á cortar caña con la gente. ¡ Estaría bueno dejarlo descansar á la sombra ! ¡ Las cosas del Niño ! Y mañana tempranito, veinte y cinco, y pasado, otros veinte y cinco ; el novenario del Arcángel. No le faltará tampoco el unguento de la Magdalena ; soy un médico que paso de inteligente en la facultad. Despues lo pondrémos donde sude para que le salgan los malos humores que debe de haber traído de la Habana, verbi gracia, en las fornallas metiendo combustible ; siempre con su grillete, y alerta sobre él. ¡ Que se resbale, le encontrará los cinco piés al gato ! Pero no me ha contado el Niño. ¿ Le faltó á la Señora ? ¿ se huyó ? ¿ se emborrachó ? ¿ robó alguna cosa ? ¿ qué fué ? Me dijeron : Don Antonio, una racion buena, que la sienta, y se la dí. No obstante, es bueno saber su delito. Así me arreglaré en lo venidero.

—¿ Su delito ? ¡ Una bobada ! ¡ Qué tuvo un hijo con la costurera de Mamita, sabiendo que es la niña de sus ojos ! Y el muy perro, el muy atrevido, ni se lo negó, aunque fuera por respeto. Es mi hijo, y Su merced me perdonará, Señora—estas fueron sus palabras, Don Antonio. ¿ Habráse

visto un descarro igual? Por su linda cara, despues que trastornó á la mulata y le hizo la barriga, despues que contravino las órdenes de su ama, pedir perdon, sin mas acá ni mas allá, es el colmo de la osadía. ¿Perdon? Sí, ya te lo estamos dando. Cuero, cuero, es lo que tú mereces, vil. Y las órdenes de una ama tan bondadosa, tan complaciente. Por eso la tratan con la punta del pié. Desengañémonos, Don Antonio, con los negros no valen condescendencias, se pierden sin remedio, y los amos son los que pagan el pato; desuéllelos Vd. vivos, trátelos Vd. á la baqueta, á patadas, á palos, como á los mulos y á los perros, y será bien servido, andarán más listos que un lince.

—¡ A buen pollo está aconsejando el Niño! Una cosa que la aprendí desde que me puse los calzones. Que no los hubiera yo manejado así, y tal vez estaría hoy Su Señoría comido de los gusanos, ó sin hallar finca en que acomodarse. En andando con blanditas, se duermen, se duermen, Señorito, y el número uno no está muy seguro; el manatí atrás, el manatí, y verá Vd. lo que el Niño dice, que se matan trabajando, y que respetan y adoran al amo; esto es tan cierto como la Santísima Trinidad. Diez ingenios he manejado, y en todos he seguido el mismo plan. No tengo de qué arrepentirme. Le contaré al Niño.

—Pero, Señor, Mamita les tiene lástima, dice que es menester mirarlos. Yo no puedo creerlo. Ellos descenden de los monos, no lo dudemos;

repáreles Vd. sus bembas, su nariz ñata, su frente aplastada, la pasa, su haraganería, su torpeza, su abandono, su bestialidad, su ingratitud para con todo el mundo. Mire Vd. como le pagó ese salvaje á Mamita, perdiéndole una criada de estimacion, deshonorando la casa, dando un ejemplo terrible á los demás esclavos. ¡ Ah ! y me afirmarán que son hombres que merecen compasion !

—Dispéñseme el Niño que le interrumpa. El año de 24 me apalabrée para mayoral del ingenio San Salvador, allá arriba cerca de Matanzas, y varios individuos me dijeron que si yo era loco, porque la negrada estaba muy resabiada, y se corria el run-run de que los negros habian mandado á un mayoral á la ciudad de canillas, que lo habian ahogado, y que lo habian enterrado dentro del monte. ¡ Qué sé yo ! Lo cierto es que me pusieron la cabeza como un güiro. ¿ El Niño se asustó y no fué ? Pues lo mismo hice yo. Me llevé dos perros, dos trabucos de presa, y uno de busca. Azulejo era uno de ellos. Preparé un garrote de naranjo de dos pulgadas de grueso, afilé mi machete, y pecho al agua. Llegué, y la gente vino á tentarme las pulgas. ¡ Qué chiqueo, Señor, qué tongonearse, qué de melindres y delicadezas ; unas sonrisitas, un hablarse en voz baja, un susurro como el de las abejas ! Al otro dia ahilé á los negros dos horas ántes de salir el sol ; viré á catorce, y al contramayoral de cabecera ; les unté el unguéntico consabido, les eché una rociada, los mandé al corte, y yo iba detrás en mi

mula, con los perros, avivándoles con la pajuela. A las once fuí al corte, y viré á seis ; á las doce, á cinco ; á la Oracion, á nueve. Uno se quiso huir y le atojé los perros ; no le quedaron más ganas de jugarse conmigo. A otro le rompí la cabeza de un macanazo. En fin, Niño, puse á la negrada como una madeja de seda ; que yo mismo me asombré. Aquel año hice mil cajas, al otro, mil quinientas, al otro, dos mil. ¡ Y lo que me querian aquellos demonios ! En diciendo Don Antonio, se despernancaban. Llegó el caso de que yo desde la casa gobernaba todo el ingenio. Hubo vez que me estuve tres dias sin salir al campo.

—Un negro, ya Mamita se habrá desengañado, un negro que lo sacó chiquito del barracon, que lo crió como á un hijo, que se hizo hombre á su lado, que jamás llevó un latigazo ni un regaño siquiera, y si no, que enseñe su cuerpo, que lo confiese él mismo ; un negro que se ha vestido como un príncipe, el buen calzon, la buena camisa, los buenos zapatos ; que siempre tenia que gastar, porque cada rato se le daba, que la peseta, que los cuatro reales, que el peso. ¿ Y con cuales trabajos, Don Antonio ? Limpiar el quitrin y los arreos, cuidar el caballo, poner la volante de Córpus á San Blando. ¿ Era esto ser amo tirano y sanguinario ? ¿ Merecia Mamita un pago tan infame ?

—¡ Uf ! ¡ uf ! lo peor, la perdicion !

—¿ Merecia Mamita una recompensa tan infame ?

Se perderá, repito y repetiré mil y mil veces, se perderá quien sea humano con los negros, porque no son gente, porque son hijos del rigor. ¡Aquí aprenderá Francisco! ¡Oh! yo no tengo la culpa! Amigo, apretarle la mano duro; mas cuidado con matarlo; es menester que pene mucho tiempo á fuego lento, camarada; el contramayoral encima, en los trabajos más recios, sus grilletes. ¡Eh! me ha entendido Vd.? Está recomendado por Mamita, y ya le he dicho á Vd. su falta. Adios. Se me olvidaba. Al mayordomo que le quite la ropa de listado que trajo, y le ponga una muda de cañamazo; y Vd. córtele los moños en viniendo del campo.

—Corriente. Se los cortaré á filo de machete, para cortárselos por parejo, y que no le lastimen las tijeras.

Una vez que salió Ricardo del trapiche, y que fué á examinar, segun costumbre, el azúcar de la casa de calderas, se volvió el mayoral hácia los negros, y con una alegría muy propia de un guajiro que odia á los hombres de color, descargó furioso cuatro ó cinco cuerazos sobre cada uno de los desgraciados que trabajaban allí; quizás este castigo dimanaba, no sólo del carácter naturalmente irascivo de Don Antonio, sino tambien del aliento que le prestaba el amo de aquellos siervos, manifestándole su opinion respecto á las consideraciones que se les debian. No satisfizo su sed rabiosa con los negros del trapiche; recorrió los bagaceros, los juntadores y cargadores de caña, y

acaso hubiera ejecutado lo propio con los de la casa de calderas, á no gobernarla un maestro de azúcar, enemigo suyo, y á quien temia en extremo; enemistad y temor nacidos, la primera, de que raros son los operarios de un ingenio que no se aborrezcan recíprocamente, y el segundo, de que á pesar de sus fanfarronadas y de las atrocidades que ejercia en los esclavos, era un cobarde rematado en chocando con personas libres. Resentido de no poder llenar sus deseos, azotó nuevamente á los negros de su mando, y habiendo acabado de sacrificar las víctimas, se recostó en una silla de cuero crudo junto al trapiche, con las piernas cruzadas, fumando su tabaco, y sonriéndose al aspecto del cuadro lastimoso que habia preparado para espaciarse. Luego se durmió tranquilo en aquella postura, y entónces ¡qué pensamientos no cruzarian por la mente de los pobres negros!

Sabemos que la madre de Ricardo, enojada contra Francisco por haber manchado el honor de una esclava que apreciaba en alto grado, lo mandó al ingenio con encargo á su hijo y al mayoral de que lo castigasen sin piedad. Retrocedamos un poco, y averigüemos si era fundada ó nó la pena de un novenario, grilletes por dos años, y destierro perpétuo en la finca, que se impuso al esclavo.

Ricardo decanta, en su conversacion con el mayoral, la caridad de su madre, y los muchos favores que dispensó á Francisco desde que lo sacó del barracon hasta que se los retribuyó con

un crimen. Es cierto que realzaban á esta criolla su beneficencia y trato amable; prendas de más valía que su inmenso caudal y que el esplendor de su linaje. Pero en Cuba se distinguen los colores de las personas al ponerse en práctica; la humanidad y lo afable del trato son muy diferentes, segun que recaigan en los negros ó en los blancos; y tal individuo, cuya bondad de sentimientos nada tendria que apetecer en tratándose de los últimos, puede ser un tirano respecto de aquellos, sin que él mismo lo repunte falta, ni tampoco los que le rodean; de suerte, que lo concedido inocentemente por la naturaleza, ha venido á ser en nuestra tierra un motivo que justifique ó desaprobe la moral de cada uno. No negamos por eso que haya quienes rechacen tan ridícula distincion, y amen en igual grado á los unos y á los otros, porque los unos y los otros son nuestros prójimos; mas no pertenecen esos casos á la regla general; parece que la esclavitud ha esparcido por nuestra atmósfera un veneno que aniquila las ideas más filantrópicas, y que sólo deja en su rastro el ódio y el desprecio hácia la raza infeliz de las gentes de color. La Señora ama de Francisco, que nació y se crió entre esclavos, no pudo eximirse enteramente de este influjo pernicioso. Si bien no oprimia con castigos á sus siervos, los miraba siempre con aquel desapego y sequedad que bastan para señalar la distancia que media de un esclavo á su señor. Los vestia, los alimentaba, y los curaba bien en sus enfermeda-

des ; de ahí, sin embargo, no pasaban sus atenciones. Por más que fuese de los señores ménos crueles en comparacion de otros muchos, debemos confesar que sus miramientos para con los negros no provenían de que los estimase dignos de ellos por ser hombres iguales á los blancos ; entónces no se habria notado diferencia en su proceder con ámbas clases. Los mismos pensamientos de Ricardo acerca del origen y naturaleza de los negros, suponiéndolos descendientes de animales, bullian en su alma ; elemento que la hubiera arrastrado infaliblemente á las torpes acciones de su hijo, no habiéndose opuesto su sexo, y cierto fondo de buenas intenciones, que al paso de embellecerla, nos hacen sentir más el extravío que sufrieron ; en una palabra, sus sentimientos de caridad hácia los esclavos casi se equiparaban á los que las criaturas compasivas usan respecto á los seres irracionales. De aquí que sus favores se quedasen á medias ; y ya por esto, ya por haber mamado con la leche ideas de orgullo y de grandeza, la aristocracia de los criollos ricos y fijodalgos, le exigia un respeto profundo y una obediencia ilimitada, y no obstante la suavidad y dulzura de su genio, se irritaba en extremo cuando se oponian á sus gustos ó caprichos. Desde que abrió los ojos empezó á mandar, y la costumbre de ser obedecida destruyó la paciencia que acaso hubiera mostrado con otra crianza. Fuera de este defecto, general en las hijas de Cuba, poco padecian los esclavos bajo su dominio ; con tener satisfechas

sus necesidades físicas estaban contentos, y querían á la Señora Mendizábal lo propio que si los colmara de grandísimos bienes; por eso procuraban adivinarle sus deseos, y complacerla en lo más mínimo, seguros de que así alcanzarían su estimación; sabían muy bien, que en contrarrestándola, los castigaba, no con azotes, ajenos de una mujer y de una mujer esclarecida, y que mal se avenían con su caridad natural, sino privándoles de ropa, de paseos, ó de la pequeña merced que regalaba los domingos á los que se habían portado á su gusto durante la semana; sabían muy bien, que complaciente en obedeciéndola, su enojo era cierto y terrible en caso contrario.

De todos sus criados sobresalía uno por lo leal, trabajador y exento de vicios; éste era Francisco. Arrancado de Africa á los diez años, le fué fácil á la Señora Mendizábal amoldarlo á su talante, y mucho más á causa de su carácter humilde; lo apreciaba por consiguiente sobre los otros, y lo distinguía; pero nunca se despojó de la sequedad y tono que la educación le infundiera, y que juzgaba necesarios para con los esclavos. Por lo mismo que había concebido la esperanza de sacar de Francisco un sirviente inmejorable, se curó al principio de corregirlo incesantemente, no perdonándole un desliz tan sólo, y de conservar despues ilesa en todas ocasiones su autoridad, y el respeto de aquel; con todo de ser el predilecto, el lleno de favores, encontraba en su Señora un imperio que no hallaban sus compañeros, por es-

tar persuadida la criolla de que la afabilidad lo hubiera pervertido.

La Señora Mendizábal lo educó á imitacion de los mejores dueños de la Isla. Por lo que dice al entendimiento, habria quedado en absoluta ignorancia, sino hubiera aprendido á leer y escribir laborando entre una muchedumbre de inconvenientes ; conocimientos bastante singulares en un siervo, y en un siervo de nacion. La carencia de libros y de lugar ocasionaron que tales luces, de subido precio en quienes pudieran aprovecharlas le ayudasen muy poco, y que su talento despejado permaneciese en un abandono deplorable. Su moral adelantó más, oyendo las máximas y santos consejos de la Señora Mendizábal, atesorando por naturaleza una índole inclinada al bien, y con el ejemplo de una mujer virtuosa, que influye extraordinariamente en la conducta de los que la tratan de cerca.

Además de su claro entendimiento y riqueza de corazon, lo habia favorecido Dios concediéndole un físico encantador ; de una estatura aventajada, airoso y fácil en los modales, andaba siempre con la cabeza alta ; su tez de azabache lucia sobremañera por el blanco purísimo de sus ojos y de sus dientes ; y la sonrisa y el mirar melancólicos que esparcian cierta expresion de tristeza en su semblante aún cuando penetrase en su alma algun rayo de alegría, aquel modo de hablar patético, arrastraban consigo á cuantos le conocieran. La belleza de Francisco tenia doble valor, á saber :

que las facciones revelaban lo noble y generoso de su pecho, á semejanza de las aguas de un río cuando reflejan la imágen de la luna que brilla en el azulado firmamento. Un pesar lo afligia perennemente: ser de condicion esclavo; pesar que no bastaban á suavizar las distinciones de su ama; pesar que sólo puede extinguir la muerte. Este dolor, este tormento insufrible, habíase propuesto sofocarlo, en la persuasion de que publicando el mal, acaso crecerian las penas en vez de mitigarse; su genio apacible se hermanaba perfectamente con la resignacion de un cristiano, con el sufrimiento de los estóicos; indicio de un alma grande que permanece serena en medio de los infortunios que la abrumaban. Por eso aquel tinte lúgubre de su rostro que cautivaba y seducía; aquel tinte con que son representados los mártires de la Fé.

El género de vida que observaba, iba unísono con sus pesares. Constantemente ocupado en el desempeño de los deberes anexos al oficio de calsero, no se mezclaba en las conversaciones ni en los regocijos de los demás esclavos, y mucho menos en sus desavenencias; en acabando de limpiar el quitrín y los arreos y cuidar la bestia, se recogía en su pequeño cuarto cerca de la caballeriza; almorzaba y comía solo; subía las escaleras de tarde en tarde, y eso, llamado por su Señora, que no extrañaba ya aquel aislamiento, por otra parte de su gusto. Con los de afuera usaba una conducta semejante, y eso que no hay oficio que asocie á

los negros como el de calesero ; para convencerse de ésto, échese una ojeada en derredor, y donde quiera se verán en la Habana grupos de ellos, en las plazas, en las calles y en los zaguanes, que ora vestidos de librea, con la cuarta en la mano y sonando las anchas espuelas, ora ataviados con fluses, gran sombrero de paja, un pañuelo atado por dos puntas al cuello y cayéndoles sobre el pecho, cantan sus canciones, de que luego sacan los músicos de color las danzas y los valeses de Cuba más risueños ; ó bailan el zapateo, ó tocan puntos en el tiple lastimero, ó charlan de caballos, carruajes, regateos, y de sus amadas, ponderando y mintiendo á maravilla. Pues Francisco huía de estas reuniones cuanto le era posible. Sin embargo, concurría á las veces instado de los amigos, que lo idolatraban por su desinterés, y que para animarse necesitaban de su habilidad en puntear el tiple ; diciendo que cantaba primorosamente *El llanto*, habrémos dado una idea de la dulzura de voz, de la gracia y estilo, que le acarrearón entre los caleseros el sobrenombre de *Pico de oro*.

Hay una época de la vida en que el hombre, y principalmente el hombre desgraciado, necesita de una mujer que lo distraiga con sus encantos y caricias ; una época en que necesita amar. Francisco llegó á ella, y tornando la vista hácia las jóvenes, tuvo que alejarla de las blancas, que debia admirar tan solamente, y buscar entre las de color el ángel por quien anhelaba en sus horas

apenadas. Habia en la casa una mulata criolla, hija de la negra que diera de mamar á Ricardo, que á causa de su peregrina hermosura, y honestidad y recato infundidos por la Señora Mendizábal, á cuyo lado se criara, le pareció á Francisco una compañera á propósito para aliviar sus padecimientos. Llamábase Dorotea, y desempeñaba los oficios de costurera y criada de mano. Muy pronto fué correspondida su pasion, y comenzó á gustar el bálsamo que derrama una mujer en los corazones puros é inocentes. Olvidó su condicion de siervo, y adorar á Dorotea, proporcionarle goces, pensar en su matrimonio, en los hijos, en el medio de libertarse y en la paz que gozarian, he aquí las imaginaciones é ideas que desde entónces le ocuparon.

Para casarse pidió á su ama el permiso correspondiente, y ésta se excusó de dárselo, alegándole una muchedumbre de razones: que su reserva y melancolía se acordaban mal con el matrimonio, en que los esposos deben ser francos y estar alegres; su edad de veinte y dos años, y la de Dorotea que contaba diez y siete; la carga inmensa de ese estado; lo que se arrepentiria cuando le nacieran hijos, é hijos esclavos; la pérdida del sosiego que hasta entónces habia disfrutado; y por último, que soltero, no habia tenido jamás disgustos con los otros domésticos, pero que casado, indispensablemente se alteraria una amistad tan estrecha, lo cual habria de redundar en perjuicio de él, de su ama, y de toda la familia.

Francisco oyó estos consejos con la mayor atención, y prometió á la Señora Mendizábal seguirlos, poniendo para ello cuanto estuviese de su parte. El pobre se alarmó al oírle que la tranquilidad de la casa se turbaria, y prefirió vivir para siempre desconsolado olvidando á la mulata, y llorar sus desventuras en el silencio y la soledad ; enorme sacrificio que los favores de aquella señora le parecieron justificar, y que era necesario consumir ya, supuesta la ciega obediencia que de continuo exigia á sus esclavos, y en particular á él.

Pero su pasion, como hemos dicho, no habia brotado en las risas y placeres, donde pronto se olvidan, sino en medio de amarguras y padecimientos, cuando el corazon humano, enfermo ya de puro sentir, mira en esa estrella del cielo todo lo que le falta en un mundo miserable. El empeño que tomó por ahogarla, lo desengañó de que sus fuerzas no eran bastantes para conseguirlo ; su cariño fué aumentando sucesivamente, desde que formara la resolucion de concluir sus relaciones con la mulata, viendo su hermosura, lo pensativa y cabizbaja que se habia puesto, el esmero con que lo cuidaba, y la falta que le hacian sus palabras consoladoras ; hasta que aburrido de sufrir, se echó por segunda vez á los piés de su ama, le pintó sus terribles congojas, le prometió tolerar con paciencia los trabajos del matrimonio que le habia representado, y conducirse Dorotea y él de modo que no tuviera la queja más leve

contra ellos. La vehemencia con que se espresaba, tocó vivamente á su señora, que habria accedido á la solicitud, si el mismo bien del esclavo, y otras causas, no la indujesen á lo contrario. En efecto, juzgaba incompatibles la misantropía y retiro de Francisco con la sociabilidad que exige el matrimonio, y creia de buena fé que éste seria un fecundo manantial de discordias entre los esposos y sus compañeros. Estimando á su calesero y á la mulata, y amiguísima de que en su casa no hubiese riñas ni altercados, es de presumirse la impresion de estos discursos en el ánimo de la Señora Mendizábal, que, religiosa por otro lado al extremo, recargó allá en su fantasía la responsabilidad que tendria ante Dios por no haber impedido un matrimonio, fatal para los novios, y causa precisa de disturbios y pependencias. Habia negado tambien el permiso una vez, y juzgaba debilidad en su clase de ama el volverse atrás; el gobierno de una casa estribaba para ella en que siempre triunfasen los blancos de los negros. No valieron promesas ni juramentos; se mantuvo firme en su propósito, fiándose en que el tiempo, que todo lo destruye, apagaria poco á poco la llama que se habia encendido en Francisco y Dorotea; como si el amor de dos jóvenes en lo florido de sus años se borrara, mientras viven bajo de un mismo techo, y respiran un mismo aire.

Siete meses habian cursado de la primera ocasion en que impetró el esclavo la licencia de su

casamiento, en cuyo espacio repitió varias veces sus instancias, que fueron siempre denegadas. Recurrió entónces á los amigos y amigas de la Señora Mendizábal, á quienes respondió ésta con los argumentos que tanto eco le causaban. No percibiendo tabla de que asirse en semejante conflicto, se propuso obedecer á su señora, y no usar medios violentos para arrancarle su voluntad. Continuaron adorándose los dos amantes, aunque sin esperanzas de casarse, y ocultando sus relaciones á la familia, para lo cual tuvieron que hablarse á horas y en lugares desusados. Al cabo de dos años nadie se acordaba ya en la casa de sus amores, y la misma ama imaginó que habian cesado con el poder del tiempo, segun lo hubiera predicho á Francisco. Pero este encubrir lo que sentian, y esta imposibilidad de llenar sus deseos mediante el matrimonio, contribuyó á que su passion, reconcentrándose más y más cada dia, subiese extraordinariamente de punto. Si habian sido capaces de observar por dos años una conducta tan reservada, fueron despues quebrantándola al grado de que comenzasen las sospechas, y tras ellas viniese el desengaño, porque á menudo sorprendieron á la mulata conversando desde el balcon y los corredores con el calesero, y cosiéndole su ropa á media noche, interin dormia la familia; y el hacerse señas y dirigirse miradas de inteligencia, no dejaron la menor duda sobre el particular.

Una noche, casi á las once, y retiradas las visi-

tas, los llamó la Señora Mendizábal para que le confesasen la verdad. No la negaron ni por un momento, ántes se la descubrieron paladinamente con las lágrimas en los ojos, y le reiteraron sus ruegos, figurándose que en aquella ocasion no serian desairados. Acostumbrada la noble habanera á ser obedecida de esos dos criados, se admiró de que, habiéndole prometido distraer su pasion, la alimentáran en secreto, y la engañasen. Su amor propio se resintió de un comportamiento que no aguardaba, y demostró á los amantes cuán doloroso le habia sido, y que en ningun tiempo se le borraría de la memoria. Mala sazon era aquella en verdad para moverla á que consintiese en el matrimonio; opúsose abiertamente, aduciendo, sobre las causas dichas en otra época, que no lo merecian unos siervos que la recompensaban con la desobediencia y el fraude. Estimó un castigo adecuado á tamaña ofensa privarlos de celebrar su enlace, y hacerles conocer que su encono y su autoridad podian ser temibles. Los reprendió severamente, les mandó que no se les presentasen de ahí en adelante, y que miraran cómo habian de conducirse. Dorotea no le cosió ni le sirvió más á la mano, y Francisco no puso tampoco el carruaje.

Esta injusta sentencia, que los condenaba inocentes, sólo por haberse amado, y la tenaz oposicion de la Señora Mendizábal, los irritaron; y minorándose así su respeto y cariño, y no vislumbrando ningun rayo de esperanza, mancharon

extraviados, la limpieza de sus amores. Indignada la Señora Mendizábal, trató de vengar su agravio, para lo cual asignó á Francisco, en el primer ímpetu de incomodidad, la pena de cincuenta azotes, grilletes por dos años y destierro perpétuo en la finca, y á la mulata trabajar de lavandera en casa de una francesa, atendiendo á su estado, á que era hermana de leche de Ricardo, y á que enviarla adonde estaba su cómplice, sería enervar el castigo, y proteger sus vergonzosas relaciones.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

CAPITULO II.

EL bocabajo que se dió á Francisco por mano del mismo D. Antonio, que en aquella ocasion no quiso delegar sus facultades en el contramayoral, segun la costumbre, estuvo revestido de las circunstancias que refirió á Ricardo: ochenta latigazos, por no haber llevado la numeracion exacta de los que habia prescrito el ama; untarle las nalgas con aguardiente, orines, sal y tabaco, despues que las tenia sajudas como si se las hubiesen cortado con un cuchillo, y chorreando sangre; el estreno de un cuero duro é inflexible, que remataba en pajuela de cáñamo; y por añadidura los grilletes, y mandarlo á cortar caña, sin considerar que apénas podia tenerse en pié, ni que el sol y el trabajo para un hombre acostumbrado á la sombra y á las labores de otra clase más suaves, quizás le acarrearían la muerte,

ó por lo ménos una enfermedad. Por más que se jactase Don Antonio de crucificar á los negros y supiese cuánto agradaban al jóven administrador y dueño del ingenio las crueldades cometidas en ellos, no se adelantó á decirle, que cuando repartió la negrada, habia preceptuado al contramayoral, que en el corte, y hasta las doce en que tocase la campana, lo avivase con dos ó tres cueros por intévalos, y que para disfrazar la causa del castigo, lo colocase á sacar tarea junto á dos negros de los más hábiles y fuertes, por lo que no iría á la par con ellos, y habria motivo de azotarlo. El negro, que á causa de su barbarie en estallar el cuero, y de la inhumanidad con que miraba á los otros, sus hermanos y compañeros, habia sido promovido al cargo de contramayoral, cumplió religiosamente la órden de su jefe; del Ave-María á las once llevó Francisco un número igual de azotes al que recibiera ántes, pero no en las nalgas precisamente, sino en todo el cuerpo desde la cabeza hasta los piés. Las hojas de las cañas lo arañaron, y aquella incómoda pelusa que crian en el cogollo, le abrasó las piernas, las manos y la cara. Era un dia de cuaresma; época en que ya el sol ahoga de calor á los habitantes de Cuba, y no bien ha despuntado, cuando deseamos la sombra de un árbol ó de una casa que nos guarezca; época en que las aves abren el pico y las alas, y se bañan en las lagunas, en los rios y en los arroyos, miéntras el ganado se amontona bajo las ceibas y las guásimas, en cuyo alrededor

ha desquiciado la yerba con la continuacion de pisarla y de comerla ; era uno de estos dias, repi- to ; aún los negros nacidos y criados en el ingenio sudaban copiosamente, y á cada momento se les veia vaciar los güiros, que llenaban otra vez de agua en un rio inmediato, y tornaban luego á vaciar ; lustrosos con el sudor, parecia que les hubieran barnizado todo el cuerpo ; los varones se habian quitado las camisas, y tanto ellos como las hembras se ataron á la cabeza un pañuelo para preservar la pasa ; ni una hoja se movia, y los pájaros estaban mudos ; los negros cantaban sin embargo á su manera ; uno se entonaba primero, y los otros le respondian con un estribillo conoci- do de todos ; aquel nada más variaba la letra.

Francisco se afanaba por sacar la tarea que el contramayoral le marcó, y por seguir la velocidad de los que tenia cerca ; pero el peso de su mache- te de calabozo, escogido por el mayoral apropósi- to, y el no haberlo amolado ; la ninguna destreza en cortar la caña, dividirla en trozos y separar el cogollo ; los latigazos, los latigazos sin motivo ; el sol, los dolores que sufria, y estar en ayunas, le aniquilaron las fuerzas. A las diez de la mañana cayó desmayado ; el contramayoral y dos negros le arrastraron hasta un ateje, y allí le dejaron en la sombra, interin fueran las carretas, y una de ellas le condujese á la enfermeria. Mas habiendo sido solamente un desvanecimiento de cabeza, en breve rato recobró los sentidos con la frescura del sitio, y levantándose, se reclinó en el tronco del

ateje. El contramayoral que le vió bueno y sano á su entender, pensó que lo habia engañado por librarse del trabajo ; vuela hácia él con el cuero en alto, y colmándolo de injurias y desvergüenzas, le cae á cuerazos, y lo precisa á correr, no obstante los grillos y el pajonal de la caña, hasta juntarse con la negrada. Poco tardó en desmayarse por segunda vez, y ser azotado nuevamente ; pero ahora lo fué en el suelo, y cuando estaba insensible. Cansado el contramayoral de castigarlo, conoció al fin que la enfermedad era real y cierta, no fingida como al principio se imaginara. A este tiempo llegaron al corte las carretas de tirar la caña, y determinó enviarlo á la enfermería para que lo curasen.

Aunque los negros cantaban en el corte mientras Francisco padecía, debemos decir en honor de la verdad que sus tonadas no eran alegres ni risueñas ; el bocabajo de por la madrugada los habia entristecido, y aquel negro mina de alta estatura y cuyo semblante denotaba amargos pesares, calesero de la Señora su ama, que lo habian llevado á castigar, y á trabajar toda su vida en el ingenio, tan jóven, á los veinte y cuatro años, que no habia derramado una lágrima, y que sólo dió muestras de lo que sintiera mordiendo el suelo, y mordiéndose los lábios, y rechinando los dientes durante el bocabajo ; aquel negro los movió á compasion. Así fué que le brindaron de su funche y de su tasajo, ofertas que rehusó ; por eso quisieron cambiar con él de machete, y ayudarle

en su tarea. Con la mira de avergonzarlo, eran dos negras las que pusieron á tumbar caña á su lado, empero tan robustas como un hombre, tan diestras en manejar el machete; estas criaturas comprendieron el objeto de colocarlas junto á Francisco, y lastimadas de su miseria, aguantaron gustosas algunos azotes, á trueque de no avanzar mucho en la tumba, y librar de este modo al desventurado calesero de los que le amenazaban caso de quedárseles atrás; y cuando se distraía el contramayoral, le auxiliaban en su tarea. No podían ofrecerle otros consuelos, ni mostrarle de otra manera su buena voluntad.

Cada ingenio, cada cafetal, tiene sus canciones particulares, que se diferencian no solo en sus tonos sino también en la letra; unas sirven para solemnizar aquellos días en que está contento el corazón, las Pascuas de Navidad, de Resurrección, del Espíritu Santo, el día en que se reparten las esquifaciones y las frazadas, los bautizos, los matrimonios, el principio de la molienda y de la recolección del café, el año nuevo, los Santos Reyes; otras acompañan á los entierros, las grandes y pesadas faenas, los castigos inmoderados, el frío y el calor excesivos; en el primer caso más bien se grita que se canta; en el segundo, las modulaciones de la voz son tristes y lúgubres, ni se oye apenas al que guía ni á los que responden, y es necesario no ser hombre para oír esos cantares, y no saltársele á uno las lágrimas. Pero hay tonadas que no varían, porque fueron compuestas

allá en Africa, y vinieron con los negros de nacion; los criollos las aprenden y las cantan, así como aquellos aprenden y cantan las de estos; son padres é hijos, no lo extrañemos. Lo singular es que jamás se les olvidan; vienen pequeños, corren años y años, se ponen viejos, y luego, cuando sólo sirven de guardieros, las entonan solitarios en un bohío, llenos de ceniza, y calentándose con la fogata que arde delante; se acuerdan de su patria, aún próximos á descender al sepulcro. Pero si Italia es en Europa el pais privilegiado de la armonía, la tierra de los minas lo es en Africa; la música de estos negros llega al alma, habla al corazon; principalmente aquellas canciones que entonan en memoria de los difuntos, con el cadáver en medio sobre una tarima, y ellos en torno sollozando.

En el corte de caña habia dos negros viejos que la acarreaban del suelo á las carretas, minas de nacion, los cuales á causa de su edad guiaban comunmente el canto de los demás; apesadumbrados con los males de Francisco, eran dignas de oirse sus tonadas; su voz temblorosa, el monótono estribillo de los que acompañaban, el ruido de los machetes que caian y se alzaban á compas, y los diversos sonos y diferencias de las tonadas lastimeras, difundian en el aire una suave melodía. Como quien despierta de un sueño horroroso, y percibe en el silencio de la noche los acordes de un arpa, así oyó Francisco aquellas modulaciones dulces y queridas; recordó los dias felices

de su infancia, felices, porque era libre ; las colinas, las llanuras, los bosques, los arroyos de su patria, á sus parientes, á sus padres ; y echando un velo sobre la servidumbre que le habia arrebatado tantos goces, y sobre las desgracias que lo trabajaban, miró á sus compañeros sonriéndose ; despues murmuró en voz baja el mismo estribillo con que respondian á los dos ancianos, desde el Ave María hasta que se desmayó, á pesar de los castigos del contramayoral.

Pero sigámosle en la carreta que lo conducia á las fábricas. Conforme á las instrucciones que habia recibido el negro carretero, ántes de llegar á la enfermería se detuvo en la casa del mayoral para avisarle que Francisco estaba enfermo. Aquel se ocupaba en topar dos gallos finos en los momentos en que supo la novedad ; justamente cuando habian pasado de los revuelos á las picadas, justamente cuando iba á conocer cual tiraba mejor, y podria jugarse con cuatro ó seis onzas en la valla la próxima pascua ; sentado en cuclillas, los ojos desencajados observando los más mínimos movimientos de los combatientes, el que picaba en la cabeza, el que salia, el que heria de revuelo ó de contrarevuelo ; con un vaso de aguardiente en la mano para rociarlos, y las trabas tiradas sobre un hombro ; cómo habia de abandonar el guajiro un recreo tan sencillo é inocente, por la curacion de un hombre de color ?

— ¡ Mil rayos y mil centellas te carguen, demonio ! le gritó pálido y temblando de rabia al carre-

tero. Demonio ¿tú no sabes ir donde está el mayordomo? Que se muera ó no se muera ¿á mí que me importa? Ni pierdo ni gano. Míralo allá en los secaderos aventando el azúcar. Díceselo á él, que él es quien tiene cuenta con eso, ¡só perro!

—Sí, Señor, sí, Señor; contramayorá mandá mí; sí, Señor, yo va camina.

El carretero aguijoneó los bueyes temeroso de que el mayoral le cayese con el cuero, y llevó la carreta al trote hasta los secaderos; comunicóle al mayordomo la enfermedad de Francisco, y que allí lo llevaba para que lo curasen en la enfermería.

—Bien, el mayoral te mandó á mí, ¿no es verdad? Su Señoría parece que es muy caballero. Estaría tirado en la hamaca, como tiene de costumbre. ¿No es buena gracia echarle á uno toda la carga encima? El arria me jinchonea por azúcar; hoy es juéves, y mañana viérnes, á cargar. ¡Conque estoy aprovechando estos dias de sol, y, Don Juan, las raciones, Don Juan, una coyunda, Don Juan, un cachimbo, y Don Juan para aquí y para allá; y Don Juan sin poderse rascar la cabeza, siempre embromado!

—Oh mi amo! yo no tiene la culpa! Cuando mayorá manda ¿yo que vá hacé, pobre clavo? Ese tá malo que tá la carreta.

—¡Esto es insufrible, vive Dios! Si todos trabajaran ¡vaya! Pero los demás se tiran á la banda, á la bartola. ¡Mire Vd. soplarme ahora este muerto! Cataplasmas, unguentos, ventosas,

sinapismos, jeringas.... sabe Dios lo que le recetará el médico. Hijo de tu madre, anda, anda para la enfermería con él.

En cuanto aspiró Francisco un poco de aguardiente que le dió á oler la enfermera, se reanimó y recobró los sentidos ; y fué así por fortuna, pues el facultativo del ingenio le hubiera empeorado, ó quizás matado, suministrándole otros remedios impropios para el caso ; baste decir, que habiendo asistido cinco ó seis dias en cada curso á las áulas, y no abierto un libro, ni por lo ménos en romance, concerniente á la ciencia médica, se graduó de bachiller, á fuerza de empeños, *nemine discrepante*, recogió su título, empuñó la caña de carey, y largóse á los campos, no sabemos decir, si á curar, ó á precipitar la muerte de los que cayeran bajo sus manos. Bien cerciorado estaba Ricardo al ajustarlo para su finca, que era un ignorante de marca ; pero el módico salario de veinte y cinco pesos que le pidió, fué un contrapeso que inclinó la balanza ; luego, sólo se comprometia la salud y la vida de los negros, fuertes por naturaleza, y capaces, segun él, de resistirlo todo.

—¡ Eh, taita ! le preguntó á Francisco tocándole con el baston ¿ qué tiene Vd ? ¿ La barriga, el costado, la cintura, qué le duele ? Hable, vamos, que ahorita lo pondré bueno. Dígame, ¿ ha evacuado ?

—Señor, se me desvaneció la cabeza en el campo.

—¿ Desvanecimiento de cabeza ? Alguna juma. Taita, esas son borracheras. A ver la boca.

—Niño, yo no bebo ninguna clase de bebida.

—Abra, ábrala bien, no venga con canonigadas. Hombre, no, no ha bebido, ¿qué diablos tuvo, maestro? Desvanecimiento, desvanecimiento de cabeza. ¿Qué será ésto? ¿Debilidad un moce-ton? Es imposible. ¿Por los azotes? Méenos. Está muy robusto. Pues seguramente que tiene sucio el estómago. Saque la lengua. ¡Puf! sucísima, sucísima. María, mañana al canto del gallo, un vomitivo de Le-Roy, y pasado, un pur-gante; y lo pondremos más limpio que una taza de oro. Yo no sé que diablos tiene la carne prie-ta para recoger malos humores; todas las enfer-medades de los malditos provienen de la serosi-dad acre; evácuelos Vd., límpielos por dentro con sus purgantes y vomi-purgantes, y, como con la mano, fuera enfermedades. Taita, no se aflija, de aquí á dos dias me dará las gracias. Y tú, María, ¿le has quemado á Juan la pata con la piedra infernal? ¿le curaste los vegigatorios á Can-delario?

—No se quié dejá, Siñó.

—¿Qué es lo que me dices, grandísima.....? ¿Ahora estamos ahí? Desde ayer le debiste abra-sar á Juan la pata, y al otro arrancarle la ampo-lla. Ya son las doce. ¿Qué animal eres, que bestia, María! ¿Porqué no me avisaste, bruta? ¿Les tuviste lástima, salvaje? ¿Estamos frescos! A ese paso, harán lo que quieran, á ese paso, no vivirá un enfermo.

—Tá juí, tá pujá mí, Siñó. Yo vá curá né cun Su mecé.

—Que te empujaron, que no se dejaban; me lo hubieras dicho. El chucho les habria hablado lengua. ¡Cachimbos...! ¿los curaré por mi bien ó el suyo? ¡Ah! y si Don Ricardo no se interesara! Tráeme acá la piedra y el cañamazo; que yo voy á enseñarte el modo de curar las llagas y los vegigatorios.

Los dos negros, en quienes pasó incontinenti el facultativo á ejercer sus funciones, estaban acostados, en un extremo de la sala donde se hallaba Francisco, sobre tarimas de madera, sin almohada, ni otra cobija que sus frazadas; el de las úlceras, pálido, flaco y medio moribundo, apénas podia moverse; y el otro deliraba como un loco, en razon de la fuerte calentura inflamatoria que lo consumía; mal asistidos del médico y de la enfermera, y peor alimentados, casi tocaban al término de su vida. La pieza resonaba con los ayes y lamentaciones del uno, y los desatinos y disparates que el exceso de la fiebre hacia preferir al otro; miéntras que los demás enfermos, ó dormian profundamente, ó miraban impasivos aquella escena lastimosa, como gente que al cabo se acostumbra á presenciar con indiferencia las aflicciones de sus semejantes. Sólo Francisco era capaz de medir allí en todo su tamaño los tormentos que Candelario y Juan padecieron cuando el médico por su misma mano les aplicó los remedios que la enfermera no habia podido administrarles. La piedra infernal no sólo quemó las partes dañadas de las úlceras, sino tambien la

carne viva buena; y la ampolla del vegigatorio desapareció al primer estregon del cañamazo sobre la quemadura. Durante la curacion el médico les decía:

—¿Qué se creyeron Vdes., zopencos? ¿Qué yo estaba aquí para mamantearlos? A la perra que los emburujó. ¡Oiga Vd., por unos vegigatorios, por una pasadita de piedra infernal, tantos aspavientos, tanta bulla! ¿Y no fuera peor que les cortara un brazo ó una pierna? ¿No seria peor que se los llevase la carreta al camposanto? Respóndanme, si tienen valor. No huyas el cuerpo, sinvergüenza. ¿Qué dices? ¿Qué te cure sin lastimarte? Llama que venga un ángel. Así pades menos, de un golpe; aquí está ya el pellejo en el cañamazo. ¿Lo ves? ¡Y cómo le vá á purgar! Un rio de humores, criatura, ¿y te quejas? Este es el mejor modo de curar los vegigatorios, de un estregon, de un viaje, al decir y hacer. ¿Y Vd., Señor de las lacras, ya está zafando la pata? ¡Quieto, quieto, que vá... una quemadita no más! Estire Vd. el ñame. ¡Tate, ya salimos del lance! ¿Te quemé mucho? ¡Oh, nó! Vuelva acá la canilla. ¡Já, já, já! ¡Y cómo grita el condenado! ¿Te arde? ¡Qué! ¿Son candela? Le echaré viento para que se apague. Gallinazo, mándria.

Concluidas estas operaciones que horrorizaron á Francisco por el modo con que se hicieron, se le encaró el médico, y dejando asomar en sus labios una sonrisa de satisfaccion y como de ame-

naza, le dijo: A Vdes. los señores frijoles es menester curarlos así. ¿Has visto? ¿Se manejaban contigo de este modo en la Habana? Pues cuidarse y no enfermar. No beber mucha cidra acañada, no ser muy enamorado; que estas son las resultas. En enfermándose Su Señoría, me lo traerán aquí, y yo lo curaré con lo que se debe, aunque berrée, aunque clame por Jesucristo. No hartarse tampoco, sujetar el pico; los torozones es la enfermedad más comun que les ataca á Vdes.; harturas de funche y de tasajo. Y sobre todo, Dios lo libre de venirme fingiendo alguna cosa, que entónces sabrá lo que es cajeta de boniato; se lo adivinaré, más que le pese, y se arrepentirá. Un vegigatorio al canto. ¿Qué hay? ¿Es católica la medicina? Si Vd. quiere pasarlo bien conmigo, ande Vd. derecho y serémos compadres.

Francisco no respondió á este discurso sino aguándosele los ojos, y en habiendo el médico salido, se volvió hácia la pared, y un torrente de lágrimas le inundó al momento las mejillas, por la ingratitud y dureza de su señora, que despues de haberlo precipitado en una mala accion, lo mandó al ingenio para que padeciese; la ferocidad del mayoral, y el encono de Ricardo, jóven con quien se habia criado, y con quien jugó otro tiempo en la misma finca, recorriendo juntos en un propio caballo las guardarayas de los cañaverales, los llanos del potrero, y el batey; las amenazas del médico; la tiranía del contramayoral;

y mil recuerdos de Dorotea, infeliz mulata que sufría por él en una casa extraña, donde la estarían también oprimiendo; el hijo que llevaba en el seno, aquel hijo que por haber provenido de padres infortunados, dividiría con ellos, en cuanto naciera, las amarguras de su suerte; tantas imágenes halagüeñas y tristísimas se chocaban en su fantasía, que no pudo contenerse; sus sollozos apagados, quizás los primeros que salieron de su pecho desde que sentía el peso de la esclavitud, interrumpiendo el silencio de aquel lugar de miseria, retrataban el sonido que forman las aguas de los arroyos contenidas en un remanso al caer de una cascada. La campana que botaba la gente al campo (sería la una de la tarde), cuyas vibraciones de suyo fúnebres aún en medio de las fiestas, y que al principio fuertes y sonoras, fueron muriéndose luego poco á poco, que parecían gemir las penas de los negros, lo despertó de sus cavilaciones; y el ruido de los grillos, el llanto de los criollitos porque sus padres los dejaban solos, las voces del contramayoral *alza, alza, á la fila, que el sol vá bajando*, el murmullo de disgusto que se sigue á estas fatales campanadas, principalmente en las fincas donde el espacio concedido á los negros para comer y descansar al mediodía, es tan corto que no les basta apenas para asar su ración de tasajo, sino que á medio cocer y á veces caminando hácia el campo tienen que engullírsela de carrera, como á menudo sucedía allí; todo esto, que salía de los bohíos cercanos, y que oyera

Francisco á través del embarrado de la enfermería le hizo sumergirse en un piélago de reflexiones sobre la vida de los otros negros, y olvidarse de sí mismo ; pero ¿ serviría eso de mucho alivio á un hombre de su clase, á un hombre, tesoro de amor y caridad para con el prójimo, y que por estar trabajado de pesares, habia de simpatizar pronto con las desventuras ajenas ?

Antes de retirarse la negrada á sus trabajos, lo mismo al Ave María que al Mediodía y á la Oration, se ahila formando un semicírculo, los varones á un lado y las hembras á otro, delante de la casa del mayoral ; éste se pone de pié en el centro, y cuando ha notado los negros que les faltan, operacion que ejecutan nuestros guajiros con increíble rapidez, le intima sus órdenes al contramayoral, que estos chapéen, que aquellos corten caña, que tales vayan á la casa de calderas, cuales al trapiche, quienes á los secaderos ; y en seguida estalla el cuero en el aire, y los despide con un *¡ arréen, lijero, que no les vea las patas !* Don Antonio observó en aquella ocasion que le faltaba uno de los principales, el negro calesero de la Habana, Francisco ; recordó, como si saliese de un sueño, que lo habian llevado del campo enfermo en una carreta, y que él no le habia hecho caso, por estar topando en la actualidad su canelo y su malatobo ; despues no se le vino más á las mientes, distraido con tusar y rociar á los otros gallos, afilarles los espolones, y untárselos de sebo para que creciesen, componerles las va-

retas, repartirles el maiz y las yemas de huevo ; entretenimientos en que se ocupó hasta que fué hora de botar la gente. Deseando saber la dolencia de Francisco que le excusaba de trabajar, se la preguntó al médico, y como escuchase de su boca que eran vahidos nacidos de suciedad en el estómago, y que necesitaba tomar un vomitivo y un purgante en los dos días siguientes, le criticó sus medicamentos y su simplicidad con los negros, exponiéndole por último, que si por eso iba á quedarse sin trabajar, por aquella bobada, por una pura ficcion tal vez, y que caso de no entregárselo en el acto, se quejaria al amo, para que decidiera la controversia. El facultativo, resentido de un lenguaje tan poco urbano, se opuso abiertamente á sus pretensiones, y D. Antonio, en extremo picado con esa resistencia, enderezóse á la casa de vivienda.

—¿Qué hay, amigo, le preguntó éste ; alguna novedad ?.

—No, Señor, Niño ; el Doctor, que parece nos quiere embutir todos los negros en la enfermería. Treinta y nueve tenemos inútiles, que me dice que no pueden ir al campo ; conque saque Vd. los de los secaderos, los del trapiche, los de la casa de calderas, los del tejar, los del alambique, los que le sirven al Niño, á Pedro, que está cuidando las bestias, á Timoteo, el cocinero de la gente, un sin número, Niño, y verá que yo no tengo la culpa de si no se hace tarea ; la semana pasada no pudimos hacer sino setecientos panes, debiendo

haber metido ochocientos cincuenta por lo ménos en la casa de purga ; á ese andar, gracias que hagamos doce mil de zafra, no desperdiciando ningun dia, y moliendo hasta fines de Mayo ya entradas las aguas. En flaqueándole á un hombre los brazos que necesita ; cómo vá á cumplir bien ? Yo me mato, me apuro, reviento trabajando ; pero todo se vuelve sal y agua. Al fin de la semana salimos con seiscientos cincuenta, con setecientos panes, y de ahí no rebasamos ; y yo ando siempre detrás de la gente ; el Niño vé que no la deajo dormir, y que no se juega conmigo.

—¿ Y qué hubo ahora con el Doctor ?

—¡ Cómo ! ¿ Qué el Niño no lo ha sabido ? El mina de la Señora, Su Señoría el Señor D. Francisco, fingió allá en el corte un vahido ; mandósele al Doctor, y viendo que todo fué mentira, que está tan bueno como una manzana, se le ha clavado en la cabeza que tiene sucio el estómago, que es menester administrarle un purgante y un vomitivo, y por remate del cuento me ha dicho que entre dos, que entre tres dias, no debe salir de la enfermería. ¡ Y yo que contaba con ese refuercito, me encuentro chasqueado de buenas á primeras !

—¿ Y quién, quién le ha dado facultades á ese jeringuero de San Juan de Dios, á ese sangrador, á ese albéitar, para molernos los chichones á todas horas ? ¿ Pensará envolvernos con sus terminachos ? ¡ Mentecato ! ¿ Y qué me dejaré arruinar por su linda cara ? ¡ No le haga salir de aquí al trote en su rosillo ! ¿ Vd. dice que Francisco

está bueno, que debe coger el machete y zumbarse? ¿Sí? Pues asunto concluido; echarlo fuera de la enfermería; dígaselo Vd. de mi parte, y que tengamos la fiesta en paz....

—Así, sí. Lo demás es hacer la plaza de bobo. En sosteniéndole á uno el amo de esta suerte, murmuró el mayoral al retirarse, se rie cualquiera de los trabajos.

El médico tuvo á bien cumplir el precepto de Ricardo; Francisco fué sacado de la enfermería, y llegó al campo poco despues de la negrada; pero ántes de salir le pusieron otra vez los grillos que le habian quitado para miéntras estuviese enfermo. Allí se representó por la tarde la misma escena de por la mañana: los castigos del contramayoral, la compasion de las negras, y aquellas canciones que los dos minas ancianos entonaron, acompañándolos Francisco y los demás esclavos. Cerca de la Oracion, al esconderse el sol, cuando ya la oscuridad de la noche confundia los objetos, la negrada fué á las márgenes del rio, que á breve distancia se deslizaba, á cortar yerba de Guinea para los caballos, pues aunque de ordinario en la molienda se les lleva el cogollo de la caña con las ramas, la copia de aquel pasto, muy más sabroso y nutritivo para las bestias, le hizo al mayoral preferirlo. Cada negro cortó un buen haz, lo ató con bejucos y lo cargó en la cabeza; unos metieron los machetes en él, otros en sus váinas, y las mujeres los colocaron en la tira de cuero con que se ciñen el talle á modo de cinturón; el contra-

mayoral se colocó el último de todos, y en este orden, aglomerados los varones y las hembras, los chicos y los grandes, y hablando un guirigay á su manera ininteligible, cogieron el camino de las fábricas. Entónces tocó el ingenio las campanadas de la Oracion, las primeras con espacio de una á otra, y las restantes sucediéndose con rapidez; y así fueron oyendo las campanas de las fincas vecinas, por cuyos diversos sonidos conocian de donde éran; hasta que entraron en el ancho batey, iluminado por la luna. Esta hora en cualquiera parte es solemne, en cualquiera hombre despierta sentimientos que le abaten las alas del corazon; pero en los ingenios, en los ingenios ¡yó no sé como explicarme! en los ingenios es menester llorar. No se escucha más que los gritos de los negros, los cantos del trapiche, el crujir de las carretas que descargan la caña en la pila; y algunas veces el chasquido del cuero! ¡Cuántas ocasiones, yendo Francisco con su señora al ingenio, se habia dedicado por la misma hora á meditar sus penas y las de aquellos negros! ¿Presentiria por ventura que habria de acompañarlos más adelante? Dos meses hicieron en la actualidad de una noche en que, la Páscoa próxima pasada, se sentó en la rampa del trapiche, y se dió largo tiempo á mil reflexiones dolorosas; y á la sazón componia parte de la negrada, se veia aherrojado, lleno de golpes y de latigazos, sin tener á quien volver los ojos, porque el amo, el mayoral, el contramayoral, el médico, todos eran

enemigos suyos, ninguno se dignaba de socorrerlo en su desamparo. ¡ Pobre Francisco en aquella hora !

Don Antonio repartió en la fila los negros del cuarto de prima y los del cuarto de madrugada, es decir, la cuadrilla que debía velar hasta las doce, y la que le reemplazara hasta el Ave María, donde se quedan en los trabajos de las fábricas los negros ménos fuertes, y los más robustos y ágiles vuelven á carretear y al corte. Hay una diferencia muy notable entre estos cuartos ; el de prima es mejor que el de madrugada ; acostándose los esclavos á las doce cuando les acosa el sueño, no padecen ni la mitad que aquellos que se recojen á la Oracion cuando no lo desean ; y es de presumirse por consecuencia cuál le tocaria á Francisco. Ni le fué dable entretanto conciliar el sueño, porque el silencio y la soledad de la noche le trajo en todo su tamaño la memoria de sus infortunios, y no lo permitian tampoco los latigazos y los golpes, el tener metidos los dos piés en el cepo, y el hallarse acostado en una tarima sin almohada en que asentar la cabeza, ni frazada con que taparse del frio, pues Don Antonio no le dejó buscar la suya llevada de la Habana, y es sabido que en el campo son siempre las noches frescas, máxime en los primeros dias para los que cambian de temperamento ; pero sus compañeros de cepo se durmieron al instante. El *Arado* demarcó el punto de mudar el cuarto, y un negro fué llamando á todos los que habian de levantarse.

Conforme á lo que habia prescrito Ricardo, tan de acuerdo con la crueldad de su mayoral, destinaron á Francisco al trabajo más recio por las noches, á meter combustible en las fornallas de las calderas en que se elabora el azúcar; los negros prácticos y experimentados en ese ejercicio no lo extrañan casi nada; habitúanse al calor del fuego, adquieren una destreza extraordinaria en alimentarlo, resguardando al mismo tiempo su cuerpo, y entienden perfectamente el idioma de los maestros de azúcar, que desde arriba junto á las pailas, donde se purifica el guarapo, y cerca de las tachos donde comienza la cristalización del azúcar, mandan la maniobra, señalando, por sus gritos á los negros, la cantidad de fuego y el lugar en que lo quieren; *un brazado, á la boca, templadito, apriétale, pára la mano, mete para adentro, que se duerme*, he aquí algunas de las frases que se usan comunmente por los maestros de azúcar. El calórico que despiden las fornallas es intenso, y háse menester toda la fortaleza y maña de los negros que tienen el ejercicio de entretenerlo, para no derretirse; segun la expresion de un célebre y desgraciado novelista americano (*), parecen las bocas de un mónstruo voraz que jamás se sácia, y que siempre está hambriento. Así que, Francisco no podia conservar el fuego en grande elevacion de temperatura, ni templarle á voluntad del maestro, cuyo lenguaje no conocia muy bien, ni resguardarse de que le

(*) Maynard.

diese en la caja del cuerpo. Muchas veces lo amenazó aquel, mas nunca llegó á castigarlo, ántes que por lástima de sus penalidades, porque sabia el rencor que le mostraba Don Antonio su enemigo ; pero hartó de padecer tuvo, sin necesidad de azotes, con la clase de su faena.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

CAPITULO III.

LOS vahidos de Francisco estorbaron que el mismo dia del primer bocabajo le cortase el mayoral la pasa, y que el mayordomo le desnudara de los pantalones y camisa de listado que llevó puestos al ingenio; pero al siguiente hubieron de ejecutarse estos preceptos de Ricardo, cuyo fin era tan sólo abatir y menospreciar al calesero, igualándole á los otros negros de su finca, y oscureciendo así en cierto modo los atractivos, la gracia natural que le arrastraban á uno trás de él, no obstante su color y humilde condicion de esclavo. Ni se olvidó tampoco aquel jóven de que sufriese despues un novenario por término de nueve madrugadas. Entónces le flaquearon las fuerzas á Francisco; al tercer dia, por haber ya recibido más de cien azotes, por los grillos, por el cansancio de tan pesados trabajos, y

porque en desfalleciendo el alma y el corazón de las criaturas decae también el cuerpo, no pudo salir al campo. Lo acostaron en la tarima del cepo con los pies dentro de éste, y allí pasaban y volvían los días, sin que nadie se le arrimase á consolarlo, si no era alguno de sus parientes, y eso cortos instantes, cuanto le es dable á un siervo en un ingenio, donde los propios infortunios bastan para aniquilarlo, y donde hasta la caridad de negro á negro, cuando los tormentos han sido preparados por los blancos, es un delito que se castiga con rigor. Por las mañanas no más lo sacaban del cepo, y casi en brazos lo conducían á la fila para seguir el novenario.

Trescientos cinco azotes recibió Francisco en el breve espacio de diez días, de cuyas resultas se postró de tal modo, que por dos semanas estuvo sin moverse en la tarima; el mayoral le había dejado las nalgas despedazadas, en carne viva, que daba lástima mirárselas. Pero no quedó satisfecho así; viendo que no podía salir al campo, trató de martirizarlo por otro medio cualquiera. Entre cuantos le sugirió su crueldad, ninguno le pareció tan á propósito como el de estregarle cinco ó seis veces al día, hasta que á chorros le saltase la sangre, las mismas llagas, las mismas sajaduras, con paja seca de maíz mojada en aquella terrible composición de aguardiente, orines, sal y tabaco, que usan nuestros mayorales después de un grande castigo. Esto era un placer, un recreo asaz inocente para Don Antonio; rién-

dose á carcajadas hacíale bajar los calzones, y luego con sus propias manos lo crucificaba, no sin darle ántes muchos manatazos y puntapiés porque se estuviese quieto, y decirle mil chanzas y desvergüenzas. Excusado será pintar los recios dolores que sufriría el negro calesero, cuando le sucedió varias ocasiones desmayarse, y volver en su acuerdo de ahí á dos ó tres horas. Pues el mayoral, en lugar de compadecerse entónces á la vista de un hombre medio muerto, se reía y se chanceaba más, y le estregaba las nalgas con mayor aspereza.

Transcurrieron por último esos días de martirio ; Francisco se mejoró algun tanto, y lo sacaron del cepo. Empero el odio que le profesaban Ricardo y Don Antonio, crecía de hora en hora, en vez de mitigarse. De aquí que al momento le pusieran un par de grillos con sus correspondientes ramales, y le señalaran de nuevo aquellos trabajos en que desde el principio habian pensado ocuparlo miéntras durase la molienda, tumbar caña de sol á sol, y de noche meter combustible en las fornas ; si bien lo quitó pronto el mayoral de la casa de calderas y lo trajo al trapiche, reflexionando que allí estaba bajo el maestro de azúcar, léjos de su poder, y libre de castigos. El contramayoral recibió órden para azotarlo siempre que se le antojase, y es de presumirse cuanto empeño pondría este siervo en complacer á quienes le mandaban, y de cuyo agrado y buena voluntad pendia su empleo ; acaso hubieran sido más tolerables los

padecimientos de Francisco, si los negros que ejercen en las fincas aquel oficio, no fuesen peores que los blancos, si desde el instante en que lo consiguen, no sacrificaran á su bienestar el de los infelices compañeros. Anunciamos ya en otro punto que Ricardo y Don Antonio nombraron para contramayoral del ingenio á un esclavo que se distinguia sobremanera por su inhumanidad, y por su barbarie en estallar el cuero. En efecto, no bien le recomendaron el calesero, cuando comenzó á valerse de su posicion para hacer que el pobre mina sintiese todo el rigor de los padecimientos que debian abrumarlo en la finca; apénas lo dejaba respirar; vedábale el dormir, el comer, al menor descuido; confundíalo en las maldades de la negrada; le señalaba faenas, difíciles unas, y otras imposibles de vencer; lacerábale el cuerpo á latigazos, á bocabajos.

¿ A quién volveria los ojos Francisco en busca de piedad, si hasta los de su raza y condicion se la negaban? ¿ Si Ricardo, el mayoral, el mayordomo, todos los blancos del ingenio, aprovechaban cualquier coyuntura para oprimirlo? ¿ Si de nada le servia haber adquirido despues andando el tiempo la destreza y maña de los otros negros en las labores del campo? Porque á los operarios les gusta infinito estallar el cuero sobre la gente de color, y en Francisco concurría la especial circunstancia de ser esclavo de la Habana, el calesero de la Señora, que lo mandó recomendado al ingenio; y Ricardo buscaba para el gobierno

de éste á los hombres, no por sus conocimientos de agricultura, sino por la fama que gozasen de no dispensar á los negros la más leve falta, de arrearlos incesantemente con el cuero, de hacerlos trabajar dia y noche; el que se le presentase adornándole estos requisitos y el de pedir corto salario, tenia segura su colocacion en la finca, y permanecia allí largo tiempo; otros títulos no bastaban. Así, como del amo recibian impulso los operarios, el ingenio de la Señora Mendizábal era un teatro de penalidades y dolores para sus míseros esclavos. Agregábase á esto en perjuicio de Francisco que aquel jóven lo odiara mortalmente desde muchos años atrás. ¿Pero de dónde provenia, que siendo de tan esclarecida cuna y de tantas riquezas, abrigase sentimientos tan mezquinos? ¿Qué crímenes ó faltas cometió el calesero contra él?

Hijo único Ricardo de la Señora Mendizábal, y habiendo muerto el esposo de ésta á los pocos meses del parto, hubo aquella de reconcentrar en la criatura que Dios le mandaba para aliviarla, todo el amor que hubiera podido dividir entre los dos; nunca quieren los padres á los hijos, nunca saben estimar su precio, como en viéndose llenos de aflicciones. La Señora Mendizábal, por otra parte, nació bajo el cielo de Cuba, y es constante que las madres aventajan aquí en eso á las de otros paises; circunstancias que contribuyeron á la perdicion de Ricardo. Siempre dispuestos á encarecer á nuestras compatriotas, la misma volun-

tad que las tenemos, nos obliga á decir que semejante cariño las domina demasiado en la crianza de sus hijos, que á las veces lo entienden mal. La buena criolla no pudo eximirse de caer en un defecto casi comun, y dimanado, es cierto, de la educacion que ellas propias alcanzan. Pensando que el avenirse complaciente á todos los gustos de su niño, el no oponérsele en lo más mínimo, sería darle pruebas de mucho querer, fué amontonando poco á poco en su alma las semillas lamentables que habian de brotar con el trascurso de los años pésimos frutos; porque si bien lo puso en los estudios, y le pagó los maestros que descollaban por su pericia, y le compró cuantos libros le pedían, el muchacho no hallaba gusto en oír las lecciones de los unos y de los otros; repugnancia favorecida por su madre, mujer incapaz de mortificarlo en nada, y que disculpaba su conducta diciendo: dejémosle disfrutar ahora, quizás le aflijan luego las desgracias; frases de labios bien intencionados, pero que en realidad se equivocaban. La idea de ser factible viniese su hijo algun día en miseria, como amenudo sucede, jamás le inquietó el ánimo; mucho de calamidad era necesario para empobrecer y arruinar á un jóven dueño de dos ingenios y varias casas en la Habana; y la Señora Mendizábal creía de buena fé que las riquezas del entendimiento se sustituyen fácilmente por el oro y la plata de las arcas. Aquella condescendencia no se reducía á la educacion intelectual; abrazaba y echábale á perder tambien el

corazon ; y aquí conviene notar el grado de extravío á que conduce un amor mal entendido. Quien hubiese visto las costumbres desarregladas, la desnudez absoluta de principios morales en el hijo, acaso lo achacaria á cualidades semejantes en la madre, sin embargo de haber entre los dos una diferencia enorme ; sacando cierta altivez y orgullo, y cierta sequedad con los negros, que hemos apuntado ya, y que no por eso se avenia con los castigos, ningun lunar afeaba la conducta de la criolla ; pero toleraba los errores de Ricardo ; corregíale, amonestábale, mas carecia de la firmeza indispensable en llegando la ocasion, en debiendo hacerle conocer que su ternura y rendimiento desaparecian á la vista de los malos procederres. Esto, y las compañías con mozos libertinos y disolutos, la ociosidad, lo noble de su alcurnia, su hacienda, todo se aunó para pervertir al jóven.

Apénas estuvo en capacidad para dirigir las fincas del campo, cuando las comenzó á frecuentar. Allí encontró una porcion de personas, los esclavos, los mayorales, los mayordomos todos sujetos, que más que ménos, á su imperio, y obedientes á sus órdenes ; allí desplegó, respecto á los operarios, una soberbia sin límites, y en cuanto á los negros, la crueldad que el roce con los guajiros y su falta de cultura y de moral, habian de acarrear por precisa consecuencia. La Señora Mendizábal ignoraba ese trato duro é inhumano hácia los siervos, cuya sangre y sudor regaran las tierras de sus fincas ; adoleciendo de varios acha-

ques, corrían en ocasiones, dos, tres, y hasta cuatro años, sin que ni siquiera fuese por las Pascuas á visitarlas, é ignorándolo, no podía prestar remedio. Los negros se le quejaban en aquellas visitas ; pero Ricardo y los operarios de consuno, ó justificaban sus castigos acusándolos de fugas, pereza, alzamiento y otros crímenes y faltas, ó miéntras la tenían presente, usaban de blandura, volviendo despues á los pasados excesos.

Razones particulares, sobre las de ser negro y esclavo, hicieron arder un ódio intenso en el pecho de Ricardo contra el cuitado Francisco ; porque, en primer lugar, á los blancos de su índole orgullosa y cruel les pesa infinito hallar hombres de color que con una conducta sana y sin mancha motejen tácitamente sus vicios, y se escuden así de los tiros que quisieran lanzarles. Por más que velase sobre el calesero para aprovecharse del menor desliz, por más que tratara de irritarle ajándole á cada paso é hiriéndole su amor propio, por más que en la imaginacion fraguase mil pretextos que cohonestaran un castigo, nunca pudo saciar el enojo que lo devoraba ; y crecía éste de continuo, al ver la humildad, la paciencia, las virtudes del negro, siempre el mismo en medio de tamaños embates. Otra circunstancia, hasta ahora callada, alimentó y dió estímulo á dicho aborrecimiento : que Ricardo y Francisco amaban á una propia persona ; sólo sí que la pasión de éste fuera cándida, tierna, celestial ; al paso que aquel sentía únicamente deseos bastardos y ofensivos

para la mulata. Desde que los concibió, hubo de manifestárselos; y burlado en sus esperanzas, burlado por una sierva suya, por una mujer de color, la primera vez de su vida, tentó, al principio á fuerza de ruegos, y despues á fuerza de amenazas, cautivarle la voluntad. Nada valió; firme Dorotea en el propósito de guardar su honra y de serle fiel á Francisco con quien llevaba relaciones, se negó abiertamente á sus solicitudes; aunque negro y de nacion, brindábale en cambio un amor puro, constancia, matrimonio, y el trato dulce que corresponde á una mujer; sabia que en su triste condicion de esclava no debia alzar los ojos para los blancos, y mucho ménos para un mozo de los sentimientos de Ricardo, para un mozo que era su amo.

Cuando éste vió la inesperada resistencia, rabió de cólera: ¿quién se habia opuesto jamás á sus deseos? Juró vengarse algun dia, oprimir, en cuanto le fuese dable, á la mulata; sin reflexionar que ámbos habian mamado una misma leche, y calentádose en un mismo regazo. Entónces fué cuando Francisco se echó á los piés de la Señora Mendizábal y le pidió licencia para casarse, ignorando aún el poderoso rival que tenia en su amo, cuyas pretensiones le ocultara Dorotea, por no affigirlo conociendo su carácter melancólico, y porque no le atormentasen los celos, hijos del amor, y que hubieran nacido irremediabilmente en Francisco á la vista de un contrario como Ricardo. Descubrió éste el secreto, el enigma de

tanta oposicion y pertinacia ; y airarse con la mulata y el negro, todo sucedió en un punto. Haber sido despreciado por ella, haberlo postergado al calesero, que no poseia ni su rango ni su caudal, ni sus prendas personales, cuando, humillándose, le hizo la merced de enamorarla ; tales pensamientos lastimaron su orgullo. Acabó de amargarle el presumirse que serian inútiles ruegos y castigos para torcerle la voluntad á quien la conservaba libre hasta en medio de la servidumbre. Ahí flaqueaba su poder, su dominio ; por lo cual resolvió demostrárselo á los dos esclavos en otras cosas, y no desperdiciar ninguna coyuntura de oprimirlos. Pero, ya porque le salieran al encuentro sus buenos procederes, ó por la repugnancia de la Señora Mendizábal á los castigos, ó porque el vivir casi continuamente en las fincas le impidiese velar de cerca sobre sus operaciones, el caso es que en la Habana no le fué posible vengarse. Júzguese, pues, cuánto se alegraria con la llegada de Francisco al ingenio.

Cuatro meses habian transcurrido desde entónces ; estábase ya en Agosto, época rigurosa de las aguas, y en los chapeos de la caña, trabajo más pesado aún que cortarla y meter combustible en las fornallas, por la postura inclinada del cuerpo hácia la tierra, no permitiendo enderezarse los machetes, instrumento que se usa regularmente para el efecto. Apénas comenzaron las lluvias, lo crudo de las aguas, y la humedad del aire y del suelo, trajeron consigo el tenesmo, ó sea pujos

de sangre, en términos comunes. Pocos negros escaparon de esa enfermedad penosa, y cuatro murieron por remate, merced á los conocimientos del facultativo, á que no les mezclaban con aguardiente el agua como hacen en otras fincas, á que mientras llovía no los quitaban de la intemperie guareciéndolos en las casas, á las precipitadas convalecencias, y á la tardanza en curarlos, esperando que el mal arreciase, por no perder diez ó doce horas de faena. Francisco fué atacado también, y estuvo padeciendo un mes; pero sanó al fin, pues parecía haber nacido de propósito para sufrir otras desventuras más tristes que la misma muerte. Maestro, le dijo el mayoral una tarde viéndole sentado en el colgadizo de la enfermería, ya sabe Vd. el plazo; ocho días de convalecencia, y san se acabó; el machete y el garabato lo están aguardando; con que prepararse.

Francisco no respondió nada; se miró sus brazos y sus piernas flacas, cubiertas sólo por el pellejo, las señales de los grillos que volverían á ponerle pronto, y el pulso que le temblaba. ¡Estoy todavía enfermo, pensó, y quieren hacerme trabajar así! Dos lágrimas ardientes arrancadas del corazón brillaron en sus lánguidos ojos, y le corrieron luego por la mejilla hasta parar en los labios; como si no debiera alimentarse de otra cosa; porque al punto le vino á la fantasía aquel tropel de imágenes desconsoladoras que de continuo lo atristaban: su patria, su libertad, sus amores infortunados, el encono de Ricardo y los ope-

rarios, la ingrata recompensa concedida á sus buenos servicios por el ama que lo crió y sacó del barracon.... Nadie habia en el colgadizo con él, nadie enjugaba su llanto. Cerca de la enfermería y tras de los bohíos se alzaba una espesa arboleda, que dando vuelta á la casa del mayoral y á la de vivienda, iba á morir en las márgenes del rio, á dos cuadras de distancia. Arboles frutales de muchas y diversas especies—naranjos, caimitos, zapotes, mamoncillos, ciruelas, limas, mameyes, aguacates,—convidaban á pasearse bajo su sombra, y á esparcir la vista con la copia de sus hojas siempre verdes y lozanas, á traves de la cuales se percibian las frutas ; lugar melancólico á causa de su grave silencio, á veces interrumpido por el murmullo de la brisa, ó por el canto de las tojositas, ó por el rio susurrando entre las piedras. Francisco solia en las horas de amargura buscar aquella arboleda tan acorde con el estado de su alma, y que tanto bálsamo derramaba en sus heridas ; pero sea que las enfermedades mengüen el ánimo, que las palabras del mayoral le lastimasen profundamente, que rebosara ya la copa de adelfa, de hiel que apuraba desde largo tiempo hacia, en ninguna ocasion apeteció como entónces alejarse de las fábricas y lamentar allí sus pesadumbres. Pidióle permiso al médico, y habiéndolo alcanzado, se internó en los árboles, sosteniéndose de un baston de cañabrava.

Un negro anciano de setenta años era el guardiero de aquel punto ; inútil, más bien por las lla-

gas innumerables y envejecidas de sus piernas, que por lo avanzado de la edad, vivía solitario, á semejanza de un destierro, en el pequeño bohío ó rancho, que él mismo se habia fabricado casi sobre la ribera. ¿ Quiénes le acompañaban en su retiro? Un perrillo sato, flaco, de hocico largo y aguzado, y diez gallinas—la jabada, la jira, la india—que vió nacer y que crió, cuyos hijos y huevos vendía al casero ó cambiaba por pañuelos, picadura, cañamazo, y demas cosas precisas en su pobreza; gallinas que le entendían en llamándolas—piú, piú, piú—piú, piú, piú—para darles el maiz; y que soltaba todas las tardes á escarbar y revolcarse, abriéndoles la gatera. Rara vez aparecía este viejo en el batey, algun domingo, algun dia de fiesta, á punto que le ladraban los perros al extrañarle vestido de un chaqueton de paño, la camisa por fuera, y un gorro blanco y encarnado en la cabeza; y habíais de ver entónces su apuro en espantarlos con el baston y á voces, y la grito y carcajadas de los operarios; vueltas para acá y para allá, no sabemos cómo, al fin se libertaba de que lo mordieran. Seguía á cualquier parte el satillo, y á pesar de que en el rancho ladraba noche y dia perennemente á las lagartijas, á los gatos, y aún á las pajas que el viento meneaba, en el batey, á presencia de Azulejo y de los otros perros, bajaba el rabo, echaba las orejas para atrás, y huía despavorido, sin tener en cuenta el desamparo de su amo, á quien esperaba durmiendo junto al bohío. Este era la

habitacion del guardiero, fabricado, segun dicen, de vara-en-tierra, por ser el techo de figura cónica, triangular, besando las pencas de guano el suelo; una puertecilla, con su llave de ácana, á modo de sierra, le servia de entrada á un reducido espacio, alto como un hombre en medio, y estrechándose sucesivamente hácia los lados. Una tarima, una percha con plátanos, dos ó tres canastas, el cajon de guardar la ropa, he aquí sus adornos. Contigua á la sala principal habia una division haciendo las veces de gallinero, no ya de guano ni tan cubierto, sino de cujes enlazados y de yaguas por techo. Luego que Francisco dió algunas vueltas por la arboleda, se encaminó hácia donde moraba el guardiero, cuyos años y blancas canas resaltándole en lo negro de su rostro, la humildad y retiro de la choza, el aseo que reinaba en ella, y el alegre limpio que caia á la puerta, le inspiraran á una veneracion y paz. A lo ménos gustaba mucho de irse á platicar en su compañía; no tenia otro que le consolase en el ingenio, pues sólo él le comprendia allí; los demás negros se lastimaban de su miseria, pero, ménos sabidos ó de afecciones ménos bellas á causa de la educacion que recibieron, ceñíanse á los males del cuerpo, á los azotes, á los grillos; y eso basta á las personas infelices para simpatizar prontamente. Por su parte el viejo le habia cobrado gran aficion, porque siendo mina, albergaba los mismos sentimientos de Francisco, y porque lo conoció pequeño cuando sirvia en la Habana ántes de cundirse de llagas.

—Gracias á Dios, le dijo el Táita, que vienes aquí otra vez. ¿Ya estás bueno, del todo bueno?

—Sí, Señor.

—Mira, hijo, yo no he podido ir á verte. ¡Las llagas me han embromado más estos días! No me dejan vivir. Pero Juan te lo diría. Dipénsame, Pancho, ¿qué quieres, con esta pierna así? Te mandé una gallina y seis huevos, en cuanto supe tu enfermedad. ¿No te lo dijo la enfermera?

—¡Y Vd. se fué á privar de eso, Táita! A mí no me faltaba nada, nada; á Vd. sí que está tan viejo y tan achacoso.

—No, yo estoy contento cuando te hago un bien; pero daría cualquier cosa por quitarte esa tristeza. ¡De véras, siempre traes los ojos colorados, ni te ries, ni te alegras, ni nada! Bueno es lo bueno; pero llorar así dale que dale, no hay remedio sino que es flato. ¿No vayas á tener ictericia? ¡Quién sabe, Pancho! Entónces te disculpo; y no puede ménos, ¿de dónde te iba á salir esa mococoa?

—¿Cómo quiere Vd. que me alegre? ¿Soy muy dichoso?

—Acuérdate de otro tiempo, de otra cosa, de cuando estabas en la Habaua. Pues, para distraerte.

—¿Y yo no era infeliz en la Habana?

—Al ménos....

—¿Al ménos? Es verdad, nadie me puso la mano encima, ni aún la Señora; aquí fué la primera vez. Y ropa, y comida, todo lo tenía de

sobra ; pero dígame ¿ la Señora, la Señora, Vd. la vió algun dia reirse con nosotros ?

—Sí, es lo que digo, tú eres muy caviloso.

—No, Táita, yo no soy caviloso ; desgraciado ! ¿ Ella no me crió, no me hizo bautizar ? Yo la queria por eso, por eso me dolia su sequedad ; y créalo Vd., conmigo era más que con los otros. ¿ Y qué le hacia yo, en qué le faltaba ? Yo limpiaba mis arreos por la mañana, y por la tarde ponía la volante hasta las diez, saliera ó no saliera la Señora. Yo no me movia de mi cuarto, ni andaba en conversaciones, ni en tragedias con los demás. ¿ Y en qué paseos me divertia ? Porque ni el tiple, Señor, ni el tiple lo tocaba sino de tarde en tarde, no fuese á disgustarse el ama. Yo no le pedí licencia para nada, yo no le pedia ni aún lo que necesitaba. ¿ Replicarle, contradecirle ? Nunca. ¿ Podia hacer más ?

—Y yo, hijo, que despues de haber servido largo tiempo, me mandaron al ingenio, por haberme llenado de estas llagas ¿ no tengo razon para quejarme ? Tú siquiera eres muchacho.

—¿ Muchacho ! esa es mi principal desgracia. ¿ Qué me trajo el ser muchacho ? Me enamoré de Dorotea, para que los dos lloremos sin cesar. Era, Táita, una mujer muy virtuosa, muy inocente, muy linda, me amaba mucho, me tenia mucha lástima ; yo no pude ménos de adorarla. Y sin embargo ¿ cuántos dias pasaron ántes que le dijese, te amo, Dorotea ! Me contentaba con mirarla. Al principio procuré ocultarle mi amor temiendo

una negativa. Ella me ha dicho despues que lo penetró. ¿Quién será capaz de ocultarlo? ¡Oh, Táita, yo pensaba que mi pasion debia ser un secreto para Dorotea, que esta mulata no habia nacido para mí, pobre negro de nacion! Cuatro meses—Enero, Febrero, Marzo....—sí, cuatro meses se pasaron así: no dormia ni comia bien, ni me hallaba en ninguna parte, sino á su lado. Entónces me pesó el haberme ido á vivir abajo. Con cualquier pretexto subia las escaleras. Ella se sentaba en el comedor cosiendo junto á la puerta de la sala; pero aunque yo cruzaba por allí veinte veces al dia, ni yo mismo sabia á qué. ¿Mirarla? Yo no me atrevia á hacerlo; la iba á mirar, formaba ese propósito al subir, y el pecho me palpitaba, el corazon queria saltárseme, me temblaban los piés y las manos en llegando á los últimos escalones. Siempre sucedia lo mismo, Táita, y con todo subia siempre. Pero yo lo voy á cansar á Vd. repitiéndole continuamente estas cosas.

—Al contrario, me complaces. Sé que te diviertes hablándome de tus amores. Yo fuí mozo, Pancho.

—¡Bobadas, Señor, serán bobadas quizás! Fuera de mi costumbre empecé á comer arriba, y allí en la mesa únicamente me encontraba cerca de ella. Yo soy, Táita, muy corto de genio. ¿Cómo no lo seria en su presencia? ¡Ay! y cuando uno se enamora, le dá un miedo, un encogimiento! Por fin la Señora extrañó que subiese

tan á menudo y que comiera con los demás, y le preguntó la causa á Serapio, su paje. Serapio me lo dijo, y tuve que huir de Dorotea. ¿Qué recurso me quedó, ella arriba cosiendo todo el día al lado de la Señora, y yo abajo con los arreos y los caballos?

El guardiero le habia tomado una de las manos á Francisco, y permanecia en silencio oyéndole contar sus amores; lo dejaba desahogarse. Francisco prosiguió despue de una breve pausa.

—Pensé que nunca me le iba á declarar; pero una tarde, el día ménos pensado, me llamó la Señora y me dijo que le acompañara las negras que deseaban ver la procesion; era la procesion de Viérnes Santo, y Vd. sabe los alborotos y las pendencias que hay ese día en la Habana. Cuando salimos de casa me puse por detrás, sin atreverme á decirle una palabra á Dorotea. Las otras negras ¡ya se ve! como que todo lo habian comprendido desde mucho ántes, no hacian más que repararme. Yo caminaba callado, no la miraba siquiera, ni tenia cuenta con la gente de la calle, con nada, Señor. ¡Dí tantos tropezones! ¡Si no soltaba á Dorotea de la cabeza! Cavila, cavila sobre el modo de quitarme aquella vergüenza, llegamos á la Plaza de Armas; nos subimos en los poyitos á esperar la procesion que debia salir por la calle de los Oficios. La gente nos fué apeñuscando, y me empujó hasta su lado.... ¿Y Vd. lo ha de creer, Táita? Después que le declaré mi cariño; me entró una tris-

teza, un pesar! ¿No me amará Dorotea? Este pensamiento me afligia, y el Señor, la música des-templada, el silencio en cuanto se vió la Cruz, el rezo de los padres, la velas, los sayones, todo vino á juntarse tal vez aquella tarde para oprimirme. ¡Ah! qué ajeno estaba yo de que Dorotea me correspondiera! Un mes le estuve instando, un mes; pero al fin se compadeció de mí. ¿Vd. vé las aguas de ese rio, Táita? Pues lo mismo fueron nuestros amores. Ni un sí, ni un nó. Yo me moria por ella, y ella se moria por mí; nos adivinábamos los deseos para darnos gusto. ¡Qué empeño tenia siempre en que yo estuviese contento! ¡Qué loca se ponía en viéndome reir, y tocar algun punto alegre en el tiple! Si no ¿quién aguantaba sus quejas? Tú no me quieres ya, era su cantinela. ¡Ah! qué yo no la queria! ¿Y qué me ha quedado ahora, Dios mio, de esta dicha? ¡Llorar, llorar eternamente!

Los sollozos no dejaron continuar á Francisco; bajó la cabeza y la apoyó largo rato sobre su pecho; el guardiero tambien callaba.

—Yo soñaba en mis hijos, prosiguió deteniéndose á cada paso, yo esperaba que ellos y Dorotea serian mi consuelo; y mire Vd. donde están, en la Habana, tan léjos, y yo aquí muriéndome, porque no los abrazo, porque no los beso. Dorotea me ha mandado decir con Antonio el arriero que tengo ya un hijito; hembra es; se llama Lugarda; de tres meses todavía. Dice que está muy flaquita, muy enfermiza, que su leche no

sirve ¿qué vá á servir con tanto padecer? ¿Vd. no me dice? Y tal vez se morirá pronto, quién sabe! Yo me moriré detrás de ella. ¡Angelito, en cuánto naciste, empezaste á llorar! Ni tu mamita te arrullará; y si se rie, luego te mojará con sus lágrimas; y tú las beberás, pobrecita, pensando que es leche; y ¿papá donde está? le preguntarás? Papá, te dirá, papá se murió; porque ¿voy yo á vivir así, sin mi hijita, sin mi Dorotea, y sabiendo lo que padecen? Imposible. Dentro de poco, el año que viene quizás, no estaré conversando aquí con Vd. ¡Ay! ellos se juntarán conmigo; pero allá arriba en el cielo! ¡En la tierra, nó!

En esto se oyeron los gritos de un hombre que apareció por entre los árboles.—¡Eh! decía ¡eh! ¿tertulia tenemos? Maestro Pedro, ¿así cuida Vd. la arboleda? ¿A que no ha visto que los caballos del potrero se han entrado, y se están comiendo los cocos nuevos, y que lo pisotean todo? ¡Ola!, añadió al acercarse, y Vd. por acá, Don Francisco? ¿Con licencia de quién? ¡Caracoles, buena parece la enfermedad! Digo, cogiendo fresco, sentadito como un marques, y la caña ahí, que se la traga *Don Carlos*, y el arroz sin limpiar por falta de gente, y el maiz, otro tanto. Arriba, hijo de la grandísima... arriba pronto, ántes que... ¡Ay! no andas lijero? ¿Si será menester avivarte con el mocho? ¡Vaya que si será! Toma, toma; cójelo, Azulejo, á las patas.

Este hombre era el mayoral de la finca, Don

Antonio, que despues de haber recorrido el campo, hubo de notar, cuando volvía hácia las fábricas, que el Táita Pedro conversaba con otro negro en la puerta del bohío ; desde luego se imaginó que el guardiero escondía allí algún cimarron, ó por lo ménos que regalaba á los vecinos las frutas ; y por descubrirlo y tener ocasion de castigar tanto al de fuera como al de la casa, atravesó la arboleda hasta parar la mula frente del rancho, en el limpio donde estaban los dos minas. Atemorizado el viejo con la incomodidad del mayoral, agarró prontamente su baston, y así cojo fué á espantar las bestias que se comian los cocos nuevos ; pero no encontró ni su rastro ; prueba clara de que todo lo habia fingido Don Antonio para apurarlo. Francisco se enderezó camino de las fábricas ; aquel lo echó á correr al trote delante de la mula, sin reparar en su debilidad ni en su flaqueza ; y cada vez que detenía el paso, tornábale á estallar encima la pajuela del látigo, y le daba con el mocho, con el garrote, y le azuzaba el perro. ¡ Imagínese de que modo llegaria Francisco á la casa de vivienda !

En su colgadizo toparon á Ricardo rezando la Doctrina con los criollitos, que en fila é hincados de rodillas repetían á coro sus palabras ; tomábase aquel trabajo, no por devocion y ménos por deber, sino por divertirse oyendo la multitud de disparates en que incurrian los negritos :—Niño, le dijo el mayoral, ¿ el Niño ha mandado esta buena pieza á que pasée la arboleda ?

—¿Cómo á que pasée?

—Sí, Señor, á que pasée. Ahí me lo hallé tirado en el suelo tertuliano con el táita Pedro.

—¿Y eso me lo viene Vd. á decir á mí? Al campo, al campo, ¿hay más que hacer? Y sus grilletes y sus ramales y su fondo, y otro y otro si se desliza. ¿Qué empeño tiene el Doctorcito en mamantearme á este negro, Señor? ¿Qué se habrá figurado? ¿Pues no se ha creído que yo estoy aquí para que me muela de día y de noche! ¡Eh! asunto concluido! Haga Vd. lo que le mando, y déjeme á mí con ese tomequin del pinar. ¡Figurilla!

Así fué; no tardó un cuarto de hora en verse Francisco cargado de los grilletes y ramales, y sacando tarea lo mismo que los demás esclavos; la negrada chapeaba á la sazón en el platanal, porque habia sobrevenido la noche, y aunque de luna, todos saben que las faenas se ejecutan regularmente donde son fáciles. Cerca de las diez paró el trabajo; una campanada tocó la queda, y los negros, que de antemano la aguardaban impacientes, recogieron pronto los haces de yerba, y se pusieron por el camino á cantar, á reir, á formar con su guirigay una estrepitosa algazara, como quienes habian trabajado toda la semana desde las cuatro hasta las doce del día, y desde la una de la tarde hasta las diez de la noche. Apenas botaron la yerba en la pila, dirigióse el más viejo entre ellos, el más ladino, á la casa de vivienda, y los otros se quedaron á cierta distancia es-

perando ; era sábado, y querian bailar el tambor ; pero necesitaban que su amo lo permitiese.

Poco despues volvió el viejo, y en la grito de la negrada y en su correr hácia los bohíos, bien se demostraba que habia alcanzado éxito favorable la solicitud. Dos negros mozos cogieron los tambores, y sin calentarlos siquiera, comenzaron á llamar, como ellos dicen, miéntras los demás, ó encendian en el suelo una fogata con paja seca, ó bailaban cada cual por su lado. Al toque, los guardieros de aquí, de allí, de acá, los negros que servian en las casas, los criollitos, todos se juntaron en los bohíos. Entónces fué menester calentar los tambores ; para eso encendian la fogata ; así se endurece el cuero que cubre una de sus cabezas, la más ancha, y adquiere sonoridad, y rebota la mano, y retumba mejor el sonido en lo hueco del cilindro ; es la clavija del instrumento ; sin candela no se oye bien, no se oye léjos por las fincas á la redonda ; no aturde, no da alegría, no hace saltar. La negrada cercó á los tocadores ; dos bailaban solamente en medio, una negra y un negro ; los otros acompañaban palmeando, y repitiendo acordes el estribillo que correspondia á la letra de las canciones con que los viejos les guiaran ; tal vez alguno, deshecho por brincar, salíase del tumulto, y aparte de todos mataba su deseo hasta más no poder, hasta bañarlo el sudor, hasta que molido de cansancio y jadeando, casi falto de resuello, se les incorporaba nuevamente, y seguia su canto. Los varones iban sacando á

las hembras, nosotros diríamos citar; un pañuelo echado sobre el cuello ó sobre los hombros, hacia las veces de convite, y las negras no se esquivaban; jamás desairan á los compañeros; la que se pára en el tambor, debe bailar con cualquiera, con el que se le presente, no anda escogiendo como las blancas, no aguarda al novio, ni éste toma celos de ahí; verdad que puede tener y cansar á cuatro ó cinco compañeros, al hermano, al hijo, al padre, al amante, y sale contenta así; al fin llega siempre á bailar con quien le gusta, y los hombres lo mismo; luego, de ellas pende el mudar á la que está en el puesto, salir de entre las demás, y cruzarle por delante; entónces la otra se quita, y nadie lo interpreta mal. ¿Y qué figuras hacían los bailadores? Siempre ajustados los movimientos á los varios compases del tambor, ahora trazaban círculos, la cabeza á un lado, meneando los brazos, la mujer tras el hombre, el hombre tras la mujer, ámbos enfrente, pero nunca juntos, nunca cerca, como si huyeran expreso de encontrarse; ó poníanse cara á cara, y empezaban á virar, á girar rápidamente, y al volverse abrian los brazos, y los estendian, y daban un salto, y sacaban la caja del cuerpo hácia fuera. Los varones, en tomando calor, alzan un pié en el aire y siguen sus piruetas con el otro, y cogen tierra entre las manos y la esparcen por el suelo, ó cantan y palmean á la vez. A montones llovian pañuelos y sombreros de los que en torno miraban sobre los diestros bailadores; agotados

los pañuelos y sombreros, quien, acaso por con-
graciarse, tirábales al encuentro un collar de
cuentas, á ver cual lo levantaba ántes, si el hom-
bre, si la mujer, en el mismo baile, sin perder el
compás. El tambor, para los negros de nacion y
para los criollos que con ellos se crian, les enage-
na, les arrebatata el alma; en oyéndolo, paréceles
que están en el cielo. Sólo Francisco no se mez-
claba en tales regocijos; sentado sobre un trozo
de madera junto á la fogata, contemplaba triste-
mente aquel cuadro bullicioso; de vez en cuando
le corrian por las mejillas gruesas gotas de llanto;
amigo de la música, como son todas las criaturas
sensibles, encontraba allí gran alivio á sus penas
con el tambor y las canciones de los negros; á sus
penas, que los sucesos acaecidos por la tarde
agravaran más y más. El guardiero lo acompa-
ñaba. Ambos á dos entretenian el fuego.

La repentina aparicion del mayoral, acompa-
ñado de dos guajiros más, vino á turbar por una
parte la inocente diversion de la negrada, y por
otra el dulce solaz que disfrutaba Francisco; vino
á echar hielo en los ánimos. El tambor desmayó,
desmayaron las canciones, los bailadores apénas
movian los piés, á ocasiones faltaban, y la música
tocaba en balde. Todos yacian sumergidos en un
profundo silencio. Pero Don Antonio no habia
notado al principio el desaliento que su presencia
causó; ocupábale mucho la imaginacion, para
poder distraerse, el asunto sobre que departiera
con sus amigos. Camaradas, les dijo bajando la

voz en cuanto llegaron al tambor, tenemos que hacer un tratico. El niño Ricardo necesita comprar toros; la boyada se le ha disminuido este año, que es un asombro. Ayer me significó que le buscara por lo ménos diez yuntas buenas, grandes, iguales, de trapiche. Vdes., que son tratantes de ganado, tráigan mañana los toros; yo se lo avisaré. Por pedir dinero, no se me encojan; él ha de consultarme si lo valen; le diré, excelentes, Niño, á pedir de boca, legítimos vueltariberos, están baratos; y seguro que arría las pesetas; aunque entiende un poco las cosas del monte, no hay que apurarse; al fin, es de la Habana.

—Aquí estarán los toros. ¿Veinte no más? Traerémos treinta.

—Ya Vds. saben, pidan duro, y si los compra, lo que á Vds. les parezca, lo que quieran....

—Listo, cuatro mulatas.

—Lo que Vds. quieran, vuelvo á repetir. Arrímense ahora á mirar este fandango.... ¡Anjá, anjá! así bailan Vds.? gritó á la negros descar-gándoles fuertes cuerazos. ¿Durmiéndose? A ver tú y tú, señorito y señorita, si se ponen ó nó á saltar como chivos. A ver tú y tú si desfondan ó no el tambor. A ver si tú, y tú, y tú largan ó no la campanilla berreando. ¡Armar bulla, armar bulla, cachimbos! A cantar aquello de:

Panchito, vamo la Bana ¡oh!

Tumba, tumba caguazo;

Yo no tiene zapato;

Tumba, tumba caguazo;

y alegre, alegre ¡voto vá!

Paróse luego á reir con sus amigos ; pero el ruido de unos grillos le hizo volver la cabeza ; era Francisco, que temiéndose lo vislumbrara el mayoral por casualidad, y desgarrada el alma con lo que acababa de suceder, retirábase á su bohío. ¡ Precaucion inútil ! Cuando D. Antonio lo vió, brilláronle los ojos de feroz alegría. Pollo con trabas, le dijo ¿ has tomado mucho ópio que te largas desde tan temprano á roncar ? ¡ Acá, acá, á divertirse, mamalon !

Francisco se acercó, y el mayoral, dándole patadas por detrás y á empujones, lo condujo hasta en medio de los negros. Allí le escogió por compañera la más vieja, la más fea, la más risible, una china que servia de hazme-reir en el ingenio, flaca, alta, desahogada, niguateja. Camaradas, exclamó despues encarándose á los amigos ¿ no quieren divertirse ? Este negrito nos va á bailar un minué. Es marino, curro de allá, del Manglar. Vamos, cachorro, un minué.

— Yo no sé bailar minué, Señor.

— ¿ Pues qué diablos sabes ? ¿ Tambor ? ¡ Ah, ah, no me acordaba ! ¡ Si le faltan los violines, los clarinetes ! Bailarás tambor, no te apures. A virar, á virar, Vdes. los tocadores, y tú, Francisco, menéate ; menéate, Francisco. ¡ Ah ! ¿ Todavía ? Ahora sabrás lo que es cajeta de boniato....

— Bueno está, mi amo, bueno está, mi amo ; por Dios, mi amo ; yo bailaré.

— Esa es la cosa ; pero brinca más. Esa virada

más aprisa, que el tambor se huye. Aviva. Figúrate que los grillos son plumas. Nó, corcovos, nó. Vira. ¡Já, já, já! Ahí, bien para adelante. Cuidado si la tumbas. Cógeme ese pañuelo que te he tirado ; y su cantico tambien.

Mayorá tá viní,

Chápea, chápea, negrito.

Echenles sombreros y pañuelos á los dos novios. Ahora un besito bien sonado, Francisco ; un abrazo bien apretado á la niña. No, no fué á mi gusto ; otro, otro ; que se oiga el besito ; el abrazo hasta exprimirla. ¡ Eh ! se acabó ; lárgate á dormir !

Todos, los amigos del mayoral y los negros, prorrumpieron en una estrepitosa carcajada ; aquellos se reian por gusto, por befa, porque el mayoral afligia á un esclavo ; estos, contra su voluntad, necesitaban adular.

Cuando los blancos partieron, poco duró el tambor. Ningun negro podia cantar ni bailar ya, segun tuvieran el espíritu de acongojado.

CAPITULO IV.

NO bien dispuso la Señora Mendizábal la separacion de Francisco y Dorotea, y los condenó á trabajar, al primero en la finca, y á la segunda en una casa de francesas, con especial encargo de que no les dispensasen la más leve falta, cuando un pesar profundo se le apoderó del ánimo, porque eran sus mejores esclavos, y porque le cabia no pequeña parte en la mancha que deslució las páginas de su vida. La compasion y el remordimiento empezaron á desazonarla; por eso fué que á los pocos dias de haberlos desterrado de la casa, y deseando por otra parte minorar los castigos, escribió una carta á las francesas donde les prevenia, que á pesar de sus órdenes anteriores, trataran á la mulata con suavidad, y tuviesen en cuenta lo delicado de su situacion. Otra mandó á Ricardo en que le manifestaba

cuánto se arrepentía de lo que sólo hubiera hecho en momentos de calor contra un negro tan fiel y tan pacífico, á quién luego al punto debía quitarle los grillos, y ponerlo á trabajar en faenas de las casas, interrumpiéndose por consecuencia los azotes. Las amas del establecimiento en que lavaba Dorotea, no la oprimieron nunca ; su belleza, sus pesadumbres, el aire fino de sus modales, y el empeño que ponía en complacerlas, las cautivaron desde el principio en tal manera que no necesitaban de preceptos para atenderla. Por lo que hace á Ricardo, despues contaremos el medio que usó á fin de burlar los pensamientos caritativos de su madre.

Segun fué corriendo el tiempo, crecía la compasion de la Señora Mendizábal, y le pesaba más y más haberles negado tan tenazmente á sus dos esclavos la licencia del matrimonio, y luego, cuando por su causa se descarriaron, haberlos afligido sin lástima. Acercóse en esto la Pascua de Navidad, y las ganas de ver cómo andaba un trapiche planteado de nuevo en el ingenio, el cumplirse por esa época tres años que no lo visitaba, y los bailes y otras fiestas que tenían preparados los de la villa de Güines, la hicieron arrostrar al cabo por la repugnancia con que miraba el campo, y disponerse á dejar algunos dias la ciudad. Entónces no pudo sufrir ya los reclamos de la conciencia ; la idea de que Francisco y Dorotea padecían por un exceso de firmeza suya, la hirió en lo vivo al reflexionar que aquella co-

yuntura venia muy á propósito para que oyesen de sus lábios el perdon. De aquí que en vísperas del viaje, llamara á Dorotea y le comunicase su generoso proyecto ; pero no sin exigirle ántes que en lo sucesivo ella y Francisco la obedecieran mejor ; cosa indispensable á su entender para demostrarles entereza de carácter, donde estribaba, como ya apuntamos arriba, el buen gobierno de su casa ; y no tambien sin cuajársele de lágrimas los ojos, luego que vió postrada á sus piés á la mulata, flaca, descolorida, sosteniendo en los brazos á su hijita, que de puro endeble y enfermiza semejaba un ángel bajado del cielo para gemir en el mundo. No paró allí el beneficio ; prometióle otorgarles la licencia del matrimonio, si el calesero se avenia á celebrarlo la Páscoa.

Pintar el regocijo de Dorotea, al saber que cesarian todas sus penas ; al imaginarse un porvenir tranquilo, más dulce y apacible ahora por los sinsabores pasados ; cuando la acarició el pensamiento de que su ama les franqueaba otra vez las puertas de su casa, de que iba á unirse para siempre á Francisco ; trabajo nos parece de más. Verdad que casi nada habia sufrido, miéntras estuvo lavando, por lo que hace á penalidades del cuerpo ; pero la separacion de lo que más amaba en la tierra, la separacion de Francisco ; el pensar los males que pasaria en el ingenio bajo el poder de Ricardo, mozo irascivo y cruel que habia de vengarse precisamente en penetrando el motivo porque se resistió á complacer sus impuros de-

seos ; la ninguna esperanza de casarse ; todo esto agobiaba de consuno el alma de esta desdichada criatura. Mas el contento que la beneficencia de la Señora Mendizábal derramó en su corazón, no podía ser durable, fué entrever por un instante la felicidad ; para acabar de amargarle los infortunios que la aguardaban. Contemos, si no, los sucesos acaecidos en aquella Pascua de tristísima memoria.

Ricardo no cumplió jamás las piadosas órdenes que su madre le había dado acerca de Francisco ; en lugar de quitarle los grillos, de ponerlo á trabajar en las casas y de interrumpir los azotes, como fuera voluntad de aquella, siguió constante en el propósito de vengar entónces, supuesto que se le había presentado la ocasion, anteriores resentimientos ; resentimientos donde ninguna culpa tenía el calesero, sino es digna de llamarse tal la distincion con que lo miraba Dorotea, y la pureza de su conducta, que en cierto modo sindicaba, aunque tácitamente, los vicios y desórdenes del amo. Así fué, que recibir el mandato y proponerse desde luego desobedecerlo, todo sucedió á un punto. La distancia del ingenio á la Habana, lo poco que lo frecuentaba su madre, y aún más, la facilidad de justificarse por medio de cualquier falsa imputacion contra Francisco, brindábale campo suficiente, para abrazar sin riesgo aquel partido, á un hombre acostumbrado de largo tiempo atrás á saciar siempre sus venganzas, y á encubrir con mentiras ese vergonzoso manejo.

Sobre lo de recelar que Francisco publicara su iniquidad en viendo á la Señora Mendizábal, y en cuanto á perder la gracia de ésta, no se inquietaba nada, lo uno, porque ni aquel se atreveria á declarársele enemigo exponiéndose á las resultas, ni habian de influir mucho por otra parte en su perjuicio las quejas de un esclavo, cuando ser el juez de la causa su propia madre, madre cuyo amor rayaba en idolatría, y habérselas con quien hubo de merecer ántes severos castigos, eran circunstancias demasiado poderosas que abonaban por él. Convino pues con Don Antonio en que, cuando la Señora Mendizábal llegase al ingenio, ó de otro cualquier modo supiese los trabajos de Francisco, le atribuirian á éste faltas y delitos capaces, ya de ameritar los castigos, ya de borrar hácia él todo sentimiento de piedad, como que se habia huido y alzándose contra los blancos, como que andaba en desavenencias con los demás, y los incitaba á cometer excesos ; acordaron así mismo, que caso de estrañar no se lo hubiesen escrito, le dirian que habia sido por librarla de un mal rato. En efecto, la Señora Mendizábal oyó, apénas se hubo bajado del carruaje, los crímenes y vicios en que incurriera Francisco durante su permanencia en el ingenio ; decíaseles una persona á quien no podia ménos de creer, su hijo ; circunstancia, que junto á la de haber delinquido otra vez el acusado, y á la de persuadirse pronto que acaso se corromperia en el ingenio, obraron favorablemente á las miras de Ricardo ; ademas, que poco

se fiaba ella de las virtudes de la gente de color, raza de hombres ingratos, á su juicio, é inclinados al mal por naturaleza. Sin embargo, por grande fuerza que tuviesen las precedentes reflexiones, ninguna mitigó el dolor que le ocasionaron nuevas tan inesperadas como tristes, pues por ellas se veia en el caso de no sacar á Francisco del ingenio, y mucho ménos de impedir que Ricardo lo castigase, lo cual trastornaba enteramente su plan; apesadumbrábale tambien figurarse el golpe terrible que iba á recibir Dorotea cuando le desvaneciese sus halagüeñas esperanzas con la relacion de aquella desagradable contingencia; esperanzas que por causa suya alimentara, y de donde pendia tal vez la vida ó la muerte de la mulata.

Esta se habia quedado por detrás en el camino con sus compañeras; por eso fué que la Señora Mendizábal, supo ántes los extravíos que de Francisco le refirió Ricardo. Como á las doce de la noche llegaria al ingenio; todos dormian ya, excepto los negros que trabajaban en la molienda; atravesó el batey con el corazon inundado de aquel gozo puro é indefinible que es capaz de sentir una mujer hallándose cerca de estrechar entre sus brazos al hombre que ama, y cuya vista le han robado por mucho tiempo lastimosos infortunios. Pero Francisco no salió á recibirla, como era regular; sólo una negra vieja que dormia en la cocina, se levantó para encender luz. Pasó un rato y nadie pareció tampoco; Dorotea comenzó á inquietarse con esto, no sin justo motivo; imposi-

ble era que la Señora Mendizábal hubiese ocultado á Francisco que lo perdonaba, y que le concedía la licencia del matrimonio; y habiendo sucedido así ¿porqué no estaba alerta, porqué no esperaba vigilante á su hija y á su futura esposa? No sabía á qué causa atribuir la conducta de Francisco; ocurriéronsele á la vez dos ideas á cual más tristes; ó que permanecía trabajando y sufriendo lo mismo que ántes en el ingenio, ó que la separacion y la distancia habian entibiado su cariño. Queriendo por tanto desengañarse, y no dormir aquella noche con el peso de la incertidumbre, se encaminó hácia el trapiche acompañada de otra esclava.

El cuarto de prima acababa de mudarse. En un momento recorrió Dorotea la casa de trapiche por ver si encontraba á Francisco; mas ni entre los bagaceros, ni entre los cargadores de caña, en ninguna parte lo halló; fué á la casa de calderas, y tampoco. Cansada de buscarlo inútilmente, se retiraba ya, cuando unos latigazos hirieron sus oídos; volvióse para donde sonaban, y el espectáculo que se le presentó, hubo de llamarle la atención; era, que el contramayoral traía por delante á un negro cargado de grillos y ramales, y que lo azotaba porque no podía andar aprisa. Un movimiento de lástima la obligó á acercársele, y decirle que no le diese más, que ella le servía de madrina. El negro cruzó prontamente por entre las manjarrias y los bueyes, y se puso á meter caña en el trapiche. Aunque este lance nada te-

nia de particular en un ingenio, donde son tan frecuentes, Dorotea se impresionó mucho; parecióle contra la costumbre ordinaria que aquel esclavo hubiese aguantado los cueros sin proferir una queja, y que despues de haberle servido de madrina, no fuera á darle las gracias, sino que caminase derecho á su trabajo. La débil luz que despedían los candiles, estorbaba que le reconociese; el negro tambien como que adrede escondia el rostro al meter la caña. Picóle todo esto la curiosidad involuntariamente, y más el percibir alguna semejanza entre él y otra persona de quien se ocupaba mucho en aquellos momentos; por la estatura elevada, por cierta nobleza y despejo que se advertia en su andar no obstante las prisiones, por el modo de llevar la cabeza alta, hubo de semejarse á Francisco. Una congoja mortal se apoderó entónces de la mulata; deseando satisfacer sus dudas, llamó á uno de los negritos que arrebaban los bueyes, y la respuesta que tuvo, no la tranquilizó por cierto. ¡El que tenia delante, metiendo caña, era Francisco! Por lo pronto no pudo ni llorar; anudósele la garganta, las manos se le pusieron como muertas, frias, heladas; sólo el corazon le palpitaba con violencia; fué menester que se recostase en uno de los horcones para no caerse. La otra criada, que andaba por la pila comiendo caña, nada vió de esto. Poco despues se recobró algun tanto Dorotea, y casi maquinalmente la fué á buscar para que la acompañase á la casa de vivienda, pretestando estar muy estropeada del viaje.

Aquella se apresuró á preguntarle si habia descubierto porqué no la estuvo esperando Francisco ; pero Dorotea le negó hasta haberlo encontrado, y aún trató de disculpar lo que en él parecia una falta remarcable de consecuencia, atribuyéndolo todo á que empleando regularmente las criadas en los viajes al ingenio el dia y la noche, acaso se imaginó entónces que habia de suceder lo propio, y que por eso se acostó á dormir. Pero en realidad estaba muy léjos de tener el sosiego que fingia, porque no sólo le desgarró el alma haber visto á Francisco en los trabajos del ingenio, cuando se esperaba hallarlo libre de castigos, y como lo vió cargado de prisiones, azotado por el contramayoral, sino la indiferencia con que recibió el favor que le hizo, la indiferencia con que se puso á meter caña, sin dignarse siquiera de dirigirle una vez los ojos. ¡ Despues de diez meses de separacion, de diez meses de lágrimas, mostrarse tan frio ! Esto indicaba que Francisco la habia olvidado, que tras el dolor de sentir sus penalidades, venia él tambien á clavarle en premio un puñal en el corazon. Su amante, aquel por quien se habia sacrificado, por quien todo lo habia perdido, hasta el honor, no hacia caso ya de la mujer que otro tiempo colmara de tiernas caricias, de la que ahora alimentaba con su sangre al hijo de los dos, de la mujer, que á pesar de serle ingrato, lo idolataba todavía ; alguna rival, quizás más feliz, le habria hecho olvidar todas sus promesas y juramentos de fidelidad, todos sus deberes ; los recados

que le mandó con los arrieros mientras ella estaba en la Habana, nada decían en favor de Francisco; pudo haber querido engañarla. Dorotea se pasó la noche llorando en estas cavilaciones, sin que ni sus compañeras la consolasen; les había ocultado las sospechas que la devoraban; á nadie le gusta contar que ha sido objeto de la burla de otro, y mucho ménos en materia de amor.

Hemos dicho ya que la madre de Ricardo supo apénas llegó al ingenio, las faltas atribuidas á Francisco; y las reflexiones que la obligaron á no interrumpir los castigos que le habían impuesto, aunque mucho le pesase de ello, en razon á los planes que llevaba formados de la Habana. Cuando Ricardo le hizo relacion de los excesos de Francisco, éste se hallaba presente; fué á pedirle la bendicion á su ama junto con los demás esclavos de la finca; mas aquel no se turbó por eso. Indignada la Señora Mendizábal contra su antiguo calesero, le afeó su conducta, y lo acusó de mal agradecido; él no tuvo más recurso que oír y callar. Para que sintiese más las consecuencias de sus descarríos, le descubrió que creyéndole ya corregido, y deseando probarle su bondad, pensó perdonarlo, restituirlo al servicio de la casa, y permitirle que se casase con Dorotea, la cual venía por el camino; pero que sus malos procederes la obligaban á no seguir esos proyectos generosos. Estas noticias en momentos en que por la crueldad de Ricardo le era imposible cambiar su suerte, fácil será de imaginarse el efecto que causarían

en el pobre Francisco. No se atrevió á defenderse; temia la venganza de Ricardo, y que no le diesen crédito; lo único que hizo, fué echarse á llorar, y retirarse para los bohíos. Los ojos se le aguaron á la Señora Mendizábal con esta escena tan tierna. Todas las cuerdas empezaban á templarse para sonar despues en una triste armonía. Sólo su hijo permaneció impasible.

Al otro día se levantó Dorotea muy temprano, y queriendo dar una vuelta por el campo, se internó en la arboleda, como el lugar más próximo á la casa, y el más á propósito para desahogar su corazón. Despues de haber andado por infinidad de trillos que se cruzaban en todas direcciones, se puso á orillar el rio, y pronto se halló frente al rancho del guardiero. El perrito de éste comenzó á ladrar; pero Dorotea, sin hacerle caso, se detuvo allí por ver si hablaba con el táita Pedro, que era el principal objeto de su paseo. Poco tardó en aparecer el viejo por entre los árboles, apoyado en su baston de cañabrava, y llevando un hacesillo de ramas secas para encender la fogata del bohío. ¿A quién le ladras, Bijirita? le dijo al perro. ¿Algun gato jíbaro se está comiendo los pollos? ¡Eh! ven acá, que eres muy bullanguero! ¡Bulla no más! Quién te oyera, juraria que me quieres mucho; sí, y ayer que le fuí á pedir la bendicion á la Señora, te echaste á correr, gallinazo, en cuanto me cayeron los perros del mayoral. Pero ¿qué diablos tienes detrás de la ciruela, Bijirita? El táita dejó la leña en la puerta del

bohío, y por saber por que labraba su perrito, fué á registrar la ciruela. Asombrado se quedó al toparse allí con la mulata como escondida tras del tronco ; no sabia que estuviese en el ingenio, y mucho ménos que iria aquella Páscoa ; trabajo tambien le costó conocerla ; tan desfigurada estaba ! Al asombro siguió la tristeza y la compasion, porque la mulata, en viéndolo delante, se arrasó de lágrimas, y el táita Pedro sabia muy bien por Francisco los motivos que se las arrancaban, sabia muy bien la historia de aquellos desgraciados amores. Inmóvil permaneció por algunos instantes mirando llorar á Dorotea, sin proferir una palabra ; dudaba cual partido escogeria ; cuando los hombres sienten mucho, se callan, y no aciertan aprisa lo que deben hacer. Al fin, con la voz medio balbuciente, le dijo : ¿ Tú á estas horas por aquí, Dorotea ? ¿ Cuándo viniste de la Habana ? ¿ Ayer ? ¡ Oh con tu llorar ! ¡ No seas boba, Señor ! Consuélate. ¿ Qué tienes ? ¿ de qué te aflijas tanto ? Cuéntamelo ; puede ser que yo le encuentre algun remedio.

— ¿ Qué se lo cuente ? le respondió ella suspirando. Sí, Señor, Táita, yo venia á eso, á contárselo todo. Pero en cuanto lo columbré por entre las matas, me dió una vergüenza que me agaché aquí atrás para que Vd. no me viera. ¿ Mas cómo es posible que Vd. no sepa nada, Táita ? ¿ Por qué está Francisco en el ingenio, y por qué estuve yo hasta ahora lavando en una casa de francesas ? Pues por eso mismo me aflijo.

¿Le parece á Vd. poco? Francisco es mina como Vd.; Vds. dos se juntaban mucho ántes; él debe habérselo dicho todo con seguridad. ¿Ay! dice Vd. que le encontrará remedio á mi mal! ¿No es muy fácil, Táita!

—Bien; pero cuando tú has venido al ingenio, es señal de que ya te han perdonado.

—Sí, Señor; y á Francisco, que lo ví anoche metiendo caña en el trapiche con grilletes y unas cadenas, y tan flaco que ni lo conocí, ¿quien lo ha perdonado? La Señora me sacó de dónde yo estaba, y me prometió casarme con él esta Pascua, y ponernos á servir otra vez en la Habana; en este supuesto, yo pensé hallarlo, figúrese Vd. cómo, en la casa de vivienda esperándome muy alegre. ¿Mire Vd. qué diferente! Pero dígame-lo Vd. por Dios, Táita, Vd. que vive en el ingenio, ¿qué ha hecho él, para que lo traten de ese modo?

—¿Tú te apuras tanto, Dorotea? Puede ser que todavía no le haya hablado la Señora.

—¿Y á cuando iba á esperar? Ya Vd. vé que eso no puede ser. Conque así respóndame ¿qué ha hecho Francisco, alguna cosa mala?

—A mis oídos no ha llegado, y eso que todos los días, primero falta el sol, viene aquí un rato á la hora de comer. Los otros tampoco me han dicho nada.

—¿Es decir que lo castigan y que lo hacen trabajar en el ingenio por gusto, nada más que por gusto! Y no es solo esto, ¿Vd. ha de creer que

me han afirmado, tal vez por mortificarme, que Francisco no me quiere ya, que lleva amores con otra de aquí. Yo lo dudo mucho ¡qué! hasta lo dificulto; serán chismes; pero hay cosas, que aunque sean mentiras, le quitan á uno todo el gusto. Yo no sé...

—Mentira, muchacha, sí, mentira. ¡Con que él no te suelta de la boca, con que no piensa más que en tí? ¡Ah? eso lo aseguro yo, que él no te ha olvidado. Hombre ¡quién fué el que te lo dijo? ¡Embustero! Si Francisco lo supiera ¡qué pena le habia de dar! Tras de todos sus trabajos venir ahora á ponerlo mal contigo. Era lo que le faltaba para morirse de pesadumbre.

—¿Todavía se acuerda de mí, Táita? ¡Vd. no me engaña?

—No, alma mia, no te engaño; él se muere por tí; no lo dudes; tranquilízate. Cuando hables con él, tú lo verás.

—¿Dónde voy á hablar con él? ¡Vd. no me dice? La Señora puede ser que no quiera. En el trapiche hay siempre tanta gente, y lo mismo en el campo; en la casa, ménos. Yo no sé dónde.

—Eso déjalo á mi cargo. Ya no será hoy por la mañana; pero llégate por aquí al mediodía, que entónces habrá venido la gente del campo, y yo le avisaré. Justamente es domingo, y la gente viene temprano; tienen tiempo de conversar.

—¿Y la Señora?

—Díle cualquier cosa, si te pregunta; que quie-

res pasear por la arboleda, que quieres ver el río.... Pues....

—Bueno ; ahí verémos. Avísele á Francisco que yo estaré aquí como á la una. Adios, Táita. No me dilato más, no vaya á levantarse la Señora y maliciarse algo. Hasta luego y dispénseme.

Cabalmente la proposicion que el táita Pedro le hizo á Dorotea de citar á Francisco para una entrevista con ella, satisfacía del todo sus deseos. En dónde y cómo la tendria, cavilaba desde que por desgracia suya hubo de hallarlo trabajando en el trapiche, y de hallarlo, al parecer, refalsado. Saber las causas por que lo castigaban, y por que la Señora Mendizábal no lo habia perdonado, á pesar de sus promesas, en el momento mismo que llegó al ingenio ; convencerse de si le era ó no ingrato ; oírle esplicar la indiferencia con que la recibió ; y presentarle á su hija Lugarda, hé aquí lo que la impulsaba á apetecer una entrevista con Francisco ; pero á escondidas de la Señora Mendizábal, no fuese ésta, habiendo quizás cambiado de proyectos, á repugnar que lo tratara. Como ella le dijo al táita Pedro, ni en el trapiche, ni en el campo, ni en la casa de vivienda, ni en ninguna parte podia hacerlo, á causa de la gente, sin grande riesgo de que lo descubriese su ama : luego, la infeliz tenia en el ingenio un enemigo mortal que andaria vigilando sus operaciones para acriminarlas aunque fuesen inocentes ; hablamos de Ricardo. Dorotea puso los ojos en táita Pedro, porque desde pequeña lo conocia, y

porque le constaba su cariño hácia Francisco, de cuya nacion era ; y si la vimos ocultarse tras de la ciruela, en cuanto lo divisó por entre los árboles, con ánimo de volverse para la casa sin manifestarle sus deseos, fué porque una muchacha tímida se avergüenza siempre de hablar sobre sus amores con la personas de edad. La casualidad de que el perrito se pusiese á ladrarle, la descubrió á táita Pedro ; y la conversacion se enredó de tal manera que vino á parar en ofrecerle aquel voluntariamente lo propio que la habia conducido á la arboleda. Algo sosegada ya con la esperanza de tener una entrevista con Francisco, tornó aprisa á la casa de vivienda, para que si la Señora Mendizábal se levantaba, no extrañase su ausencia, ni el paseo tan temprano por la arboleda ; pero afortunadamente á todos los encontró durmiendo.

Cuando la Señora Mendizábal despertó, lo primero que se le vino á la imaginacion, fué Dorothea. La noche ántes no habia podido hablar con ella, á causa de lo tarde que llegó al ingenio ; deseaba hacerlo, desde que supo las faltas de Francisco, ya para justificar á los ojos de la mulata los castigos que éste sufría, ya para aconsejarle, y aún exigirle, si necesario fuese, que no se acordase más de él ; porque sin mostrarle los motivos en que fundaba el mal trato que recibiera aquel en la finca, tal vez habria de estimar baladíes todas sus promesas ; y porque faltándole quién le abriese los ojos á muchacha tan ciegamente ena-

morada, no tardaría acaso ni un momento en perdonar los extravíos de Francisco, y en precipitarse sabe Dios en qué miserias. Sobrado le parecía á la Señora Mendizábal para disculparse con la mulata, el hacerle una simple relacion de cuanto Ricardo le dijo ; pero, por grandes esperanzas que tuviese de alcanzarlo, no sucedía lo mismo respecto á destruirle su amor ; al contrario, dudábalo mucho ; que no es de lo más fácil torcer la voluntad, cuando quiere uno por la primera vez, cuando han pasado algunos años, y cuando la tenaz oposicion de los otros sólo ha servido para prestar fuerza y calor á nuestro cariño. De que Dorotea persistiese en llevar amores con Francisco, podían resultarle gravísimas consecuencias: ó bien el unirse á un hombre vicioso y de malos sentimientos, caso de que la Señora Mendizábal se lo permitiese ; ó bien los sinsabores que la aguardaban, si no tenía por conveniente el acceder ; y ella desaprobaba los dos extremos ; en los dos veía padecer á su costurera, á su criada de mano ; de cualquier modo iba á privarse de sus servicios. ¿Cómo evitar tamaños males? Tratando de disuadir á Dorotea amigablemente, haciéndole una pintura de Francisco tal como la oyera de boca de su hijo. Si esto no bastaba, tendría entónces que elegir, entre dejarla casarse, ú oponerse renovando los pasados disgustos, aquella época lamentable que para siempre deseaba borrar de la memoria. En semejantes circunstancias no sabía que resolver, si bien se inclinaba á lo segundo,

que era á su juicio el partido más acorde con la felicidad de Dorotea, y con sus propios intereses. Francisco no merecia tampoco la mano de una esclava, que pudo extraviarse en un tiempo, tal vez seducida por él, pero que ya le prometia enmienda para lo sucesivo, cuando sólo se hiciera acreedor en virtud de sus faltas á los castigos con que Ricardo y el mayoral lo atormentaban. Ocupada en estas reflexiones, que la agitaban desde el dia anterior, se levantó con ánimo de realizar pronto su plan. Dorotea fué á saludarla junto con las demás esclavas; la Señora Mendizábal mandó entónces que todas se retirasen; y quedándose sola con ella, le habló así:

— Bien sabes, Dorotea, cuales eran mis intenciones; perdonarte á tí y á Francisco, casarlos aquí, y que me sirvieran despues en la Habana, tú siempre de costurera y criada de mano, y él de calesero; habiéndolos criado á Vds., queria mostrarme generosa. Me hice cargo: Dorotea y Francisco se aman todavía, ya estarán corregidos, ellos no se han quejado de los castigos que les he impuesto; pues vamos ahora á ser yo misma las que los case. La otra vez me opuse ¿y porqué fué? Porque Vds. me engañaron diciéndome que no llevaban amores, y los llevaban á escondidas, y porque se ofuscaron contra mí; por eso tan solamente les negué la licencia del matrimonio. Yo soy una madeja de seda, Dorotea; pero es menester que me den gusto. Así fué que saliste del lado de las francesas, y que cuando llegaste á casa sin un tra-

po que ponerte encima, te compré una porcion de túnicos y pañuelos, y cuanto necesitabas para casarte con decencia ; te dí tambien dinero para que le comprasen fluses á Francisco, presumiéndome que tendria desguazados los que trajo de la Habana ; todo lo fuí preparando de modo que Vdes. conocieran mi buen corazon. ¿ No es verdad, Dorotea ? ¿ Tienes alguna queja contra tu ama ? ¿ Podia yo hacer más ?

— ¡ Ay, Señora, le respondió la mulata en medio de sollozos que le ahogaban la voz, no me lo pregunte Sumerced á mí !

— Me alegro infinito de que me agradezcas los favores que les pensaba hacer....

— ¡ Qué les pensaba hacer ! ¿ Y ya nó, Señora ?

— Mira, en sabiendo las cosas, puede que te arrepientas de esas lágrimas. ¿ De qué te azoras ? ¿ De lo que te acabo de decir ? ¡ Boba ! Escúchame, y verás si debes alegrarte ó nó de que no quiera ya que te cases con Francisco. Por tu bien, Dorotea, por tu bien nada más te lo aconsejo. Pues no me dices ¿ qué sacaria yo ahora, despues que todas nuestras tragedias se han acabado, de seguirlos afligiendo á Vdes. ? ¿ Verlos padecer ? ¡ Ah, seria menester que fuese una tirana ! ¿ Mas quién tiene la culpa de que nuestros planes se hayan maguado ? Tu ama no la tiene por cierto, ni tú tampoco ; es Francisco, que tan ingrato se ha vuelto conmigo. ¡ Yo no sé, Señor, el diablo se le ha metido á este negro en la cabeza de poco tiempo acá ! Primero me engañó con que te

habia olvidado, siendo mentira ; eso fué al principio de los amores de Vdes. ; luego te perdió á tí en mi propia casa, ¡ no quisiera ni acordarme ! Mándolo al ingenio para corregirlo, y aquí se acabó de rematar....

—¿ Francisco ha hecho alguna cosa mala, Señora ? le interrumpió Dorotea como asustada. ¿ Francisco.... ?

—Sí, el mismo, y no sólo una, sino muchísimas. ¡ Si hasta parece un sueño lo que he escuchado de él ! Tan humilde, tan manso... ¿ te acuerdas ? y ahora, segun lo que me cuentan, es una fiera. Criatura, haberse levantado tres veces contra el mayoral ; huirse á cada momento ; fajarse con sus compañeros ; pegarles fuego un dia á las casas de bagazo, que si no acuden aprisa, vuela todo el ingenio como pólvora ; querer resabiarme los negros poniéndose á embullarlos para que lo sigan ; respóndeme ¿ son faltas que pueden disimularse ? No. Yo lo crié, lo saqué chiquito del barracon, lo bauticé. ¿ Dónde aprendió esto, Señor ? ¿ Tuvo malos ejemplos en mi casa, malos consejos ? Nada ; él se ha encalabrinado, y piensa vengarse así. Pero el daño será para él. ¿ Qué se diría de mí, si yo lo perdonara ahora ? Lo ménos, que no sabia gobernar á mis esclavos ; y con razon. Tambien seria locura meter en mi casa á quien es capaz de todo cuánto hay.

—¿ Infeliz de mí ! ¿ Téngame lástima, Señora, compadézcame por Dios !

—¿ Lástima ? ¿ Demasiado ! ¿ Es posible que

lo dudas? ¡Ya se vé! Venias á casarte con Francico, y te lo encuentras que no es ni la sombra de lo que era en otro tiempo. No es extraño que desconfies de todo el mundo ¿pero, mujer, de mí?

—¡ Ah no, yo no desconfío de Sumerced!

—Bien, ni yo de tí tampoco. Por eso dificulto mucho que tú persistas en amar á Francisco todavía; porque, Dorotea, los hombres se aman por sus buenas obras. ¿Qué hace una mujer con casarse, si ha de ser para llorar y arrepentirse despues? Acuérdate de que el matrimonio dura toda la vida; reflexiona que el hombre que ántes de casarse le dá pesadumbres á la mujer, luego será peor. Bastante sé lo que te costará olvidar á Francisco; pero ¿quién no prefiere padecer algunos dias, á verse desgraciado para siempre? Yo te lo aconsejo, olvídalo, figúrate que nunca has llevado amores con él, ten paciencia que el tiempo quita todas las penas. Sin embargo, no creas que te violento; de aquí á la noche te doy de plazo para que pienses lo que has de resolver. ¿Me lo dirás con franqueza, eh? Ricardo puede informarte por menor de las cosas que ha hecho Francisco. Pregúntale. El fué quién me las contó ayer. Nada me habia dicho hasta ahora por no incomodarme.

Estas últimas palabras de la Señora Mendizábal affigieron más á Dorotea; pero como sucede siempre que los dolores son muy vehementes, en vez de seguir llorando y lamentándose, perdió la voz,

y dejaron de correrle las lágrimas que un momento ántes le inundaban las mejillas; de suerte que con eso tuvo aquella ocasion de atribuir este cambio repentino á que sus razones y consejos habian hecho mella en el ánimo de la mulata; parecióle que nada tenia ya que temer, que sin necesidad de recurrir á medios violentos, iba á separarla de unos amores, cuyo resultado debia ser por precision lastimoso, sea que accediese ó nó al matrimonio. Alegre en extremo por haber tenido tan buen principio sus planes, le dijo á Dorotea, cuando ésta salia de su cuarto, varias espresiones de cariño, que hartó hubieran patentizado á otra cualquier persona, como tuviese el corazon ménos intranquilo, el vivo deseo que abrigaba de captarse la voluntad y la confianza de su esclava, ya que sólo así podia esperarse librarla de padecimientos, conservarla en su servicio, y hacer que Francisco sufriese todo el rigor que merecia en pago de su extraviado proceder. No era aquella coyuntura á propósito para obligar á Dorotea á que le diese gusto, valiéndose de la autoridad de ama.

Por lo que dice á la mulata, se le ocurrieron en la conversacion tal multitud de ideas y de sentimientos que ni ella misma pudo darse cuenta por lo pronto de lo que le pasaba. Mas donde creció su congoja fué cuando la Señora Mendizábal le dijo que Ricardo habia sido quien le descubrió el dia ántes las maldades de Francisco. Esto arrojó una luz demasiado clara sobre la absoluta incohe-

rencia que veía entre las virtudes del calesero y los negros colores con que se lo pintaban. Al principio dió crédito á las noticias de la Señora Mendizábal, aunque dudando que fuesen tan agravantes los hechos, ó á lo ménos que Francisco los cometiera por perversidad de su alma, y no por desesperacion y venganza. Pero en cuanto oyó el nombre de Ricardo, se le aumentaron las dudas, presumiéndose al instante que todas eran mentiras que las habia forjado con el fin de perjudicar á Francisco. El odio que siempre alimentara dicho jóven contra el calesero, su génio colérico, y lo picado que se hallaba con la mulata por no haber podido vencerla ni á ruegos ni á amenazas, eran circunstancias muy graves que bastante fundamento prestaban á las sospechas de Dorotea. Al concebirlas, desechó luego la idea desgarradora que la noticia de los excesos de Francisco y las reflexiones de la Señora Mendizábal le sugirieron: la de olvidarlo, la de no pensar más en un hombre cuyos vicios lo hacian detestable á los ojos de todos. Pero ¿serviria esto para aliviar los dolores de la mulata, cuando la Señora Mendizábal le aconsejaba, consejo que equivalia á mandato, abandonar sus relaciones con Francisco; cuando veía la maldad y el enojo de un enemigo poderoso, invencible, oprimiendo á su amante; cuando, aunque fueran ciertas sus sospechas y tuviese datos para probar la inocencia de Francisco, no podía de ningun modo defenderlo, ni alcanzar nada? Y si era inocente ¿estaba acaso segura de

que él no la había olvidado? Los grillos, los ramales, los cuerazos que vió en el trapiche la noche anterior, todo se lo explicó la Señora Mendizábal; pero la indiferencia con que la recibió, su empeño por ocultársele mientras metía la caña, ¿quién le había aclarado estos pormenores? Nadie; los mismos celos, la misma desconfianza la devoraban todavía. De aquí, que combatida por tantos pensamientos á cual más terribles, cayese en aquel estado como de impasibilidad que acompaña siempre á los pesares muy grandes. Su ama lo atribuyó equivocadamente al buen efecto de sus razones.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

ANTONIO PORTUONDO
ANTONIO PORTUONDO - JOSE

CAPITULO V.

QUAS diez serian cuando el mayoral tocó la campana para llamar la gente del campo; era domingo, y por eso se concluian los trabajos ántes de las doce. A poco rato aparecieron los negros, cada cual con su haz de cogollo en la cabeza, cruzaron por medio del batey, y fueron á parar frente á la casa del mayoral. Allí se ahilaron segun costumbre, y luego que éste los despidió con un chasquido del cuero, botaron el cogollo en la caballeriza, y se encaminaron hácia la mayordomía para coger su racion. Dorotea, que desde su entrevista con la Señora Mendizábal, se habia encerrado en un cuarto á meditar sobre su miserable destino y sobre el partido que debia tomar en las afflictivas circunstancias donde se encontraba, se asomó por la ventana en cuanto llegaron los negros del campo, para ver si entre ellos

venia tambien Francisco. En efecto, hubo de columbrarlo detrás de todos, y caminando con mucho trabajo á causa de los grillos y ramales que llevaba en ámbas piernas. Creyó que volveria la cabaza hácia la casa de vivienda ; pero sus esperanzas se frustraron, porque Francisco, en lugar de dirigir la vista á la ventana, parecia esconderse de propósito entre los demas negros. Dorotea continuó sin embargo mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas ; aquello corroboraba las sospechas que acerca de la lealtad de Francisco habia concebido desde su llegada al ingenio, y como los pesares se llaman unos á los otros, dedujo al momento, que quien se portaba así con su amante, no era extraño que hubiese ejecutado las vergonzosas acciones de que Ricardo le acusara. Es verdad que cuando su ama le refirió por la mañana los crímenes y faltas del calesero, le hizo mucha fuerza, por una parte, el rumbo de donde procedian, y por otra, lo desacorde que se le antojaba tanta perversidad y en tan breve tiempo, en ménos de un año, con la honradez nunca desmentida de Francisco ; en términos que no dió ningun crédito á las palabras de la Señora Mendizábal, y resolvió seguir amándolo, á pesar de cuantos obstáculos se le opusiesen, si él le guardaba todavía la jurada fé ; mas ahora esta nueva señal de que la habia olvidado, la resfrió en su noble propósito, y la obligó á pensar desfavorablemente de Francisco. Preguntóse á si misma : ¿ es por ventura el primer hombre que ha pasado de la virtud al vicio, no

puede haberse corrompido en el ingenio, y hallándose despues sin ningun freno que lo contuviese, haber pagado el amor y la constancia de una mujer, desventurada por su causa, con la indiferencia y el olvido? Las respuestas que se dió Dorothea á tales preguntas, que sólo hubiera hecho celosa, y cuando los continuos golpes le fueron poco á poco abatiendo de modo que llegó al fin el caso de azorarse y desconfiar de todo, eran propias únicamente para acrecer sus males, y para ponerla en mal sentido con Francisco. Así fué, que hasta quiso no asistir á la entrevista de la arboleda, pues se figuró que nada iba á remediar con hablarle, habiéndola olvidado, y que él no haria tampoco ningun caso de ella ni de su hija; temia que tratara de disculparse alegando falsas excusas, fiado en que no le es difícil á un hombre, en queriendo, burlarse de la debilidad é inexperiencia de una pobre mujer. Este propósito de no ir á la arboleda, le duró hasta que el reloj de la casa de vivienda tocó la una de la tarde, hora precisa de la cita, porque al punto las dolorosas reflexiones que lo habian originado, comenzaron á perder su fuerza; así les sucede siempre á los que aman de corazon; cuando les acosan la desconfianza ó los celos, cuando media cualquier disgusto, no quisieran ni ver á la persona que adoran; pero si se les presenta una coyuntura á propósito para decir sus quejas, no se hallan con valor de desperdiciarla; entónces les sonrie la esperanza de que tal vez se justificará en hablando el

mismo que se reputa culpable, y eso los seduce. Dorotea deseaba verse con Francisco para preguntarle tantas cosas, para salir de tantas dudas, que no pudo ménos tambien de abandonarse á los impulsos de sus amor. Salió, pues, de la casa de vivienda con su hija Lugarda en los brazos, y se dirigió hácia el rancho de táita Pedro; pero á escondidas de la Señora Mendizábal, no fuese á maliciarse algo y á impedir que se efectuase la entrevista, y encargándoles cuidadosamente á las criadas, que le dijeran, caso de preguntar por ella, que estaba en el cuarto durmiendo.

Al acercarse Dorotea al bohío, percibió como que dos personas hablaban en la parte interior; puso atento el oído, y sin embargo no le fué posible comprender la conversacion que tenían; mas por el metal de las voces conoció que uno era el táita Pedro y el otro Francisco. Un susto, una sorpresa involuntaria, aquella timidez que les entra á las muchachas cuando despues de una larga ausencia tienen que hablar con la persona á quién aman, y más si la entrevista ha de ser de quejas, le hizo perder todo el valor de que se habia revestido al salir de la casa. Detúvose inmóvil junto al rancho sin atreverse á dar un paso hácia adelante, y largo rato permaneciera allí, si Bijirita, perenne centinela de la arboleda, no se hubiese puesto como por la mañana á ladrarle. A los ladridos de su perro salió el Táita al limpio, y habiéndola alcanzado á ver, comenzó á llamarla. Francisco se precipitó entónces fuera del rancho,

y corrió hácia ella con la velocidad que los grillos le permitian, y Dorotea, al verlo anegado en lágrimas, la ternura con que le tendió los brazos, y cómo cubria de besos á su hijita, dando muestras tan claras de amor y del gusto que le causaba aquella entrevista, casi olvidó del todo sus resentimientos, y lo abrazó tambien ; pero ninguno de los dos pudo desahogar en largo rato las aflicciones y congojas de su alma sino por medio de sollozos y del llanto que les inundaba las mejillas. El viejo táita Pedro se paró allí cerca á contemplar en silencio esta escena tan triste. Luego que pasaron aquellos primeros momentos de agitacion, Francisco le tomó á la mulata cariñosamente una de las manos, le quitó á Lugarda de los brazos, y le hizo seña de que lo siguiese, encaminándose á un frondoso mamey, donde la frescura de la sombra y la mucha yerba del suelo convidaba á sentarse. Hasta entónces sólo habian salido de sus lábios algunas frases inconexas que bien á las claras demostraban cuán profundos eran los sentimientos que les ocuparan los corazones ; pero habia llegado ya la hora de que empezasen á hablar, hora en que Dorotea pensaba preguntarle á Francisco la causa de su indiferencia la noche ántes y aquella mañana, y en que él, sabedor de sus dudas y celos por las noticias que le comunicara el táita Pedro al tiempo de citarlo para la entrevista, le iba á desvanecer las sospechas que acerca de su amor y fidelidad le habian al parecer infundido, y á probarle su inocencia con el relato de

todos los trabajos que habia pasado en el ingenio, y descubriéndole el odio y las innumerables crueldades de Ricardo, sin omitir por supuesto las atroces acusaciones que aquel jóven fraguó para grangearle la mala voluntad de la Señora Mendizábal.

Esta conversacion entre dos personas que se amaban con idolatría, despues de diez meses de ausencia y de trabajos, y cuando por un cúmulo de circunstancias desgraciadas necesitaban más que nunca de sus recíprocos consuelos, fácil es de imaginarse si pararia ó no en volverlas tan amigas como siempre lo habian sido y como lo eran en la actualidad ; sólo que Dorotea, al igual de todos los que se hallan animados de una passion ardiente, se asustaba á menudo por cualquiera cosa en figurándose que podia perder el corazon de Francisco. Al oir ella que no la habia esperado en la casa de vivienda, porque á los negros no los dejaban Ricardo ni el mayoral arrimarse allí ; que las acusaciones de aquel no provenian sino de su mal corazon por indisponerlo con la Señora Mendizábal, y que el motivo de haber tratado de ocultársele en el trapiche miéntras metia la caña, fué por no descubrirle que era el mismo á quien el contramayoral azotó en su presencia, le pesó infinito haber dado cabida á ideas tan injuriosas contra un hombre, que de lo que acaso pecaba, era de puro bueno, y que en el propio instante de reputarlo culpable, no tenia otros deseos ni otros pensamientos que los de ahorrarle las pesadum-

bres que pudiera traerle su mísera situación. Así fué que para consolarlo y para borrar su yerro le prometió, que pues la suerte los habia juntado cuando ménos lo esperaban, ella no consentiria jamás en separarse por ninguna razon. Manifestóle como la Señora Mendizábal, instruida de las faltas que inventó la maldad de Ricardo, se oponia á su matrimonio, bajo el pretesto de que él no era acreedor ya al cariño de una mujer virtuosa ; que sin embargo de haberle hablado, más bien en tono de amiga que de ama, no se le ocultaba que aquellos consejos equivalian á mandato, segun le gustaba que sus esclavos la obedeciesen ciegamente á la menor indicacion, y como era de creerse por el plazo que le asignó para meditar sobre el negocio, circunstancia innecesaria sin duda, habiendo sido su voluntad la de avenirse con lo que ella de motu-proprio resolviese ; que sabia muy bien los sinsabores que la aguardaban desde el instante en que le declarara su firme propósito de casarse con él, aún cuando fuesen ciertos los delitos y extravíos que le achacaban ; pero que á pesar de todo, comeria gustosa en el ingenio su pedazo de tasajo y su racion de funche, y trabajaria en el campo como los demas negros y viviria en un miserable bohío, siempre que tuviera la dulce recompensa de gozar á su lado algunos momentos de ventura.

Francisco se opuso abiertamente á este plan, porque si bien habrian de conseguir tal vez poniéndolo en práctica el verse unidos para siempre,

era á costa de muchas penalidades para la mulata; entónces fué cuando le hizo una relacion minuciosa y detallada de los tormentos que se pasaban en el ingenio por la crueldad de Ricardo y de los operarios, y le refirió los que él habia sufrido desde que puso los piés allí. Dorotea no se amedrentó por eso, pues aunque débil y tímida por naturaleza, se revestia, como lo hacen todas las mujeres, de un valor heróico, cuando le era preciso sobreponerse á los rigores de la adversidad y como lo hacen todas las mujeres, cuando en su pecho arde una pasion limpia y generosa; casarse con Francisco y vivir en su compañía hasta la muerte, partir con él las desgracias y aflicciones que padecia y de que se juzgaba ella la causa principal, y mitigarlas en algun modo mediante sus caricias, hé aquí los nobles fines que se propuso la mulata al adoptar aquel proyecto; los cuales sólo podian tener cabida en una criatura dotada de tan bellos sentimientos, que ni la misma esclavitud con su inmenso poderío fué bastante para deslucirlos. Francisco le alegó mil razones para disuadirla; su juventud, su complexion delicada, su ninguna costumbre á las duras faenas del campo, y en especial de un ingenio: que la Señora Mendizábal se resentiria justamente de que, habiéndola perdonado y restituido al servicio de la casa nada más que por hacerle ese favor, le pagase despues con ingratitud desoyendo sus consejos amistosos; que un gran castigo, y lo que todavia era mucho peor, el caer en manos de Ri-

cardo y de los operarios con tristes recomendaciones de la Señora, serian quizás las consecuencias de su arriesgado proyecto; que por necesidad habia de quedarse Lugarda con ella por hallarse en la lactancia, y que no era de buenos padres sacar á su hija de las comodidades de un casa en la Habana para sumergirla desnaturalizados en la muchedumbre de miserias que acosan á los negros de un ingenio; que acaso con el tiempo y mostrándose humildes, se aplacaria el enojo de su ama, porque, así como de por fuerza nada se alcanzaba de ella, cedia pronto en no oponiéndose á sus mandatos; y por último, que parecia más prudente esperar, con tal que eso sirviese de proporcionarles un enlace feliz, que no buscarse ellos mismos nuevos disgustos con la Señora, y nuevos pesares.

Dorotea permaneció inflexible á todo, y ni la amenaza que su amante le hizo de olvidarla y de no casarse con ella si persistia en su propósito, pudo persuadirla á abandonar lo que habia halagado ya su imaginacion pintándole el porvenir de risueños colores; hasta que al cabo, conociendo Francisco que sería inútil cuanto le dijera, vino en prometerle, aunque bien de mal grado, no impedir la realizacion de sus planes, pidiéndole en pago de tamaña condescendencia que buscarse para hablarle á la Señora Mendizábal una coyuntura favorable, cuya elección dejaba á su arbitrio, y que lo hiciera entónces con la mansedumbre que convenia para lograr alguna cosa de quien se re-

gocijaba tanto cuando veia humildad por parte de los esclavos. Acordóse al punto la mulata de haberle oido decir á su Señora en la Habana que aquella Pascua tendria mucha gente de visita el dia de año nuevo en el ingenio; por lo cual resolvió de comun acuerdo con Francisco dilatar hasta esa época su proyecto, y que llegada que fuese, se le echaria á los piés en presencia de todos á la hora de comer, suplicándole que pues no perdonaba al calesero, le permitiese por lo ménos quedarse con él allí, y que les otorgara la licencia del matrimonio, porque habiendo un hijo de por medio, su honor no podia lavarse de ninguna manera si no se daba aquel paso, porque los crímenes que habia cometido Francisco en el ingenio, no le quitaban la cualidad de ser padre de Lugarda, y porque los consejos de una esposa que pondria todo su conato en traerlo otra vez á buen camino, era de presumirse con sobrado fundamento que los premiara el Cielo; conviniéronse tambien en que la mulata, segun lo que le previno por la mañana su señora, le manifestaria aquella misma noche que despues de haber meditado sobre el asunto, estaba pronta á darle gusto, siempre que ella, caso de enmendarse Francisco, les prometiera dejarlos contraer matrimonio; de este modo, no confesándose Dorotea desamorada, ni cerraban el campo á súplicas ulteriores, ni se repararia tampoco que diese despues el paso que determinaron entrambos.

Por lo que respecta á Ricardo, Dorotea com-

prendió, desde que le oyó á Francisco los trabajos que sobre él habia amontonado en el ingenio, que todo provenia del ódio con que lo miraba, sólo porque, á pesar de ser un infeliz esclavo, era quien merecia sus favores ; pero nada de esto le descubrió á su amante para no afligirlo más, cuando por otro lado el hacerlo no habia de proporcionar ningun remedio. Acaso parecerá extraño que esta muchacha, sabiendo el carácter vengativo y colérico de aquel jóven, su modo de comportarse en el ingenio, la ciega obediencia que le prestaban los operarios, y como engañaba á su madre encubriéndole bajo mil mentiras las atrocidades que ejercia sobre los negros, prefiriese casarse con Francisco y permanecer en la finca, sin curarse de las resultas, á seguir sirviéndole en la ciudad á la Señora Mendizábal, y á disfrutar allí de otras comodidades y otro descanso ; mas por lo mismo que Ricardo trataba de abatir al calesero y de martirizarlo, á fin de vengar en él los ultrages que suponía hechos á su color, á su rango y á sus riquezas, por la resistencia de una miserable esclava, cobró ánimo Dorotea para tolerar los infortunios que precisamente la aguardaban, á trueque de poder mostrarle que ninguna mella le causarían los males, en viéndose casada con Francisco, único norte en el mundo de sus pensamientos. Sin embargo, él podia enredar todo el plan, si lo llegaba á traslucir, atizando en contra de ellos á la Señora Mendizábal, sin que para el efecto necesitase otra cosa que fingir nuevas faltas en Fran-

cisco ; por cuya razon juzgó oportuno encargarle á éste que procurara guardar el mayor sigiló acerca del negocio, como igualmente, que siendo del caso ocultarle á su ama que continuaban los amores, hablarian en lo sucesivo, hasta ver el resultado de su proyecto, pocas ocasiones, y eso á horas y en lugares donde nadie los pudiera sorprender.

Tales fueron las materias de que hablaron Francisco y Dorotea miéntras duró la entrevista de la arboleda ; entrevista que seguramente se habria dilatado mucho más, por el ánsia con que deseaban verse para referirse sus recíprocos trabajos y lamentarse de ellos, á no haberles advertido el táita Pedro, que siendo ya como las dos de la tarde, podia la Señora descubrirlos. Al despedirse se abrazaron de nuevo, y volvieron á inundarse de lágrimas, como si un presentimiento interior les hubiese revelado que aquel cielo hermoso y apacible que se lisonjeaban de divisar en el porvenir merced á sus planes, iba pronto á cargarse de nubes, y á llover sobre sus cabezas un diluvio de infelicidades.

Por la noche la Señora Mendizábal llamó á Dorotea á su cuarto para preguntarle qué era lo que habia resuelto tocante á los consejos que le dió por la mañana, de olvidar á Francisco. Llenóse de indecible gusto al oirle que le prometia no acordarse más de él miéntras no se enmendara ; y no puso ningun reparo en concederle que los dejaria casar, como se lo demandaba, cuando llegase

á suceder aquello, y cuando el calesero sufriese los castigos que Ricardo le hubo de señalar; y tanto más de satisfaccion experimentó con la obediencia de la mulata, cuanto que le pareció que su humildad nacia de sólo el deseo de complacerla, á pesar de costarle el sacrificio de un amor antiguo y profundo. Pero es necesario confesar que á Francisco le habia cobrado tal animadversion, desde que Ricardo le contó sus crímenes, que si bien muy agradecida á Dorotea por la prueba de respeto que acababa de ministrarle, accedió á sus ruegos, porque se imaginó que un esclavo de tan mala índole jamás se corregiria, y que andando el tiempo, la fuerza de éste y la distancia se lo harian olvidar. El contento que sin embargo recibió la mulata á causa de su natural sencillez que la engañaba á menudo sobre las intenciones de los demás, fué estremado, pues creyó que habiendo sido feliz el principio, no seria mucho que los fines tuvieran igual suceso; quizás le sugirió la Divina Providencia este pensamiento consolador para que diese cabida en su pecho á algun rayo de esperaza con que poder librarse, á lo ménos en la fantasía, de las zozobras que estaba corriendo como una frágil navecilla en medio del océano.

En cuanto Dorotea se apartó de su lado despues de esta conversacion, salió al colgadizo la Señora Mendizábal para noticiarle á Ricardo la humildad de su hermana de leche. El escuchó aquella nueva con sumo regocijo, y con más interés de lo que podia sospecharse quien ignoraba absolutamente

las cosas que habian mediado entre la mulata y su hijo. En efecto, los deseos criminales de éste, porque su pasion no merecia otro nombre, á nadie los habia revelado jamás; siendo esclava y de color la mujer que lo subyugaba (si bien no con las cadenas de un amor puro é inocente incapaz de albergarse en un corazon corrompido ya por las ideas que su caudal, su cuna, y la educacion de aquella madre, amantísima en verdad, pero demasiado bondadosa, hubieron de inspirarle acerca de las consideraciones debidas al bello sexo), Ricardo estimaba como un desaire la resistencia de Dorotea á satisfacer sus caprichos; razon suficiente para que acostumbrado desde los primeros años á verse casi siempre complacido aún por otras bellezas de más precio, tratase de ocultarlo bajo el silencio, no fuese á menguar la fama que por una muchedumbre de conquistas se habia granjeado, no sólo entre las personas de la familia sino entre las de afuera, de mozo corrido y dichoso para enamorar. Por lo que hace á su madre, no fué menor el sigilo; ántes se guardó de ella más que de los otros, por motivos muy fáciles de explicar. La Señora Mendizábal, no dirémos que celebró nunca, pero sí que consentia tácitamente la conducta desarreglada de Ricardo en cuanto á las mujeres, atribuyéndolo todo á locuras y vivezas de la mocedad; mas á pesar de mostrarse como indulgente si la mujer sobre quien recaian sus faltas llevaba el color blanco, acaso no hubiera tolerado que pusiese los ojos en una esclava, y mu-

cho ménos en una esclava de la familia. De aquí la reserva con que aquel le encubrió su vergonzosa pasion hácia la mulata.

Como íbamos diciendo, Ricardo se alegró infinito de que Dorotea mirase ya al calesero con tal indiferencia, á su juicio, que no le hubiese sido demasiado sensible prometer á su ama olvidarlo, si continuaba en los anteriores descarríos, porque libre ella del único obstáculo que siempre le pareció haberse opuesto á la consecucion de sus deseos, el amor á Francisco, quizás consentiria pronto en darle gusto ; y porque, aún en el caso de oponérsele, estaba en su mano rendirla á fuerza de amenazas. Hallándose Francisco en el ingenio á su plena discrecion, nada por cierto tan fácil como castigarlo siempre que se le antojase, hubiera ó no causa bastante para ello ; nada tan fácil como achacarle cualquier falta, valiéndose de la crueldad de Don Antonio y del ódio con que miraba al calesero ; y nada tan fácil, por último, como justificar los castigos que le señalara á los ojos de la Señora Mendizábal, que nunca sindicaba sus operaciones, particularmente en las fincas donde le habia concedido facultades omnímodas, y que, merced á sus tramas, no dudaria un punto en creer cuanto malo y ruin le refiriese acerca del malhadado Francisco. Echando mano de este poderoso resorte se lisongeó conseguir por medio de la fuerza verle término feliz á una lucha que empeñaba, desde largo tiempo atrás, y tan desgraciadamente, con el adversario más despreciable

que habia topado en sus conquistas amorosas ; cuando no le sirviesen de nada las súplicas y las dádivas. A él no le era posible castigar á la mulata, verdad ; pero sí atemorizarla con los padecimientos de su amante ; y tanto valia lo uno como lo otro para la realizacion de sus miras.

Al dia siguiente por la mañana, habiendo ido al trapiche la Señora Mendizábal á divertirse un rato con la molienda, Ricardo se aprovechó de esta ocasion para dar principio á sus proyectos ; llamó á Dorotea, y le dijo, que estando revuelta toda su ropa, era preciso que le compusiese el escaparate con la finura y delicadeza que sólo ella sabia hacerlo en la casa. La mulata lo obedeció al punto, imaginándose, que con servirle sin ninguna señal de resentimiento por los castigos y trabajos que amontonara sobre el calesero, acaso se aplacaria el enojo de un enemigo tan temible, y éste mismo le serviria despues de algo en la petition que pensaba hacer á su ama. Pero apénas entró en el cuarto y comenzó á ordenar la ropa en los entrepaños, cuando se le apareció Ricardo ; no fué menester más para que se pusiera á temblar de susto, pues al instante se malició que aquello no habia de tener buen resultado, que habia de volver otra vez á ser requerida de amores por un hombre de quien la alejaban su color y condicion más nobles, su génio áspero, sus sentimientos inhumanos, y más que todo el cariño con que ella se desvivia por otro desde que pensó en amar. Ricardo quiso disimular sus intenciones ; se puso

á escribir ; mas viendo la prisa que se daba Dorotea por acabar, y que podia perder tan favorable coyuntura, se le acercó con el ánimo resuelto ya á poner en obra su plan. Dorotea, le dijo, ¿ has visto, despues que viniste de la Habana, á Francisco ?

—No, Señor, Niño, le respondió ella toda asustada.

—Pues mira, más vale que no lo hayas visto. Está que dá lástima, flaco, cenizo, lleno de verdugones y lastimaduras ; pero él es quien tiene la culpa ; si no hubiera sido tan malo, tal vez estaria ahora, hasta casado contigo. Dime, Dorotea, ¿ será verdad lo que me ha dicho Mamita, que tú le prometiste anoche no mirarlo más con buenos ojos, por las cosas que ella te contó de él ?

—Sí, Señor, quiero darle gusto á la Señora.

—Pero ahora te casarás con otro.

—Con nadie, Niño.

—¡ Ah sí ! yo confío en que tú no te acordarás más nunca de ese ingrato, que á Mamita, á tí y á mí y á todos, nos ha pagado tan mal. Procura olvidarlo, Dorotea ; un hombre así sólo te traeria pesadumbres sobre pesadumbres. ¡ Lo que son las cosas ! ¿ Te acuerdas cuando en la Habana te decia yo que dejaras tus amores con Francisco, que luego te pesaria, como te pusiste brava, y hasta me respondiste en un tono, con unas palabritas, que sabe Dios otro amo lo que te hubiera hecho ? Ahí lo tienes, Dorotea, ahí tienes el pago. Tu Francisco te perdió, y luego, no contento

con eso, en lugar de enmendarse en el ingenio, lo que se ha grangeado, ha sido el ódio de todos. De véras que te compadezco ; cuando uno quiere como tú lo querias á él, y lo engañan de ese modo, cuando uno ha puesto los ojos en quien no lo merece ; bien digno es de que le tengan lástima ! Pero nada me respondes, mujer. ¿ Estamos peleados todavía ?

—¿ Todavía ? Yo no he peleado nunca con el Niño.

—Sí, picarona. ¿ En la Habana, en la Habana, acuérdate, siempre no me estabas huyendo ? Vamos, dí ahora que nó. Respóndeme, Dorotea, ¿ cuántas veces te he puesto las manos encima ?
¿ Una, dos, tres.... ?

—Ninguna, Niño.

—Tú misma lo dices ; ninguna ! ¿ Cómo habia yo de darte ? Lo primero, que tú eres mi hermana de leche, y lo segundo, que tampoco lo has merecido nunca. Más te digo, Dorotea ; no es Ricardo quien nació para castigarte á tí. Yo no tendria valor. Tú sabes desde la Habana lo que te aprecio ; aunque tú has sido siempre conmigo una ingrata. Pero ; ah ! Vds. las mujeres son todas así. Mientras más las quiere uno, miéntras más se empeñan los hombres en demostrárselo ; peor ! Su gusto es mortificarnos entónces. Tú me has cogido aburricon, yo lo sé, desde aquel dia que te dije en la Habana que me caias tan en gracia que hasta que no me correspondieras, no habia de parar. ¿ Te vás ya ? No te vayas, Dorotea ; ten-

go muchas cosas que decirte ; óyeme, aunque sea esta sola vez.

—¡ Pero suélteme el Niño el brazo !

—Estáte quieta y no te asustes, que yo no te haré nada malo ; mi intencion no es sino que hablemos aquí como dos amigos en sana paz. Para que tú veas, yo me alegraria de que no me trataras con tanto respeto.

—¡ Oh ! Sumerced no es mi amo ? ¿ Cómo le voy á tratar sino con respeto ?

—Sí, Dorotea, yo soy tu amo, es verdad ; pero ¿ de qué me ha valido ni me vale el ser amo tuyo ? Si yo lograra que tú me correspondieras por eso ¡ vaya ! Pero justamente es todo lo contrario. ¡ Ah ! yo daria cualquier cosa por ser negro, con tal de gustarte !

—Ni lo piense el Niño siquiera. El Niño no sabe los trabajos que pasamos nosotros ; por eso habla así.

—Nó, Dorotea, yo hablo así, porque lo siente mi corazon ; cualquier sacrificio, mi vida, todo lo perderia de buena gana por granjearme tu voluntad. Dorotea, cuatro años van ya que te estoy batallando para que me quieras, y nada, nada he conseguido, ni la más remota esperanza ; pero hasta ahora tal vez te habrás mostrado tan tirana conmigo por los amores que llevabas con Francisco. Bien, ya esos amores se acabaron, tú estás libre ya, á nadie tienes que darle cuentas de tus operaciones ; con que, mujer ¿ será posible que tengas todavía la crueldad de no corresponderme ? ¿ Te

complacerás, ingrata, en verme sufrir por tu causa ?

— ¡ Si yo no puedo querer al Niño !

— ¿ Porqué tú eres mi esclava y yo soy tu amo ?

— Sí, Señor.

— ¡ Por eso nó ! Yo te daré la carta de libertad. Tú sabes que para mí gastar quinientos ó seiscientos pesos, es como botar á la calle medio real. Hoy mismo, si te resuelves, te los pondré en la mano para que se los entregues á Mamita ; ó más, eso me importa un pito, si pide más por tu libertad ; y pregúntale también cuanto vale tu hijita. ¿ Ya lo ves, Dorotea, que mi gusto es hacerte bien ? Mira, despues que seas libre, te quedarás acá sirviéndole á Mamita ; ó te irás á otra parte ; lo que á tí te parezca mejor. De todas maneras, yo te pasaré un tanto, y te compraré ropa, zapatos, cuanto necesites. ¿ Dinero ? Lo tendrás de sobra para lo que se te antoje. ¡ Ay ! en queriendo tú, china, hasta te pondré una casa en la Habana, más guapa ! ¡ Con sus muebles, su negra que te sirva, todo ; y tú serás la ama allí, y mandarás á hacer y deshacer, pues... como ama ! Te vestirás que ni una princesa, porque te he de comprar tantos túnicos y prendas, que Dios quiera que no te vayas á cansar de modisturas. ¿ Dorotea, oyes mi plan ? Más lindo no puede ser. Tú y Lugarda se libertarán, y no tendrás luego que trabajar en buscar la ropa, ni la comida, ni casa, ni nada ; estarás mano sobre mano, y yo, yo me deleitaré mirando tu comodidades, y con la certe-

za de que al fin me has correspondido, despues de los muchos malos ratos que me has hecho pasar.

—¿Y el Niño tiene valor de proponerme eso? ¡Ah! Sumerced no me conoce todavía! Yo soy su esclava, Niño, yo soy una pobre mulata, y Sumerced es blanco, y mi amo. Sumerced me puede mandar meter en el cepo, y que me den un bocabajo, y hasta matarme, si le parece; pero su merced no podrá nunca quitarme la vergüenza. ¡Ah, niño, la cara se me está cayendo con lo que Sumerced acaba de decirme! ¿Vivir yo así con Sumerced, sólo por ser libre, y comer y vestirme bien? No, Señor, Niño, Dorotea tiene este pellejo; pero sabe lo que es vergüenza.

—No te incomodes, boba. ¿Qué! ¿Es la primera que lo hace?

—Niño, Sumerced es blanco, no le falta nada, dinero, de buena familia, no venga á rebajarse con enamorarme á mí. Déjeme vivir tranquila; por Dios, por su madre se lo pido de rodillas; no me haga más desgraciada de lo que soy ya. El Niño no nos debe enamorar á nosotras las de color. Acuérdense que si la Señora lo supiera, no le gustaría.

—Levántate del suelo, Dorotea. ¿Con qué no hay remedio, mujer, yo te caigo siempre pesado? ¿Me aborreces ahora lo mismo que ántes?

—Yo no lo aborrezco al Niño, se lo vuelvo á decir.

—¿No me aborreces, cruel, y me pides hasta llorando y de rodillas, hasta por Dios, que no te

hable más de esta pasión que me mata? ¿Con que yo, que iba á libertarte á tí y á tu hijita para que no pasaran trabajos, me veo desairado por quien debia de estar con eso como unas sonajas? Vamos, á tí te disgustó seguramente lo de ponerte casa y vivir yo contigo; no es verdad? Pues bien, no será así, tú vivirás donde te dé la gana; pero, comadre, queriéndome siempre. De este modo no dirás que hay escándalo.

—Yo no lo hago por el escándalo, Niño. Desengáñese Sumerced; yo no lo puedo querer. Sumerced es muy diferente de mí, y aunque fuera igual, yo quise otra vez á un hombre, y me salió mal el quererlo, y no volveré á pensar en otro. Uno y no más, Niño. Pero, Niño, ¿de dónde le ha salido esa cavilacion de que yo lo quiera?

—De que me muero por ese cuerpo tuyo tan salado, tan sabroso, por ese arroz, china.

—Yo lo aprecio tambien á Sumerced, porque es mi amo, y porque Mamá fué la que le dió de mamar; pero de otro modo ¡ay, Niño, me es imposible!

—Bueno, bueno, siempre te has de estremar conmigo, Dorotea. Te voy á pedir una cosa; la última, ya que no me correspondes, ya que desprecias mis favores, y me has sacado tu vergüenza, lo diferentes que somos, y otros escrúpulos así; concédeme siquiera el hablarte, no huyas de mí como has hecho siempre hasta hoy.

—¿Y para qué, Niño, que vá á sacar de eso, Sumerced no me dice? Lo mejor será que Su-

merced se olvide de mí. Yo me iré pronto para la Habana con la Señora, y entónces se le acabará al Niño todo.

—¿Ni que te hable, criatura?

—Yo no puedo hacer nada, Niño, nada. Mándeme Sumerced otra cosa cualquiera, lo que le parezca, y verá Sumerced como le sirvo muy contenta; pero sobre eso... en mi mano no está el remediarlo.

—Corriente, así me gustan las muchachas, sosteniditas, que le den á uno trabajo; lo demás es buscar que los hombres se aburran á los tres dias. Dorotea, ahí veremos con el tiempo; yo no me cansaré nunca de estarte rogando. Reflexiona despacio en todo lo que te he prometido ahora, y que estoy dispuesto á cumplirte, en cuanto me correspondas. Guachinanga, con esa cinturita tan matona, ¿qué gusto hallarás en verme así desconsolado, estando en tí el ponerme alegre? Pero ya que te vés del cuarto, y no quieres ni oirme, toma una cosa, toma éste pañuelo y úsalo en mi nombre.

—Yo se lo dobladillaré al Niño, si quiere; pero cogérmelo para mí, Sumerced debe considerar que eso sería....

—No me desaires, mujer, que esto es una simpleza. Un pañuelo ¿qué tiene un pañuelo, Dorotea?

—¡Ay, Niño, para mí tiene mucho! Yo le agradezco á Sumerced la buena voluntad.

—¿Conque me desairas tambien?

—No, Señor, eso no es desaire ; póngase el Niño en mi lugar.

Ricardo estaba cansado ya de tratar á una esclava con tanta dulzura, y viendo que sus promesas de libertar á Dorotea y á su hija habian sido despreciadas por aquella, que además se opuso abiertamente á su proposicion de vivir con él, llegó á perder la paciencia con que hasta entónces le habia procurado suplicar ; sobre todo, cuando no le admitió la dádiva del pañuelo, se llenó de cólera contra la mulata, porque estimó su negativa como un menosprecio que no debia sufrirle á mujer de tan ínfima condicion ; conoció, que á pesar de cuantas circunstancias favorables abonaban por él, no le era posible rendirle de buen grado el corazon á una muchacha, que segun lo indicara su resistencia, amaba todavia al calesero, aunque le habia dicho lo contrario á la Señora Mendizábal. Sólo por lograr mejor sus fines hubiera reprimido tanto tiempo lo arranques de su carácter colérico y soberbio ; pero al cabo no pudiendo contenerse más, prorrumpió en desahogar su ira, sin dejar que Dorotea le responndiese una sola palabra. Ella, intimidada, no se atrevió á salir del cuarto, sino que se quedó allí escuchándolo, sin dar otra respuesta á sus amenazas é improperios que el rio de lágrimas que le bañaban el rostro.

—Dorotea, le dijo casi gritando y con los ojos encendidos de cólera, Dorotea, ya basta para contemplaciones. La culpa no la tienes tú, sino yo,

que me he rebajado á enamorar á una mulata, como si fuera blanca. ¡ Cuidado si te meneas de donde estás, perraza ! Escúchame : no has querido á las buenas darme gusto ; pues ahora querrás por mal. Yo soy una oveja ; pero tambien soy un leon en tratándoseme con tanto desprecio ; á bien que tú me conoces ; yo no sé cómo te has atrevido á responderme tantas bachillerías. Agradéceme la paciencia con que te he escuchado ; yo debí desde el principio, desde que te azoraste porque te propuse que vivieras conmigo, haberte pegado un puntapié. ¿ De cuándo acá tanta virtud, Señorita ? ¿ No se acuerda Vd. de lo que hizo con Francisco, no se acuerda de la barriga que tuvo en la Habana ? ¡ Y ahora se escandaliza la muy sinvergüenza ? Cachimba, tú debias hasta besarme los piés cuando yo te mirara. ¿ Sabes la diferencia que hay de tí á mí ? Tú eres una cachorra mulata, mi esclava, y yo soy blanco, caballero, y puedo hacer de tí lo que me dé la gana. ¿ Qué se habrá figurado esta tonta ? Ven acá ; tu me querrás, y tres más quince. Esta Pascua, esta misma Pascua, me he de salir con mi gusto ; no te valdrá el servirle á Mamita, porque en mi poder tengo á tu querido Francisco, á ese borrachon, ladronazo ; él me lo pagará todo. ¿ Te creés que yo soy bobo, te creés que no conocí, desde que me empezaste á hablar, que lo quieres todavía ? ¡ Ah embustera ! ¿ así te atreves á engañar á Mamita ? ¿ Piensas que te ha vuelto á traer á su casa para sufrirte las barrigas ? ¡ Qué desvergüenza de

mulata, Señor! ¿Habrás visto una cosa igual? ¿Tú quieres todavía á Francisco? Me alegro. ¡Ah! yo le daré bocabajos y más bocabajos! ¡Y lo tendré trabajando de dia y de noche hasta matarlo! ¡Oh sí, á tí te pesará haberme tratado como á un negro! Yo he sido quien lo ha puesto del modo que se halla, yo, porque me ha dado la gana, mi regalada gana; para eso es mio, y puedo hacer de él lo que se me antoje. Mamita crée que él es muy malo; no, Señor, él no ha faltado en nada mientras está aquí; lo que tiene que yo lo aborrezco, y quisiera verlo con cuatro velas; al fin me saldré con la mia. Dorotea, bastante te he aguantado tus hiprocresías, siendo tú como todas las negras, del primero que llega; y hoy, hoy me has insultado! ¡Voto vá! Tú te acordarás de mí. Mañana, oye al Ave María el cuero; pasado mañana, al otro... todos los dias le darán un bocabajo á Francisco, hasta que te me rindas, cachorra; ó si no, tendrás el gusto de ver salir por el batey á tu Francisco, entre dos cepas de plátanos, sobre un mulo, para el Camposanto del potrero. Aquí, quien manda, soy yo, y nadie más; ni Mamita se mete en las cosas de aquí. Anda, vé, chisméale; que puede que vayas tambien á cortar caña. No has querido hacer las cosas bien á bien; ahora las harás de por fuerza. Oye el cuero, te digo, todas las madrugadas, y figúrate que no pararán los bocabajos hasta que no hagas lo que ántes te pedia como amigo, y ahora te mando como amo. ¡Eh! conmigo no

valen lagrimitas ni pucheros! Me has desairado, Dorotea, me has mortificado hace cuatro años á tu gusto; es menester que veas ya á quien se lo has hecho. Mañana sí que llorarás de véras. Piensa en lo que te conviene; de aquí á tres dias me responderás; si entónces te resistes todavia, seguirán los bocabajos. Dorotea, esto es faltarle y no obedecerle pronto á tu amo. Zúmbate corriendo de aquí, diablo, que no quiere oírte ni una palabra. Ahora te boto yo. ¡Fuera, fuera! Te acordarás de mí toda tu vida. Tú llorarás sangre, mal agradecida.

En habiendo concluido Ricardo de pronunciar estas terribles palabras, Dorotea se fué llorando para el cuarto de las criadas. Por eso cuando la Señora Mendizábal volvió del trapiche para la casa, no la encontró en la sala cosiendo, como la habia dejado. Extrañó que no estuviese allí, y más, que al sentirla llegar, no saliera á recibirla y á ponerse á sus órdenes. Pasó al comedor, y unos sollozos que oyó dentro del cuarto de las criadas, le picaron vivamente la curiosidad. Deseosa de saber quién los daba, y sospechando que fuese Dorotea por no haberla encontrado en la sala, no le preguntó á nadie, sino que se entró en la pieza donde se oían los sollozos. ¿Y cuál no seria su asombro, viéndose á la mulata allí, tirada sobre un baul, llorando á mares? No pudo atinar con la causa de una afliccion tan profunda cuanto inesperada, y así fué que se quedó inmóvil, sin atreverse á preguntarle el enigma de aquello, ni á

salir para afuera sin informarse circunstanciadamente de lo que le hubiese acontecido durante su ausencia en el trapiche; muy ajena por cierto de que su hijo estuviera mezclado en el negocio. Estando en este conflicto, casi ya también con las lágrimas en los ojos por la lástima que la congoja de la mulata le causaba, Dorotea se levantó precipitadamente del baul, y se le echó de rodillas á los piés; empero sin que se pudiese distinguir lo que decía á causa de su llanto y de los sollozos que le embargaban la voz. La Señora Mendizábal la hizo levantar del suelo, y le suplicó que saliera para la sala, donde le refiriría el motivo de tanto pesar. Dorotea la obedeció al punto, y una vez que llegaron allí, tornó á hincarse de rodillas, en cuya humilde postura permaneció mientras estuvieron hablando, no obstante los esfuerzos de la Señora Mendizábal porque la abandonase.

¿Pero qué iba á hacer Dorotea con hablarle á su ama? ¿Iba por ventura á descorrer el velo que cubria las atrocidades cometidas por Ricardo sobre el infeliz calesero? ¿Iba acaso á desengañarla de que el hijo, en quien tenía puestos todo su amor y confianza, era un hombre inhumano, que sólo pensaba en vengarse, oprimiendo al inocente Francisco, de que ella no quisiese oír sus deshonorosas proposiciones, y de que lo pospusiera á aquel? No, Dorotea se habia criado en la casa de la Señora Mendizábal porque allí habia nacido, y por consiguiente no se le ocultaba el cariño entrañable de su ama hácia Ricardo, cariño que

se traslucía sobre todo cuando debía fallar entre él y alguno de sus esclavos ; Dorotea estaba cansada de ver que la Señora Mendizábal, á pesar de su rectitud natural, y, casi puede decirse, de su rigorismo en velar sobre las acciones de aquellos que tenía bajo de su poder, aflojaba mucho en severidad en tratándose de Ricardo, á quien se complacia, como nos parece que dijimos ya, en no oponérsele á nada, para que gozase y se divertiera en los años fugaces de la juventud, y mientras la suerte le brindaba con crecidas riquezas ; predisposición, que á fuerza de haberla estado ejerciendo continuamente, había llegado, como era preciso, al extremo de oír con disgusto que le contaran cualquier falta de Ricardo, no sólo porque le tocaba en lo más sensible del alma tener que corregirlo, sino porque ciega de puro amarlo, ni veía en él casi nunca los extravíos que le imputaban, ni los veía más que muy pequeños, cuando eran tan de bulto que ni ella misma podía cerrarse los ojos para no distinguir la enormidad de la culpa. ¿ Qué esperanza le quedaba á una pobre y desvalida esclava de alcanzar victoria, siendo el enemigo tan poderoso por sí, y á más de eso con el juez, que debía decidir del negocio, á su favor ? ¿ Y cuáles era probable que fuesen las consecuencias de semejante paso, si se resolvía á darlo ? No hay duda que salir al fin vencida, pues el ánimo de la Señora Mendizábal estaba muy en contra de Francisco, y los crímenes y faltas de que lo habían acusado, eran demasiado

grandes para que pudiese convencerse de que todo habia sido maldad de su hijo y nada más. La venganza de Ricardo entónces, la venganza temible de aquel mozo que no conocia freno en yéndose á desatar sus pasiones ¿ hasta dónde se extenderia? Si nada se alcanzaba de él con una humildad y una resignacion extraordinarias ¿ se contendria por ventura cuando se viese acusado y descubierto ante su madre, cuya severidad temia ahora, porque la conciencia le echaba en cara su criminal conducta; cuando la mulata le irritara su orgullo con declarársele enemiga, sin curarse de que iba á disputar con un blanco, y con su amo?

No, aquella habia resuelto tomar otro partido ménos arriesgado, que si por desgracia no le salia bien, no le atrajera por lo ménos más infortunios de los que estaba sufriendo; que tarde, que temprano, tenia que pasar por el lance de descubrir á la Señora Mendizábal, su única tabla de salvacion en las apuradas circunstancias donde se encontraba, las crueles angustias que padecia su corazon lleno de amor y de ternura hácia el calesero, por oponerse ella á un matrimonio de que pendian su honor y su felicidad. Confiaba para conseguir el perdon de Francisco y la licencia de casarse, no en los empeños de las visitas que concurririan el dia de Año-nuevo á comer en casa de su ama, época que no le era posible aguardar ya, sino en la fuerza que prestaran á su peticion las lágrimas y los ruegos siempre elocuentes cuando

el infortunio, apurada la copa de los pesares, se pone á lamentarse. Sin otras armas, sin otro valimiento, se hincó Dorotea de rodillas á los piés de la Señora Mendizábal en cuánto llegaron á la sala, con la misma ansiedad con que un pecador cristiano se postraria delante de la Vírgen Nuestra Señora para pedirle humillado que le concediera las bienaventuranzas del Cielo. Expúsole que en premio de sus servicios, si habia acertado alguna vez á agradarle, olvidase las faltas del calesero, y que si no consentia en traerlo á la casa y sacarlo del ingenio, le hiciese el favor de permitirle casarse con él, y quedarse allí tambien, acompañándole como buena esposa; todo lo cual le pedia, nó por desobedecerla, sino por lavar su honra, y darle padre por la Iglesia á Lugarda. Seguro que si Dorotea le hubiese hablado á la Señora Mendizábal con otro tono ménos sumiso, hallándose como se hallaba tan sentida con Francisco, quién sabe lo que habria determinado hacerle en castigo de su arrojo; pero la mulata la desarmó y la enterneció, porque la tristeza de su semblante, el acento lúgubre de las palabras que la emocion le traia á los lábios, y la fuerza de sus razones, debian por necesidad despertale la lástima á una mujer, que entre otras cualidades dignas de aprecio, poseia la más bella de todas: afligirse en viendo padecer á los demás.

Mas por mucho que se condoliera de la mulata y deseara servirle en el particular, le vino al pen-

samiento la idea, de que perdonando así á Francisco de repente, habiendo cometido faltas tan graves, quedaria sin castigo, y en el ingenio un ejemplo pernicioso de suma lenidad, atendido el rigor con que pensaba de buena fé que era imprescindible tratar á los negros, y en especial á los de las fincas. Hallábase en un duro compromiso, ó dejar desconsolada á Dorotea, ó favorecer al calesero con perjuicio de la buena disciplina. Al principio procuró disuadirla con las razones que pudo de seguir un plan que estimaba desacertado é hijo solamente de su amor, y hasta la reconvino en cierto modo, porque habiéndole prometido el dia ántes olvidar á Francisco, persistiese aún en quererlo, dejándola desairada; pero como Dorotea no cesaba de llorar, y ella por su parte no sabia de que modo consolarla, y mitigar la pena que le habia causado su afliccion, resolvió conciliar en lo posible los dos extremos asegurándole, que la licencia de casarse con Francisco se la otorgaba, si bien le parecia de necesidad que aguardase á que transcurriese siquiera un mes, á fin de que Francisco llevara, si no el merecido, á lo ménos algun castigo por sus faltas, y que entónces, además de perdonarlo, en señal del gusto que experimentaba por la cordura de ella en haberse portado siempre como una esclava obediente, amiga de suplicar ántes que contravenir á las órdenes de su ama, restituiria otra vez á Francisco al servicio de la casa, pero no la suya de la Habana, sino la de Ricardo en el ingenio, á donde la mandaria

con Lugarda, para que se quedase allí sirviéndole tambien á su hijo.

Trabajo le costó á Dorotea, á la pobre Dorotea, que hasta en lo mismo que debia aliviar sus penas encontraba motivos para ser más desventurada, ocultar el dolor que le ocasionaron las palabras de la Señora Mendizábal, pues ¿ á qué se habian reducido ya sus esperanzas de librar á Francisco de los males que Ricardo le preparaba en el ingenio? ¿ Era bastante la concesion de su ama para sosegarla sobre las amenazas de aquel? La Señora Mendizábal, ignorante de cuanto pasaba entre la mulata y su hijo, adoptó el temperamento que hemos dicho, por atender á la vez á dos cosas, á complacer una esclava tan sumisa, y á castigar en parte las maldades del calesero; más ni remotamente se sospechó que con lo propio que pensaba alegrar el ánimo acongojado de Dorotea, iba á desconsolarlo más, dejando á Francisco en poder de Ricardo por el largo espacio de un mes, y disponiendo que despues de trancurrido ese término y de ser quitado aquel de las faenas del campo, permaneciesen los dos en el ingenio, á discrecion siempre de su mayor enemigo. Dorotea se convenció de que no habia ya ningun recurso para evitar los castigos con que la amenazó Ricardo de martirizar al calesero, si no se avenia de buen grado á darle gusto; pues pedir á la Señora Mendizábal que perdonase en el instante á Francisco y les permitiera casarse, cuando acababa de hacerle un favor, no pequeño á la verdad

en otras circunstancias ménos tristes, habria sido abusar de su bondad, y exponerse á perder su gracia ; así fué que determinó callar y hasta fingir en el semblante mucho regocijo por la que le dispensó, sin embargo de haber producido en ella un efecto diverso del que se propuso la Señora Mendizábal. Esta necesidad de aparentarle á su amo lo que no sentia dentro del pecho, cuando por otra parte en tamaño conflicto no la alentaba ninguna esperanza, era para la infeliz un nuevo y doloroso martirio que habia de agregar á sus otras desventuras. Ni podia tampoco depositar sus pesadumbres en la única persona de quién siempre se esperaba, si no remedio, al ménos alivio en las adversidades ; porque ¿ cómo se atreveria á descubrirle la pasion de Ricardo, y que de ahí dimanaban todas aquellas persecuciones ? Si nada se podia impedir con eso ¿ no valia más ocultarle lo que, una vez de sabido, era seguro que le ocasionase otra desgracia mayor aún que las anteriores ; el dar entrada en su corazon á los celos ? Resuelta, pues, á no participarle á Francisco las vergonzosas proposiciones y las amenazas de Ricardo, ni aquella entrevista suya con la Señora Mendizábal, y teniendo que reprimir sus dolores, se puso á coser otra vez en la sala, deseando con ansia que llegara el momento de abandonar el trabajo para irse de allí, y dar libre rienda á su tristeza en donde nadie la perturbase, y que amaneciera, por ver si efectivamente cumplia Ricardo lo que le anunció de castigar á Francisco.

CAPITULO VI.

DIEZ dias pasaron, despues de los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo precedente, sin que Ricardo le volviese á hablar á Dorotea sobre sus pretensiones. No se crea sin embargo que se arrepintiera de ejecutar las atrocidades con que la amenazó matar al infeliz Francisco, si ella no se avenia á darle gusto. Convencido hasta lo sumo, por las muchas repulsas que habia llevado, de que sólo mediante la fuerza podia conseguirse vencer su obstinada resistencia, estaba martirizando desde entónces á aquel negro inocente, para que afligida la mulata, no tuviese al fin otro arbitrio que rendírsele. Pero estos castigos, por temor de que la Señora Mendizábal amadrinara á Francisco, pues en cuanto á dejar de creer que fueran justos, nada se recelaba, sabiendo el crédito que concedia á sus

palabras, se los hacia dar en el campo léjos de las casas. Con tanto silencio realizaba su venganza, que quizás se hubiera engañado la misma Dorotea creyendo que le habia cogido lástima, á no informarse todos los dias por conducto del táita Pedro de los trabajos con que estaban abrumando á Francisco. La Señora Mendizábal ignoraba lo que á causa de las malas entrañas de su hijo padecian aquellos desgraciados esclavos. Es verdad que desde la mañana en que habló con Dorotea prometiéndole dejarla casar de allí á dos meses, habia notado en la pobre cierto abatimiento, cierta tristeza, que al punto hubo de llamarle la atencion ; pero lo atribuyó á la pena de no haber conseguido la licencia del matrimonio para casarse tan pronto como deseaba. Sucedia á ocasiones verla cosiendo á su lado aguársele de repente los ojos, y desatarse luego á llorar ; otras encontrársela en el cuarto de las criadas, hincada de rodillas delante de las imágenes de los santos que habia en la pared, rezando con muestras de grande afliccion, ó salir á pasear en compañía de las otras negras, más siempre cabizbaja y pensativa ; y entonces, porque en su buen corazon tenian tanto imperio las desgracias del prójimo, trataba de consolarla, diciéndole que aquellos dos meses se pasarían á prisa, ó haciéndole algunos regalos, como pañuelos, túnicos, y otras frioleras así. ¡ Cándida Señora, que por lo mucho que amaba á su hijo, nada se sospechaba en contra de él ! Luego, sin salir apénas de la casa de vivienda, y,

cuando lo hacia, sin ir adonde estaba el cepo, por la compasion que le daban los negros puestos en él; y últimamente, no habiendo llegado á sus oidos ninguna queja de Francisco ¿ cómo podia saber los horrores ocasionados por Ricardo, y mucho ménos remediarlos ?

En todo aquel espacio, no sólo no se habian hablado, pero ni aún visto siquiera Francisco y Dorothea. El mismo dia de las amenazas de Ricardo tuvieron una entrevista en la arboleda á la hora que vino la gente del campo, en que, despues de haber estado combinando largo rato algun medio de evitar la borrasca que iba á estallar sobre el calesero, porque todo, ménos las pretensiones de aquel, se lo participó la mulata ; y de haber conocido al cabo que en cualquiera habia muchas dificultades y riesgos, pues el recurso de pedirle papel á la Señora seria inútil si se lo negaba, y el de fugarse impracticable, hallándose cargado de grillos y ramales, sin esponerse á que el mayoral lo aprehendiese pronto con sus perros ; despues de todo esto resolvieron no verse más durante los castigos, Francisco, por no apesadumbrarla con la presencia de sus miserias, y ella, por no caerse muerta de dolor viéndolo padecer en los términos que le anunciara Ricardo. Ni se habia atrevido ésta tampoco á asomarse por la ventana del cuarto, como otras ocasiones, cuando aquel cruzaba por el batey al venir del campo junto con los demás negros. La única comunicacion que tenian, era, como hemos dicho, valiéndose del táita Pedro

que les llevaba y traía los recados, y por cuyo conducto le mandaba la mulata al calesero ropa limpia, tabaco, y comida de la casa. Sin embargo, estas atenciones tan tiernas no podían derramar ningún solaz en el corazón del cuitado Francisco; consolábase sí, porque aquello le demostraba el amor entrañable de Dorotea; mas en poniéndose á reflexionar que nunca se acabarían tal vez los sinsabores de ésta, cuya causa aunque inocente era él, una congoja mortal le acibaraba al momento todo el gusto. Al ménos, que mucho que poco, la mulata tenía á la Señora Mendizábal que le mitigara sus penas; ¿pero Francisco dónde iba á encontrar alivio en el ingenio? Los negros de la finca atribuían su abatimiento á los castigos, sin sospechar siquiera que otras angustias, mayores todavía, lo atormentaban más. Sólo el táita Pedro lo comprendía allí, sólo él con apretarle cariñosamente las manos entre las suyas temblorosas y descarnadas ya por los años, cuando conversaban sentados en la puerta de su bohío, lograba á ocasiones distraerlo un poco. Así que, en el corte, de día y por la noche, metiendo caña, abismado de continuo en las más tristes cavilaciones acerca de lo pasado y lo presente y del porvenir, se pasaba las horas enteras sollozando, si no caían también gota á gota sus lágrimas sobre el pajonar de la caña, el machete con que lo cortaba, y el burro del trapiche. Venía del campo á comer, y en lugar de hacerlo, les daba á sus compañeros su ración de funche y de tasajo, y se

metia en el bohío, hasta que la campana botaba otra vez la gente. Por la noche no pegaba los ojos; sentábase á la puerta de aquel sobre un trozo de madera, y desde allí volvía unas veces la vista hácia la casa de vivienda, y otras al cielo, ó acompañaba en voz baja y melancólica las canciones del trapiche, ó entonaba *El llanto*, su punto favorito.

Es que ya le habian dado por término de diez madrugadas, sesenta cuerazos en la primera, y veinte y cinco en cada una de las otras, que componian la suma de doscientos ochenta y cinco, por mano del mismo mayoral, con un látigo nuevo de cuero crudo sacado del lomo, y de pajuela de cañamo. Pero al séptimo dia de estos castigos, bien por la sangre que los azotes le habian hecho perder, y por la ardentía y picazon de la picapica y de los ajiguaguas y del aguardiente, orines, sal y tabaco con que le untaban las nalgas despues de los bocabajos; por el cansancio que le ocasionaban los grillos y ramales, y las faenas de cortar caña durante el dia, y meterla en el trapiche por la noche en el cuarto de madrugada; ó séase á causa de que el contramayoral no paraba de azotarlo, ó de que aquellos nuevos padecimientos lo cogiesen ya harto estenuado por los que anteriormente habia sufrido, tuvieron, bien á pesar suyo, Ricardo y Don Antonio que dejarlo de sacar á los trabajos por que no podia caminar, de la postracion en que estaba. Mas no por eso cesaron los bocabajos; de la tarima del cepo lo conducian en

brazos á la fila, donde le daban los cuerazos designados por Ricardo. Dos dias hicieron esto; más viendo al tercero que le habia entrado calentura, determinaron ponerlo en la enfermería, no fuese por contingencia á llegar su enfermedad á noticia de la Señora Mendizábal, y que ellos no lo curaban.

Aquella tenia por costumbre ir algunas ocasiones á la enfermería para aliviar en cuanto pudiese las dolencias de sus negros, á donde la acompañaba Dorotea con el fin de ayudarla á hacer los remedios, y de que supiera los enfermos á quienes debia darles los bocados de comida que les mandaba de la mesa. Pues el mismo dia que entró Francisco, fueron las dos allá por la tarde. Reinaba en la sala una oscuridad tan profunda, porque sólo se iluminaban por unas pequeñas ventanas de balaustres muy estrechos abiertas en lo alto de la pared, que fué menester encender vela. Dorotea la cogió, y yendo por delante le enseñaba á su señora enfermo por enfermo. Luego que los hubieron recorrido todos, se retiraban ya, cuando la enfermera les advirtió que todavia les faltaban por ver dos, que estaban en un pequeño cuarto contíguo á la sala de varones. La Señora Mendizábal pasó al punto á dicha pieza; pero apenas entró, tuvo que salir, no fueran á darle fatigas de la fetidez que despedian los negros. Dorotea se quedó con ellos, y sin saber la causa, sólo por haberle oido decir á la enfermera que habian entrado por la mañana, se acercó á las tarimas palpi-

tándole fuertemente el corazón. Primero alumbró á uno con la vela, le hizo varias preguntas, y se dirigió despues al otro, que estaba en un rincon del cuarto. Este parecia descansar sumergido en un sueño tranquilo; tenia un brazo debajo de la cabeza, y el otro le colgaba casi hasta el suelo. Lástima le dió despertarlo; pero reflexionando que de no hacerlo, iba á quedarse sin cura, se atrevió á ponerle una mano encima, y á menearlo suavemente. El negro no despertó por eso; y ya se preparaba á dejarlo, cuando virándose boca arriba, parece que con la luz de la vela y el ruido que ella hizo al retirarse, abrió los ojos, y miró en derredor de sí como azorado. Entónces le acercó la luz á la cara; pero él, agarrándola por un brazo é incorporándose en la tarima, lanzó un ay lúgubre y tristísimo, se dejó caer sobre las tablas como muerto, y unos sollozos, que parecian destrozarle el pecho, comenzaron á resonar por el cuarto. La mulata no habia conocido hasta entónces á Francisco, segun estaba de desfigurado; no era ciertamente ni su sombra. Todos los huesos los tenia de fuera, los ojos y la boca hundidos, la cara, la cabeza, el pecho, los brazos y las espaldas, llenos de verdugones y lastimaduras. ¡Cómo no se quedaria al verlo así, acostado además sobre una tarima de madera, sin almohada donde recostar la cabeza ni sábana para taparse, con los calzones súcios, manchados tal vez de sangre, y exhalando un olor insufrible de las llagas que le cundian todo el cuerpo! Su puso á gritar

como arrebatada, se tiró sobre él llamándolo con las expresiones más tiernas, y principió á lamentarse amargamente de su destino. De allí á poco rato volvió en sí Francisco de aquella especie de delirio ; y la escena que pasó entre los dos, creemos incesario pintársela á nuestros lectores.

Cuando Dorotea salió de la enfermería, Ricardo, que estaba en la rampa del trapiche divirtiéndose en ver correr los negros con la caña, y que habia reparado que su madre cruzó por el batey para la de Don Antonio á visitar la mayorala, bajó al instante de allí, y se dirigió á la de vivienda tras de la mulata. Esta se ocupaba, á la sazón que él llegó, en echar un hacesillo de malvas en una cazuela llena de agua para hacer un cocimiento con que lavarle las llagas á Francisco. Apenas sintió pasos de hombre en la sala, que conoció ser de Ricardo, trató de esconderlo todo debajo de la mesa ; pero de turbada que se puso, no atinó á ejecutarlo tan aprisa que dejara aquel de verlo. Su repentina demudacion le dió á sospechar á Ricardo que serian remedios para Francisco ; así fué que temblándole las manos y los lábios de cólera, se lo preguntó. Por más que ella quiso aplacar su enojo diciéndole que la Señora la habia mandado hacer aquel cocimiento, y que ignoraba para quien, sucedió cabalmente lo contrario, porque habiendo penetrado Ricardo su intencion de engañarlo, tomó la cazuela y la tiró al patio rompiéndola en mil pedazos, y lo que es más doloroso aún se atrevió ; cosa que le pasaba por primera vez ! á

ponerle encima las manos. Asíola fuertemente de las pasas, y hamaqueándole la cabeza para uno y otro lado, la tumbó en el suelo, y allí le dió muchos puntapiés. Lugarda, la hijita de Dorotea, que andaba gateando por el comedor, con la bulla que se armó, asustada la pobrecilla, principió á gritar; y nada más que por eso la arrebató tambien del suelo, se la montó en una pierna, y tuvo la inhumanidad de pegarle con toda su fuerza ocho ó diez nalgadas. Despues le volvió á caer á la madre; hasta que cansado de golpearla, la dejó y se fué otra vez al trapiche, echándole mil maldiciones y desvergüenzas.

Dorotea, miéntras Ricardo la estuvo golpeando no hizo más que pedirle por Dios, y lo mismo al ver cómo maltrataba tan sin lástima al inocente angelito; pero apénas salió de la casa, se abrazó con Lugarda, y arrullándola para que no gritase más, entró en el cuarto de las criadas, y se puso á darle de mamar. ¡Cómo estaria entónces el corazón de aquella madre! ¡Qué de pensamientos, á cual más terrible, no se le ocurririan á la infeliz! No sólo le desgarraban el alma las nalgadas de su hija, y los tirones de pasas y los puntapiés que ella aguantó, pero tambien al recordar las cosas con que Ricardo la estuvo mortificando incessantemente desde el dia de las amenazas. Este jóven, á modo de aquel tribunal, que para rendir á las víctimas que caian entre sus manos, usaba de tan horrorosos tormentos que ninguna fortaleza humana pudiera resistirlos, le velaba dia y no.

che los pasos para estorbar que hablara con Francisco, y por aprovechar cualquier oportunidad de pintarle sus trabajos, y de amedrentarla con otros nuevos y mayores todavía. De todo lo cual se acordó la mulata, y de como habia visto al calesero en la enfermería, para imaginarse el porvenir que le esperaba. Pero una doble resolución, inspirada acaso por el mismo Dios, de que ya se habia ocupado muchas veces, y que en aquellas circunstancias se le ocurrió con más fuerza, vino á disipar las tinieblas que pugnaban por oscurecer el cielo purísimo de su virtud. Veíase ciertamente en gran conflicto para una muchacha de condicion esclava y de sus pocos años: ó dejar que Francisco muriese por su causa, ó libertarlo de tantos infortunios á costa del más tremendo sacrificio; pero la educacion y el ejemplo que de la Señora Mendizábal recibió, y por otra parte la pasion que le consagraba á aquel, todo esto hizo mucha impresion en su ánimo para que prefiriese á manchar su honestidad, único tesoro que en el mundo poseia, derramar lágrimas sobre el sepulcro de Francisco. Sin embargo, cada vez que se acordaba de que entónces no lo veria más nunca, y de que iba á morir por haber puesto los ojos en ella tan desgraciadamente, no podia ménos de conturbarse. ¡ Ah! era muy recio el huracan! Cuando acabó de estas reflexiones, acostó á Lugarda, que ya se habia dormido, y se arrodilló delante de una imagen de la Virgen de los Do'ores implorando su misericordia. Esas oraciones, la esperanza de que

el Cielo se lastima de nosotros cuando padecemos en este valle de miserias, y el comparar sus pesadumbres con las que tendria la Madre del Señor viendo crucificado por los infieles al hijo de sus entrañas la fueron consolando poco á poco.

Tres dias estuvo yendo á la enfermería á llevar las sobras de la mesa ; de suerte que siquiera tuvieron los dos amantes el consuelo de poderse desahogar hablando de sus penas recíprocas. Ricardo lo sabia todo ; pero no estaba en su mano estorbarlo sin descubrirle á la Señora Mendizábal los castigos de Francisco ; con lo cual crecia cada vez más su enojo en términos que aumentó hasta treinta el número de cuerazos que debian darle á aquel todas las madrugadas ; amenazando siempre á la mulata con seguir haciéndolo así en lo sucesivo. El alma de la muchacha se iba apocando por grados ; todos los dias se encontraba al calesero en peor situacion, y á pesar de sus remedios y del buen alimento que le llevaba, conoció al fin que no tardaría mucho tiempo en morir. Mas al cuarto dia de estar visitándolo, se lo halló en tan apurado extremo, que no daba ningunas señales de vida sino por las palpitations del corazon ; cuya causa era un bocabajo de cuarenta cuerazos que habia recibido aquella mañana. De nada sirvió que llamase al médico, por ver si la consolaba ; ántes la afligió más diciéndole que espiraria dentro de cuarenta y ocho horas, á mucho tardar, como no cesaran los castigos. Aburrida de sufrir en silencio tamañas crueldades, y tras-

pasada del más acerbo dolor, se fué corriendo á la arboleda en busca del táita Pedro para contarle bajo de secreto lo que le pasaba, y aconsejarse con él sobre si haria bien en instruir á la Señora Mendizábal de la conducta de su hijo. Pero el táita Pedro no estaba ya en el rancho, porque Ricardo, sin atender á sus años ni á sus achaques lo habia metido por la mañana en el cepo, apénas supo la comunicacion que habia por medio de él. ¡ Todo, todo se conjuraba para oprimirla ! Sentóse largo rato debajo del mamey, de aquel mamey á cuya sombra habia hablado dos ocasiones con Francisco, á llorar á éste como muerto, y á reflexionar qué partido tomaria ; y sin embargo, no se resolvió á abrirle su pecho á la Señora Mendizábal, temiéndose lo que siempre, que prestara más crédito á las mentiras que al momento fraguaria Ricardo por sincerarse.

Al dia siguiente no fué á la enfermería escusándose con que la agoviaba un fuerte dolor de cabeza, y lo mismo hizo por término de una semana que la pasó toda llorando encerrada con Lugarda en el cuarto de las esclavas, no obstante las muchas y eficaces instancias de su ama para que procurase distraerse saliendo á pasear por el ingenio. La Señora Mendizábal comenzó á sospecharse con esto que otra causa mayor de la que se habia figurado, producía tan profunda tristeza en la mulata ; cansada de preguntársela infructuosamente, trató de averiguarla por medio de las otras negras ; pero éstas no tuvieron valor para desco-

rrer el velo á las iniquidades de Ricardo, recelándose que despues las cogiera entre ojos; por último, recurrió á su hijo, el cual la satisfizo plenamente. Varias ocasiones habian hablado los dos del abatimiento de Dorotea, y aunque en ninguna le habia dicho él nada, ahora le pareció necesario hacerlo, viendo las cosas comprometidas de modo que podia ser descubierto su manejo, cuando ménos lo pensara. Dió la casualidad justamente de que noches anteriores en el mismo cuarto donde trabajaba Francisco, estuvo el trapiche á pique de romperse con un pedazo de hoja de machete que, ó fué revuelto entre las cañas, ó lo metió algun negro de propósito en las mazas; ignorábase á punto fijo el autor de la falta; pero Ricardo no vaciló en aprovecharse de esa contingencia para achacársela á Francisco, por ser de los metedores de caña contra quien recaian más sospechas, supuesto que un negro de la índole que él lo pintaba, abrumado de trabajos, debia procurar vengarse por todos los medios posibles. La Señora Mendizábal, si bien lastimada hasta lo sumo de Dorotea, como que no puso en duda un solo instante el nuevo extravío del calesero, se enojó sobremanera contra éste, y aprobó los castigos que le habian impuesto, aunque desfigurados en verdad por Ricardo; y hasta celebró la prudencia de su hijo en haberle ocultado unos sucesos que le llegaban al alma. Al informarse de la conducta de Francisco durante la Pascua, la principal intencion que tuvo, caso de haberse comportado

bien, fué perdonarle sus errores, llevárselo otra vez de calesero á la Habana, y dejarlo casar con Dorotea ; todo en obsequio de esta excelente criada, que ni aún en medio de aquellos sinsabores habia osado proferir una queja. Mas ahora ¿ cómo llevar á cabo esos planes caritativos ? ¿ Cómo faltar á la severidad, donde estribaba á su juicio la buena disciplina de los esclavos ? El mejor partido era alejar pronto á Dorotea del ingenio, á fin de que se desvelase ; y así determinó arreglar su viaje á la Ciudad para de allí á tres dias.

En cuanto á Francisco, por órden expresa de Ricardo no habia recibido ningun género de castigo desde que la mulata dejó de ir á la enfermería ; al contrario, aquel mismo iba á menudo á preguntarle por su salud, le hizo poner colchon y almohada en la tarima, lo sacó del pequeño cuarto donde estaba á la sala de varones, y lo recomendó al médico. Con tales cuidados no tardó en reponerse de la postracion á que lo habian reducido los bocabajos, de manera que á la semana estaba ya convaleciendo, y le permitian dar sus paseos por el batey. El punto de ellos era siempre al trapiche, desde donde podia ver la casa de vivienda ; allí se pasaba las horas enteras mirando para la sala, para el colgadizo y para las ventanas de los cuartos, por si lograba columbrar á Dorotea aguaitándolo tambien, aunque sin conseguirlo nunca. Asaltábanle entónces los pensamientos más tristes, y se iba otra vez á la enfermería á llorar en su tarima. No le faltaba razon á la verdad,

porque habia una semana completa que no hablaba con ella. Segun noticias de la negra que sustituyó á Dorotea en llevar las sobras de la mesa á los enfermos, se hallaba acostada con dolor de cabeza ; más ; un dolor de cabeza solamente tantos dias ! Esto le daba á maliciar, ó que era otro achaque mayor que le ocultaban, ó que en el supuesto de ser cierta aquella enfermedad tenia poco empeño de hablarle, cuando en otras ocasiones ménos críticas no habia hecho caso de nada ; hasta llegó á imaginarse que lo hubiera olvidado viéndolo en tan deplorable situacion, ó por consejos de la Señora Mendizábal, ó porque su cariño no le proporcionaba más que pesares. Le habia mandado muchos recados pidiéndole una entrevista en la arboleda, y siempre habia obtenido por única respuesta, que no se apurase, que ella no era capaz de serle ingrata, que si no accedia por entónces, lo motivaba el miedo de no escamar á la Señora Mendizábal, como se fingiese buena de repente, y que tiempo les sobraba despues para hacerlo ; pero nada de esto lo satisfacía. Al fin, la víspera de los Santos Reyes por la mañana, habiéndose quejado lastimosamente con aquella negra de la frialdad de Dorotea, ésta le prometió una entrevista para la tarde en la arboleda, á eso de ponerse el sol. Enajenado de puro gozo, le pareció un siglo el tiempo que faltaba, y por distraerse se puso á hacer una jaulita de güin y varetas de coco para mandársela á Lugarda con los tomeguines que pudiera coger en los secaderos.

¡ Ah ! se esperaba disfrutar algunos momentos de gusto al lado de una persona que le era tan querida, despues de la deshecha tormenta que acababa de correr !

Una hora ántes de ponerse el sol estaba ya en la arboleda sentado á la orilla del rio. Todo lo veia alegre aquella tarde, las aguas, las yerbas, los árboles, el cielo, y los pájaros que revoloteando de mata en mata, se acercaban á donde tenían costumbre de dormir. A cualquier ruido de las hojas con el viento, á cualquier sombrage de una rama que oscilaba, volvía la cabeza por el trillo, pensando que era Dorotea. El sol se escondía detrás de un espeso palmar, y la noche, la triste noche iba á envolver todos los objetos que lo habían divertido, en un mar de tinieblas; llegaba aquella hora, lúgubre para él donde quiera, en que siempre se había acongojado recordando sus infortunios, y vertido infinidad de veces copiosas lágrimas. De allí á un rato la campana del ingenio tocó la Oracion, y tras ella las de las fincas vecinas, cuyos ecos, interrumpiendo el silencio sepulcral de los campos, le parecieran más melancólicos que nunca ; luego oyó el guirigay de los negros que venían del campo, los latigazos del contramayoral y el crugir de las prisiones ; y los grillos comenzaron su canto monótono, y las lechuzas, aves de mal agüero, que salían de la arboleda silbando, le cruzaban por encima. Sin poderse contener se inundó entónces de llanto, del llanto más amargo que había derramado en toda su vida ; aquella di-

lacion de Dorotea, tenerlo así aguardando hasta la Oracion, sabiendo que á esa hora cerraban la enfermería ; cuál era la causa de esto ? Prometerle una entrevista y no cumplirla, despues que toda la semana se la habia estado pidiendo en balde ; no le daba motivo bastante para resentirse ? Cuando se ama como Francisco, y las desgracias lo persiguen á uno, es fácil juzgar por las apariencias ; así fué que él, si bien por primera vez, dió cabida en su pecho á los celos. Antes de sus amores con Dorotea, el calesero de Ricardo la habia estado enamorando, loco, perdido por ella ; nunca habia conseguido nada ; pero ahora se hallaban juntos en una misma casa ; y quién sabe ! Este pensamiento lo acabó de angustiar, y levantándose precipitadamente, tomó el camino de las fábricas. Con la luna, que aparecia melancólica por el oriente, la sombra de su cuerpo se proyectaba en el suelo á larga distancia, y ¡ lo que es tener el corazon triste ! cada vez que volvia los ojos hácia ella, y reparaba que le iba como huyendo por delante, y que nunca la podia alcanzar, más le arreciaban las penas. ¡ La sombra era Doretea cuya imágen la seguia á todas partes, pero sin juntársele jamás ! Asi fué atravesando la arboleda, hasta que al cruzar por entre un bosquecillo de naranjos, le salió al encuentro un perrito, agachándose, bajando la cabeza y meneando alegremente el rabo, pintado de prieto y blanco, con las orejas cortadas ; el mismo satico del táita Pedro. ¡ Bijirita, Bijirita, qué haces por aquí á

estas horas, le dijo Francisco enternecido pasándole la mano por el lomo, si ya tu amo no vive aquí? ¿Porqué no te vás al cepo? ¿A qué no le vienes á cuidar sus gallinas! Anda, anda conmigo, olvidadizo. El perrito lo siguió dos ó tres pasos; pero despues volvió para atrás, y se metió entre los naranjos ladrando. Silbóle dos ó tres veces, y nada, Bijirita continuaba metiendo bulla sin hacerle caso. Queriendo ver porqué se habia alborotado tanto, se internó tambien en la arboleda, y á poco andar percibió los pasos de una persona que se alejaba apresuradamente, y cuyo vestido sonaba con el viento y con las yerbas, por lo cual conoció que era de mujer. Cuanto se lo permitía su debilidad echó á correr tras de ella para cerciorarse de si era Dorotea; de lo que no le quedó la menor duda, luego que salieron á un pequeño limpio que habia cerca de los naranjos, donde daba de lleno la claridad de la luna.

Advirtiéndole Dorotea que él la perseguia, se detuvo, y lo esperó con los brazos abiertos, aunque anegada en lágrimas, y tan adolorida como nunca la habia visto Francisco. Este iba dispuesto á quejarse de su frialdad en los últimos dias, á pedirle esplicaciones acerca de todo, pues con las dudas que le habian entrado, le era imposible vivir; y sin embargo, al notar su grande afliccion, y la ternura con que le echó los brazos, no tuvo valor para preguntarle ni aún porqué se habia puesto á correr en cuanto lo sintió. No pensando ya sino en distraerla, empezó á colmarla de besos

y de caricias, á decirle palabras amorosas, y á pintarle mil quimeras de felicidad para lo futuro, de matrimonio, de hijos, de servirle juntos en la Habana á la Señora Mendizábal, visto el cambio que habia tenido la conducta de Ricardo; pero miéntras más se esforzaba por consolarla, más crecia el dolor de la mulata. Mucho rato permanecieron en los brazos uno de otro, hasta que apartándose ella, como horrorizada, de Francisco, le dijo con voz casi ininteligible sollozando: A Dios, Francisco, á Dios, ya no dirás que no te queria ver, ni que soy ingrata. Pero escúchame, ésta será la última ocasion; olvídate de mí, y guarda tu corazon para otra, porque ya no merezco ser tuya. El Niño Ricardo tiene la culpa de todo. ¡ Ah! si no, te hubiera matado! Perdida, Francisco, sin honor, no me vuelvas á mirar.—En acabando de pronunciar estas palabras, le echó una mirada lánguida, dolorosa, y tomó el trillo que conducia á la casa. Francisco se quedó por lo pronto inmóvil como una estatua, sin saber que hacer ni que decir, con los ojos clavados en la tierra; luego los alzó, y viendo que Dorotea se alejaba á toda prisa por entre los árboles, y que sólo se distinguia su túnico blanqueando con la luna, principió á llamarla á gritos los más lastimeros, y á correr en pos de ella desalentado. Así llegó hasta el patio de la casa; pero la mulata habia entrado ya, y tuvo que volver para atrás. Internóse en lo más oscuro de la arboleda, donde se tiró en el suelo á revolcarse como acostumbra los

negros de nacion cuando están desesperados, arrancándose las pasas, y mordiendo la tierra.

Las espresiones de la mulata le habian destrozado el alma al infeliz. Todo lo habia sufrido contento, grillos, bocabajos, las más duras faenas, los desprecios de Ricardo y de los operarios, á causa del amor que profesaba á Dorotea; un año de penalidades habia pasado léjos de ella y de su hija, sin soltarlas un punto de la memoria ni de dia ni de noche; habíansele agotado las lágrimas de tanto llorar su cruel separacion; y aquella Pascua, aquella Pascua feliz y risueña al principio, á pesar de los castigos, sólo porque tenia cerca las dos personas que endulzaban las amarguras de su vida, que habia lucido como el iris despues de la borrasca, y échole sonreir, la sonrisa de los mártires cristianos al entrever en medio de sus dolores las bienaventuranzas de la gloria eterna; aquella Pascua; ay Dios! habia acabado por arrebatárselo todo. Sin padre, ni madre, ni hermanos, ni otro pariente alguno; sin amigos; en Cuba, tierra de blancos; esclavo, hijo de Africa y negro; con una imaginacion ardiente como el sol que lo calentó al nacer; con una fina sensibilidad; cuando abrió los ojos y no quiso jugar más los juegos de la infancia, cuando empezó á conocer su triste destino, y alguna que otra lágrima de hiel le rodó en el silencio y soledad de la noche por sus mejillas abrasadas; en donde habia fijado la vista primeramente en busca de solaz, quién habia enjugado desde entónces aquellas lágrimas, sino Dorotea?

Mas ahora ¿qué le restaba que le pudiese hacer amable la vida? ¡Todo, todo lo habia perdido!

.....

.....

La mañana siguiente muy temprano fué la enfermera á decirle á Ricardo que Francisco no habia dormido aquella noche en la enfermería, y que nadie lo habia visto tampoco desde que la tarde anterior salió á dar una vuelta por la arboleda. Ricardo llamó inmediatamente al mayoral, y le encargó que lo buscase, figurándose que estuviese huido, bien que sin hacerle nada, caso de hallarlo. Don Antonio volvió á las casas como á las doce, despues de haber registrado inútilmente casi todo el ingenio. Entónces creyeron que se hubiese ido para la Habana, y dejaron de buscarlo más.

Pero por la tarde estando los dos en el potrero viendo la yeguada, notaron que hácia la parte del monte volaban alrededor de una guásima multitud de áuras; señal de que habia allí algun animal muerto. Acercáronse para cerciorarse, y nada hallaron al principio en el suelo, ni abajo de la guásima, ni por los alrededores; hasta que alzaron la cabeza, y vieron á un negro ahorcado pendiente del gajo más alto, hinchado ya, medio corrompido, y picoteado de las áuras. ¡Este negro era Francisco!

Al oscurecer cuatro compañeros suyos, minas de nacion, lo bajaron de la guásima, y en hombros, cantando á uso de su tierra, lo llevaron al

camposanto, y le dieron sepultura. El táita Pedro iba con ellos guiándoles, y fué quién le echó encima el primer monton de tierra.

Ni la Señora Mendizábal ni Dorotea supieron nada, hasta de allí á mucho tiempo que lo escribió Ricardo á la Habana, durante el cual pasó Francisco por huido; y la mulata, consumiéndose poco á poco de pesar, murió al cabo de algunos años.

En cuanto á Ricardo, pronto se olvidó de la muerte de Francisco, y no se atrevió á perseguir más á Dorotea, porque le faltaba con que poderla oprimir.

**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

